

 Seix Barral

Iván Repila

El aliado

Epílogo de Aixa de la Cruz



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

0

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

SEGUNDA PARTE

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

TERCERA PARTE

25

26

27

28

29

30

EPÍLOGO

RECONOCIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Al conocer a una importante activista del movimiento feminista, el protagonista de esta novela, un hombre contemporáneo que se considera igualitario, se da cuenta de que el mundo aún no está donde debería en cuestiones de igualdad. Convencido de que toda conquista social ha requerido una revolución violenta para llegar a ser efectiva, decide emprender una campaña anónima de machismo extremo para provocar un cambio radical. Poco a poco desarrollará una doble vida, como cabecilla de un grupo anónimo y violento ferozmente machista que actúa en varios niveles de la sociedad, y como pareja de la líder del movimiento feminista que le da réplica en las calles. El precio a pagar para «el aliado», convertirse en el ser que más odia la mujer que ama.

Concebida como una novela con un pie en el realismo y otro en un posible futuro, con una trama cargada de humor y de pertinentes reflexiones en torno a un tema de máxima actualidad como el feminismo, *El aliado* no deja a nadie indiferente. La extraordinaria escritura de Iván Repila enciende la mecha de una novela divertida, sorprendente y provocadora que es al tiempo una trágica historia de amor y una llamada a tomar conciencia de la lucha por la igualdad.



Seix Barral Biblioteca Breve

Iván Repila

El aliado

Epílogo de Aixa de la Cruz

Escuchad: os lo diré cantando.

NACHO VEGAS

0

Yo soy el tío más feminista del mundo.

Sin embargo, tengo mis contradicciones. Ahora mismo, por ejemplo, mis cinco compañeros y yo estamos tirando huevos sobre un grupo de mujeres desnudas o semidesnudas que se manifiestan delante del ayuntamiento. Los dos primeros proyectiles han fallado el objetivo por exceso de fuerza, pero los siguientes han impactado perfectamente en la cara y las tetas de las que sostenían la pancarta principal. Veo volar nuestros huevos como a cámara lenta, describiendo una hermosa parábola de abajo arriba y de arriba abajo, hasta estallar y convertirse en una baba pegajosa, sin belleza, natural, y pienso en la honda de David y el dibujo que hizo la piedra en el aire antes de inflamar la carne y desmontar el cartílago del hueso de Goliat, y no puedo evitar darme la razón cuando digo que hay algo platónico en la violencia.

—La del coño depilado está muy buena —me dice Hugo.

No sabría definir con precisión cuál es el motivo de la protesta, porque llevo demasiadas semanas asistiendo a este tipo de actos y confundo los argumentos, y desde luego mis compañeros tampoco, así que no sé contra qué o contra quiénes estoy lanzando huevos. Podrían ser mi madre o mi novia. O mi hermana. Una de mis abuelas está muerta. Los antidisturbios apostados entre la manifestación y la contramanifestación han empezado a ponerse nerviosos cuando trescientos gramos de yema han coloreado de naranja el pelo de una rubia, pero nos protege la muchedumbre y todavía tenemos una docena de granadas ovoides en los bolsillos, por lo tanto nos

ceñimos al plan. «No vamos a parar hasta que se terminen», dijimos. Es cierto que lo de tirar huevos no es una idea original. Es incluso patética, si la confrontamos con otras formas de guerrilla urbana que se han puesto de moda en esta época, pero me resultó fácil convencer al equipo: los huevos son baratos, fáciles de conseguir y de esconder, no implican una ofensa lo suficientemente grave como para recibir una sanción penal y, sobre todo, representan la virilidad masculina. «No queréis huevos, ¿verdad? Pues aquí están los nuestros —creo que dije—. Los huevos somos nosotros.» Eso les encantó, sobre todo a Donovan, cuya adicción a los anabolizantes lo ha convertido en ciento veinte kilos de niño obsesionado con sus genitales. Llamarlo niño es una broma privada: tiene treinta y cinco años. Pero todavía vive con sus padres.

—La de la izquierda, la pecosa, está muy buena —me dice Hugo.

La tormenta de huevos ha encendido los ánimos. Algunas de las mujeres se han encarado con la policía y con un grupo de hombres que les recriminaban cosas: tápate, sois unas putas, si yo fuera tu hermano, adónde vas con ese cuerpo, en mis tiempos. Los hombres [cualquier verbo conjugado en tercera persona del plural] cosas. Si algo he aprendido durante estos meses de continuada exposición al universo reivindicativo de las cuestiones feministas es que, sea cual sea la demanda de las participantes, siempre se les puede recriminar que sean mujeres. Esto puede sonar grotesco, pero funciona. Funciona tan bien que frente a una denuncia *a priori* irreprochable como «Nos queremos vivas» se puede responder, sin preámbulos ni matices, «Algo habréis hecho». No en redes sociales, desde luego, donde el agresor es inmediatamente deshonorado por la masa social que representa el espíritu de lo correcto, pero sí en la calle, protegido entre los muchos rostros de la consternación, como en un campo de fútbol. A este tipo de actos asisten hombres y mujeres de distintas edades, clases e ideologías, y es relativamente fácil gritar un impropio cualquiera, «Deberías estar fregando», por ejemplo, y encontrar, poco después, una cara amiga que comparta la tesis, una sonrisa cómplice, un guiño. Tú sí que sabes, compañero. Así se habla. A los tíos también se nos da muy bien ser solidarios.

—La pelirroja está muy buena —me dice Hugo.

La policía ha sacado las porras y la gente ha empezado a correr. Miro a mis compañeros y confirmo que no nos quedan huevos. Misión cumplida. Hemos desarrollado un poderoso lenguaje gestual con el que podemos informarnos unos a otros de cualquier incidencia durante la batalla, de manera que les propongo salir de la aglomeración y volver al coche, antes de que un despiste al correr o un porrazo bailando al azar entre la multitud nos haga daño. No obstante, mientras me alejo rápidamente de la zona en la que dos policías intentan separar a varias manifestantes de un hombre mayor que alza su puño como un adolescente, observo cómo casi todas las mujeres empiezan a vestirse. No parecen satisfechas, y su expresión denota una tristeza trágica, la pura simplicidad de la derrota. Todas excepto una, aparentemente joven, que permanece desnuda en un rincón, desafiante. Nos mira huir de una forma que reconozco y le hago señas para que se fije en mí. Cuando lo hace, me bajo el pañuelo que me cubre la cara, le mando un beso y le enseño el dedo corazón.

—¡Putá! —le grito.

Ella aún no lo sabe, pero está a punto de dar el paso.

PRIMERA PARTE

1

Esto de llamar «puta» a una desconocida que reivindica sus derechos empieza cuando conozco a Najwa en una conferencia de Siri Hustvedt. La sala está abarrotada de gente, sobre todo mujeres, sobre todo mujeres jóvenes. Yo no entiendo mucho de lo que se dice, en parte porque la neurobiología no es mi área y en parte porque no he leído ninguno de sus libros, pero debo reconocer que los temas que expone la mujer de Paul Auster, como la llaman la mayoría de los medios de comunicación, me interesan, o al menos me provocan curiosidad. La ronda de preguntas es esperpéntica, algo habitual en estos casos: personas (mujeres) intentando demostrar que saben tanto o más que la conferenciante; personas (mujeres) aprovechando la coyuntura para contar sus dramas íntimos no resueltos; personas (mujeres) dando gracias a Siri por existir. Parece un rito ceremonial africano celebrando la llegada de las lluvias. O su contrario: una banda de ilustres ciudadanos estadounidenses disparando a un huracán para alejarlo. Ni un solo hombre pregunta nada, pero tampoco disparan. Yo, por supuesto, no lo hago. Najwa es la única persona (mujer) que, en el turno de preguntas, inquiere a Siri por sus contradicciones y la pone contra las cuerdas. Quizá exagero. Le hace un par de preguntas inteligentes, complejas, sin darse aires de académica instruida. Es justo señalar que Najwa tiene todo el aspecto de joven altamente cualificada, es decir, lleva gafas. Cuando termina el acto y los asistentes acuden al escenario para que Ms. Hustvedt les firme uno o varios libros, observo que la chica de gafas se dirige a la puerta de salida, así

que la interrumpo para hablar con ella. Eso es lo que hacemos los hombres.

—Me han gustado tus preguntas —le digo.

Ella me mira con desprecio.

—Lo digo en serio —le insisto—. No estoy intentando ligar contigo. No he entendido casi nada de la conferencia, pero sí lo que tú has preguntado.

—No has leído sus libros, ¿no?

—No. No creo que pueda pasar del prólogo. ¿Sabes si tiene versión para niños?

—Me tengo que ir.

—Vale. Pero recomiéndame alguna lectura. Perdona. Con esto te dejo en paz.

—¿Alguna lectura sobre qué?

—Sobre feminismo. Para empezar a entender algo. La neurobiología la dejo para más adelante.

—Mira en Google. Busca «Feminismo».

—Ya lo he hecho. Hasta la entrada de Wikipedia me parece difícil. ¿Hay algo del tipo *Foucault para dummies* pero sobre esto?

Es la primera vez que la veo sonreír. Anoto mentalmente: «Foucault».

—¿Tienes para apuntar? —me pregunta.

Saco el móvil y abro la aplicación de Notas. Ella me dicta *Los hombres me explican cosas*, de Rebecca Solnit, y *Política sexual*, de Kate Millett. A pesar de mi formación en letras, no sé quiénes son.

—Gracias —me despido.

Asiente con media sonrisa, cansada de mí por el otro lado de la boca, y se marcha.

Yo voy directo a la biblioteca, que cierra a las diez, para solicitar los libros que me ha recomendado. En la zona de préstamos me atiende una mujer, y empiezo a sentirme un poco agobiado por algo que solo podría definir como un exceso de estrógenos medioambientales, como la nube tóxica de las fotografías de Ciudad de México. Siri, sus fans, Najwa, la bibliotecaria. La sensación se reafirma cuando me llama mi madre y me detalla la última ofensa de su madre, mi abuela viva, que se ha molestado porque no va a visitarla tanto como debería, al tiempo que la bibliotecaria acude con una

sonrisa extraordinaria y con los libros. Y mientras salgo de ahí y finjo que escucho a mi madre me pregunto por qué las mujeres sonrían tanto: por qué sonrían cuando son casi las diez de la noche y siguen trabajando, por qué sonrían cuando alguien las persigue después de una conferencia, por qué sonrían cuando alguien les dice algo impertinente delante de terceros, yo qué sé, por qué mantienen esa inercia impúdica, y trato de imaginarme a mí mismo sonriendo igual, a todas horas, siendo complaciente con una flema estoica, y no me siento cómodo. Quiero decir: yo no podría. Todas esas sonrisas me confunden, y en una metonimia que haría las delicias de un psicoanalista imagino que sus vaginas también sonrían siempre, cariales, lo cual me parece un esfuerzo muscular agotador, digno de un gimnasio de élite, y me parece estúpido. La naturaleza cándida de las mujeres es uno de sus puntos débiles.

Al llegar a casa recuerdo el motivo por el que he ido a la conferencia.

Sujeto A: treinta y pocos. No sé a qué se dedica. Hace nueve meses que vivo con él. Sus etiquetas favoritas son «Gangbang» y «Facefucking». Tiene un iPhone 7 Plus. Los fines de semana sale a correr en bicicleta con un grupo de montaña. Apenas bebe alcohol, pero le gusta la marihuana. Nunca baja la tapa del váter.

Sujeto B: veintimuchos. No sé a qué se dedica. Hace seis meses que vivo con él. Sus etiquetas favoritas son «Anal pain» y «Anal pain teen». Tiene un teléfono chino con una gran cámara. Sale todos los días. Es generoso con el alcohol y la comida, pero no con la cocaína. Nunca recoge los pelos de la ducha.

Al principio era divertido. Tres tíos en un sofá hablando de la vida, de sexo, de política. No les hablaba de mi trabajo, porque tampoco tenía mucho que contar. A cada chiste cruel le seguía un chiste aún más cruel. Todas las mujeres de la televisión eran sometidas a un exhaustivo análisis de sus atributos femeninos. O eres de tetas, o eres de culos. Nos contábamos cosas: la primera vez que oí la palabra *gamba* para referirse a una chica fea fue por boca de un profesor de lengua y literatura, a los trece años: «Tiras la cabeza, pero te comes el cuerpo». A todos los alumnos nos pareció graciosísimo. Por mi decimoquinto cumpleaños, mi primera novia me dejó tocarle las tetas. Me

pareció verla llorar, y recuerdo pensar que había apretado demasiado. No tardé ni cinco minutos en contárselo a mi mejor amigo, después de masturbarme. La primera vez que me hicieron una mamada, a los dieciocho, no se me levantó, por la impresión de verme en una situación que solo había contemplado a través de una pantalla. Yo le dije a la chica que tal vez podríamos besarnos primero. Ella me dijo que para qué, si aquello era lo que les gustaba a los tíos. Esas cosas.

Compartíamos fotos de nuestras amigas solteras. Deletreábamos nombres de actrices. Poníamos un cartel como de hotel (Do not disturb) en la puerta de nuestra habitación cuando estábamos acompañados. Nos mandábamos vídeos porno. Teníamos una sana relación entre hombres adultos.

Mi ánimo corporativo empezó a torcerse cuando el Sujeto A nos envió un vídeo dirigido por él mismo. Se deducía claramente que había sido grabado sin el consentimiento de la protagonista: la cámara estaba situada en un rincón de la habitación, entre la ropa, con poca luz, y en ningún momento la mujer mira directamente al objetivo. Él sí: en el minuto 12.24 la pone a cuatro patas, con el culo hacia el espectador, y antes de proceder se vuelve, guiña un ojo y levanta el pulgar de su mano derecha en señal de victoria. Luego le da un cachete en la nalga izquierda y ella suspira como un gato feliz. El vídeo completo dura 16.45 minutos, calidad HD.

Aquello me molestó, y se lo dije. Al principio intentando mostrarme moderado, razonable, un buen compañero de piso que entiende los vicios, pero también las virtudes, de su interlocutor.

—No le des importancia —me dijo.

Argumenté que grabarlo era una traición a la confianza de aquella mujer, pero que enviarnoslo era probablemente un delito.

—Ya no me acuerdo ni de su nombre, así que no me preocupa traicionarla. Y no es delito si no se entera la policía —me dijo.

Argumenté que no le gustaría que se lo hicieran a su hermana. Yo tengo una hermana. Argumenté que estas cosas pueden hacerse virales y acabar en internet.

—¿A ti qué coño te pasa? —me dijo.

La discusión subió de tono. El Sujeto B se puso del lado del Sujeto A y

yo perdí los papeles. Cuando reventaron todas mis explicaciones, si es que esgrimir «¿Estás seguro de que te gustan las mujeres?» es una forma razonable de contraargumentar en un debate, me puse agresivo.

—Sois unos hijos de puta —empecé mi discurso.

Etcétera. A partir de ese día ya no nos saludábamos cuando coincidíamos en la sala o la cocina, y desde luego dejaron de contar conmigo para sus reuniones caseras. A mí no me importó: tenía una idea sólida en la cabeza acerca de lo que estaba bien y de lo que estaba mal, y un par de inconscientes no iban a obligarme a replanteármela. No me gustaría que una amante ocasional nos grabara en la cama y se lo enseñara a todas sus amigas; que vieran cómo me muevo, lo que digo, cómo me cambia la cara en el último momento, cuánto resoplo. Que vieran el tamaño de mis genitales. Que me visionaran a cámara lenta. Que añadieran subtítulos sarcásticos. Me ahogo solo de pensarlo.

Por suerte, las mujeres son distintas a nosotros.

Con el paso de las semanas y la acumulación de pequeñas disputas domésticas (fregar los platos, limpiar el cuarto de baño, pagar a tiempo los gastos de internet y de electricidad), la tensión latente fue transformándose en inquina, y la inquina, en rabia, de manera que en lugar de llamarnos por nuestros nombres utilizábamos vocativos amables de uso cotidiano.

—Eh, tú, payaso.

—Déjame en paz, imbécil.

—Paga lo que debes, cabrón.

Nunca me tomé en serio aquellos insultos. Hasta que hace dos meses me los encontré en la sala, delante de la televisión, comentando un partido de fútbol. Cuando pasé a su lado, ignorándolos de la forma más elegante posible, el Sujeto B dijo:

—Mira cómo huye el feminista.

Y al ver mi cara descubrieron que habían pulsado un nervio adecuado, el trigémino escrotal, y desde entonces solo se dirigen a mí como «el feminista». Reconozco que me sorprende, porque emplean de forma peyorativa un adjetivo que siempre interpreté de forma positiva, aunque no puedo decir que me halague. De hecho, en el fondo, por alguna razón, me

molesta.

Feminista, tu puta madre, pienso. Y es algo que me sale de forma espontánea.

Pero cuando lo pienso veo a mi hermana y a mi madre y me obligo a recordar que, hasta donde abarca mi conocimiento, el feminismo busca la igualdad entre hombres y mujeres, ¿no? Qué se puede criticar de esa intención. Y sin embargo hay algo en la palabra *feminista* que no me gusta, que insulta mi virilidad, como cuando de niño te llamaban «chica» por el color de unas botas de agua o el forro de una cazadora, y entonces me doy cuenta de mi incoherencia y duermo mal, con sueños terribles, espantosos, que influyen en mi rendimiento del día siguiente. Aunque en mi trabajo nadie valore mi rendimiento.

Mi pesadilla recurrente es que me despierto transformado en mujer.

En fin. Esa es la razón por la que he acudido hoy a la conferencia de Siri. Porque quiero averiguar de dónde nace esta paradoja, esta absurda dialéctica conmigo mismo. Quizá sumergiéndome de forma controlada en ese universo descubra que no tengo motivos para sentirme incómodo. O al revés: que debería tener miedo, en efecto, porque al monstruo se le teme.

—Buenas noches, feminista —me dice el Sujeto A.

Ya no hablo con mis compañeros de piso. Lo último que les anuncié antes de romper toda relación con ellos, a través de un mensaje de móvil, es que no se preocuparan. Que había borrado el vídeo, pero nunca los denunciaría a la policía. Que no soy un traidor.

Feminista, tu puta madre, pienso.

2

Coincido con Najwa un mes más tarde, en una mesa redonda sobre «Nuevos retos del feminismo». En general, la gente es muy torpe poniendo títulos, y seguramente ese es el motivo por el que apenas sumamos docena y media de personas. Najwa no me reconoce. Solo hay otro hombre en la sala. En el estrado, una señora con el pelo corto y algo encanecido repasa cuidadosamente diversas situaciones a las que las mujeres se están enfrentando hoy en todo el mundo: negación del derecho al asilo por no reconocerlas como minoría, granjas de fecundación forzosa en Tailandia, arrestos por tener un accidente durante el embarazo, brecha salarial, trata, discriminación, humillaciones en televisión, objetualización, hipersexualización. Soy incapaz de seguir el hilo. Refrenda sus palabras con gráficos, estadísticas, fotografías, fragmentos de vídeo, diagramas. Por acumulación, todo lo que dice parece una broma, el monólogo de una comediente. Tengo ganas de reírme y aplaudir, o viceversa. Me planteo contar un chiste machista en la ronda de preguntas, algo discreto, para ver cómo reacciona: «¿Por qué las mujeres dejan de tener la regla a los cincuenta? Porque les hace falta la sangre para las varices». Dicen que saber reírse de uno mismo es señal de madurez. Cuando termina el acto veo que Najwa se marcha, y corro hacia ella. Tengo una mala sensación de *déjà vu*, pero no intento analizarla.

—Me leí los libros —le digo.

Ella me mira con desprecio.

—¿Qué libros?

—Los que me recomendaste. En la conferencia de Siri. Solnit y Millett. Ahora sí. Me sitúa.

—Ah. Me acuerdo. ¿Y qué tal?

—Bueno. Solnit es más fácil, más de ahora, claro. Hasta yo conocía algunos temas de los que habla. Fue una buena recomendación para alguien con mi nivel. Pero Millett... Millett es otro rollo; empieza bien, con las hostias a Miller y eso, pero luego es un poco árida. Y el libro es largo. Se me hizo bola.

—No me digas.

—Creo que yo también hago eso de explicarles cosas a las mujeres. Con mi madre, sobre todo. Ahora sé por qué la cabreo tanto.

—Pues qué suerte. Yo no entiendo qué le pasa a la mía.

—Será que no hablas con ella lo suficiente. Perdona: ¿lo ves? Ya te estoy explicando cosas.

Oigo algo parecido a una risa ahogada y siento que estamos acercando posiciones. La acompaño hasta las escaleras. Sigo hablando.

—¿Tú crees que los hombres podemos ser feministas?

—¿Tú crees que puedes ser feminista?

—No lo sé, por eso te lo pregunto.

—¿Para qué quieres ser feminista? ¿Para darle lecciones a tu madre?

Nos reímos. Me duele el hígado, pero nos reímos.

—No tengo claro, de todos modos, lo que dice Millett.

—¿Qué cosa?

—Que todo sea una construcción cultural. Que no haya diferencias esenciales entre hombres y mujeres. Aparte de lo obvio, como la maternidad, quiero decir.

Me mira como un boxeador a punto de explicarle a un rival más débil quién es el campeón y por qué, a veces, es necesario dejar constancia.

—¿Crees que sí las hay?

—Bueno, además de la regla y eso...

—Venga. Sin miedo. Cuéntamelas.

Pienso en vaginas sonrientes.

—A ver. Sois generalmente más amables. Menos violentas. Más comunicativas. Más discretas. Menos ruidosas.

Lo que me callo: «No os imagino pasándoos un vídeo porno, conmigo de protagonista, grabado sin mi consentimiento».

—Ya. Y nuestra inclinación natural son los cuidados, ¿verdad? Y evitar la confrontación. Y cuando dices «comunicativas», en realidad quieres decir «habladoras».

—Hay excepciones, seguro.

No quiero decir la palabra *loro*. No quiero pensar en la palabra *loro*.

—¿A qué te dedicas? —me pregunta.

—Soy periodista. De los malos. Lo que hago podría hacerlo un... ¿Y tú?

—Estoy preparando mi tesis. Pero los fines de semana, a la lucha libre.

Me río. Ella no.

—¿No me crees?

No digo nada.

—¿Crees que porque soy mujer no me gusta dar hostias?

—No he dicho eso. Pero creía que...

Me corta. Saca el móvil. Busca en el carrete. Me enseña una fotografía: es ella ataviada con un vestuario estrambótico en un gimnasio. Lleva capa y botas de colores.

—Increíble —digo.

—Tienes que quitarte muchas ideas preconcebidas de la cabeza.

—Ya veo. ¿De qué va tu tesis?

—De agentes dobles en la Segunda Guerra Mundial. Pero no de los hombres. Bastante se ha escrito ya sobre el famoso Joan Pujol.

No sé quién es Joan Pujol, pero no le discuto lo de «famoso». Ya lo buscaré después en Wikipedia. Seguimos hablando mientras salimos, y todavía un rato más, junto a la puerta. Detecto un patrón: si no introduzco cuestiones personales, la conversación fluye; si lo hago, se atasca. Intuyo que ella sabe que lo sé. De acuerdo: juguemos con el subtexto. Decido hablar sin parar hasta vencer su resistencia por la vía del agotamiento, provocar su respuesta, hasta que tenga tanta sed que necesite tomarse una cerveza. Le pregunto por todos los temas que aparecen en los libros: postfeminismo,

falacias viriles, discriminación positiva, cuotas. Uno detrás de otro. Le confieso mis dudas y le digo la verdad: me parece un laberinto. Mi sinceridad parece gustarle. Se lo piensa. Me arde la garganta. A unos metros veo a un hombre sentado cómodamente en una silla de mimbre, en la terraza de un bar, con el bigote blanco de espuma del primer trago, y salivo. Calculo que las probabilidades están 50/50.

—¿Quieres una cerveza? —pregunto.

Ella acepta y, cuando nos sentamos, se quita las gafas.

Eso es una metáfora. Pero yo no la entiendo, al menos en ese momento, porque tiene que ver conmigo.

3

No suelo comer con mis padres, y mucho menos con el resto de la familia. Pero esporádicamente se organizan entre ellos en una especie de conspiración telefónica con motivo del cumpleaños de alguno de mis primos y es imposible ignorar sus llamadas. Como todos los lobbies, usan el chantaje, fundamentalmente emocional, para obtener dividendos: victimismo, depresión, cercanía de la muerte, enfermedad, nostalgia. Está prohibido hablar de política y prácticamente de cualquier conflicto social que pueda derivar en polémicas ideológicas, de manera que en estas reuniones prevalece una filosofía de lo intrascendente, como en los ascensores. Cuanto menos debas poner de ti en un tema, mejor es el tema. La consanguinidad: una represión cognitiva obligatoria para mantener la armonía en el epicentro de nuestras miserias fundacionales. Demasiado largo para una camiseta. Como es lógico, la presencia de jóvenes alivia considerablemente el intercambio de información: a los chicos, «¿tienes novia?»; a las chicas, «¿tienes novio?». La homosexualidad no se contempla ni en forma de hipótesis, y eso dice suficiente sobre el tipo de familia que formamos. Con la socialización familiar masiva del siglo XXI y sus reuniones, tal vez el psicoanálisis se ha quedado atrás en sus postulados: ya no bastaría con matar al padre o a la madre; ahora hay que matar a tus tíos.

Como todos los grupos sociales, tenemos nuestras dinámicas.

Por ejemplo: las mujeres y los niños se encargan de poner la mesa y retirar los platos sucios. Los hombres adultos ni siquiera lo intentan. Si lo

hago yo, una voz femenina me ordena que no es necesario. En el caso de que una de las mujeres esté de alguna manera incapacitada de forma leve, digamos por ciática, ella misma se rebela ante su minusvalía y realiza el doble de actividades que sus compañeras. Es una cuestión de orgullo. Cuando es al revés, el discapacitado varón recibe un tratamiento exclusivo: las mejores piezas de carne, una reserva independiente de canapés, la copa de vino siempre llena.

Por ejemplo: los hombres eligen contenidos. Las mujeres aportan opiniones, desde luego, pero raramente son propositivas. Si una mujer aporta un tema nuevo a la mesa, la dinámica habitual consiste en que las otras mujeres le presten atención un determinado tiempo, por interés real o por simple condescendencia, mientras los hombres hablan de otra cosa. De cualquier modo, el magnetismo de esta segunda conversación termina por invisibilizar la primera hasta que la neutraliza.

Por ejemplo: después del postre, cuando llegan las copas, los hombres se juntan con los hombres y las mujeres con las mujeres.

Entonces sí que se pone interesante.

Frase del día: «Las feministas son lesbianas encubiertas».

No sé cómo se me ha ocurrido abrir la boca. Quizá por el vino. Quizá porque llevo dos meses asistiendo a charlas y congresos sobre feminismo y hoy he empezado a apreciar la mecánica oculta que mueve estas reuniones. Quizá porque quería llamar la atención. Pero no he podido evitarlo, y creo que el origen está en mi infancia. O no exactamente en mi infancia, sino en mí siendo adulto mirando mi infancia desde la perspectiva de mis treinta y cinco.

Localización: sala de estar, después de comer, día.

Personajes: mi padre, mis tres tíos, yo con catorce años, yo con dieciocho años, yo con veinticuatro años.

Escena: los diálogos son intercambiables.

—Chaval, no te cases nunca.

—Eso. Si quieres seguir follando, no te cases.

—A las mujeres solo les gusta el sexo de novias. Luego, se acabó.

—Siempre les duele la cabeza.

- O ni eso. Les duele algo.
 - Puedes intentarlo una vez cada varios meses.
 - Pero se enfadan.
 - Enfadadas también lo hacen.
 - Tampoco les gusta beber.
 - Café. Les gusta el café.
 - Y olvídate de hacer cosas raras.
 - Totalmente. Misionero y que termines rápido.
 - Chaval, no te cases nunca.
- Fin de la escena.

Con estos precedentes formativos, mi educación es un acumulado de reproches, bromas y juegos de poder gracias a los que posteriormente, en la edad adulta, he logrado integrarme sin llamar la atención con la mayor parte de mis iguales. Es el lenguaje jurídico aplicado a la genitalidad: solo se entiende si formas parte del grupo. En esta y otras familias, por norma, hasta los trece o catorce años un niño varón permanece en el círculo de las mujeres, que le enseñan modales, cláusulas de comportamiento, límites expresivos y aficiones artísticas; a partir de esa edad, el niño varón deja de ser un niño y se consiente que participe de las conversaciones de los hombres, que lo introducirán, poco a poco, en el análisis deportivo profesional, la búsqueda de una carrera económicamente rentable y el complejo territorio de las relaciones contra el sexo opuesto. La preposición no es gratuita. Creo que somos una familia típica. Repetimos patrones heredados de las generaciones anteriores, patrones que han demostrado ser útiles para la convivencia, y la norma dicta que los repetiremos, en el futuro, si queremos evitar problemas. Esto incluye anomalías de toda índole, como que se pueda beber alcohol hasta la inconsciencia o coger el coche en estados previos al coma etílico, pero que una raya de coca sea considerada un motivo de peso para internar a cualquiera en una clínica de desintoxicación. Cuando era niño me hablaban de un «primo drogata». A saber con qué habían pillado a mi pobre primo. Ya me habría gustado insertar un gramo de coca a la fuerza en el tabique nasal de mis mayores, alguna vez, para poder entender lo que balbuceaban a partir de la cuarta copa de orujo. De mi dedo a su nariz, como un pistolero dactilar

buscando el orificio.

—Ay, qué disgusto. ¡Qué disgusto más grande! —lloriquea una de mis tías.

Como digo, no sé cómo se me ha ocurrido abrir la boca.

Pero mi tío y mi padre han cometido el error de regresar a su cántico místico, el Mantra de los Hombres Sin Agujero Donde Meterla, y a mí, en lugar de asentir como uno más y darles la razón, se me ha ocurrido mover el coloquio a un nivel superior, cómo decirlo, invocar la excelencia de sus licenciaturas y elevar la cháchara de barra de puticlub a la categoría de debate intelectual. Error de principiante: no se puede cuestionar la cosmovisión de nadie sin agraviarlo en lo más profundo de su identidad. Lo apunto para la siguiente, aunque dudo mucho que me inviten.

Entonces me veo a mí mismo, con la más displicente de mis sonrisas, tratando de explicar a todos esos hombres con los que he crecido que no, que no creo que tengan razón, que a las mujeres les gusta el sexo tanto como a nosotros, que ya tengo una edad y no puedo quejarme, que sé de lo que hablo, y de alguna manera aquello desemboca en una riña soez, cruenta, salpicada de insultos y lugares comunes.

—Un periodista no va a venir a darnos lecciones de biología —me dicen.

Porque uno de mis tíos es biólogo, cómo no, y a los cuñados de ciencias se los venera con la devoción de un ingeniero supremo de la realidad, un dios pagano, y sus conocimientos son como la cruz y los clavos y la corona de espinas: indiscutibles. El arsenal de comentarios pseudocientíficos que emplea para explicarme el porqué de las diferencias entre hombres y mujeres es demoledor por académico, pero esconde una defensa tácita de privilegios antiguos que solo puedo tomarme como un monólogo cómico: las mujeres tienen un óvulo al mes, por lo tanto no tienen la necesidad de estar buscando sexo todo el tiempo, sino de ser precisas, astutas para encontrar la pareja que merezca inseminar el óvulo. Yo me sirvo otro vino y le hago una reverencia. Estoy anestesiado. El pedagogo continúa: por eso los hombres son más infieles que las mujeres; porque al no tener la seguridad de que el hijo es suyo, es decir, genéticamente suyo, necesitan inseminar al mayor número de mujeres posible. La naturaleza misma. Disparar a lo loco, sin apuntar. Seguro

que, como mínimo, una perdiz cae en la cesta. Llego a un punto de no retorno. Asumo que todos han sido infieles alguna vez y les pregunto si creen que sus mujeres lo han sido con ellos. Hiroshima desencadenada. Se crecen.

Y en ese momento, mientras me abruma con años de experiencia y análisis de conducta basados en su trayectoria vital, mientras me explican las enormes diferencias urológicas que existen entre hombres y mujeres, mientras usan a mi madre y a mis tías de ejemplo para refrendar sus tesis acerca de los hábitos parasexuales o inframasturbatorios de la raza humana, y mientras mi madre y mis tías permanecen calladas en un rincón, como si aquello no fuera con ellas, y mientras yo, sin saber siquiera de qué hablo, mezclo las ideas de Millett, que me saluda desde los años setenta y me dice que tenemos que presentar a nuestras familias, con varios artículos de Solnit, de una forma tan siniestra que Najwa se avergonzaría, y mientras pregunto con el puño en alto hace cuánto que ninguno de ellos se ha comido un coño, o si recuerdan cómo se hace, o si lo han hecho alguna vez, y mientras ellos parecen perdidos en una enumeración matemática de primaria, contando con los dedos, entonces, en ese momento, en ese mismo momento, veo la brecha. Y disparo:

—El feminismo dice que.

Todo lo que viene después no merece la pena. Lo cual es una lástima, porque contemplar cómo se desarticulan los pilares de mi educación emocional y todos estos hombres sensatos, familiares y prudentes dejan caer la máscara administrativa de la responsabilidad y muestran las maneras monstruosas de Jack el Destripador, tiene su gracia. Lo siento por mi tía.

—¡Ay, qué disgusto!

Que las feministas son todas unas lesbianas encubiertas es lo primero que oigo. La exhibición de atrocidades continúa: las feministas necesitan follar más, las feministas no han trabajado en su vida, las feministas deberían ir a la universidad, las feministas pasan demasiado tiempo en la universidad, las feministas no saben conducir, las feministas son tan feas que no encuentran una buena polla, las feministas necesitan una guerra, las feministas deberían depilarse más a menudo, las feministas solo se rodean de feministas, las feministas no comen carne.

Polemizo por el placer de reírme de ellos, aunque sospecho que esto no es un comportamiento ético.

Me piden que me marche. He creado mal ambiente. Obedezco.

Cuando salgo de casa me doy cuenta de que, a nivel teórico, no he dado la talla. Qué coño sé yo lo que dice el feminismo. Me he dejado llevar por el estómago y no por la cabeza, y he incurrido en un machismo discursivo de libro: cuando no sé de lo que hablo, finjo que sé de todo. No solo he ratificado sus posiciones, sino que he quedado expuesto como un adolescente pop, inmaduro, desconectado de la realidad. Igual es un buen momento para pedirles dinero, como cuando era niño. Tengo la certeza de que podría haberlo hecho mejor, sin provocaciones directas, sin golpear con el puño en la mesa, sin levantar la voz, manteniendo la calma.

Pero soy un tío.

No sé cómo discutir sin un portazo.

4

Empiezo a obsesionarme con las pequeñas situaciones incómodas de la vida cotidiana. Entro en el autobús y ocupo una plaza. Al cabo de dos paradas, una mujer mayor que yo entra y echa un vistazo a su alrededor: no tiene dónde sentarse. Se queda de pie. Espero a ver si alguien reacciona y no, nadie se inmuta. La gente mira su móvil o por la ventana. Está nublado. Las nubes siempre son entretenidas. Me pregunto si debo ofrecerle mi sitio, pero me entran dudas. Si lo hago, ¿le daré a entender que la considero demasiado vieja? ¿Que la he visto demasiado cansada, o coja, o necesitada? Noto que me sudan las mejillas, igual que cuando pruebo algo picante. Me armo de valor y, mirándola a los ojos, amago con dejarle que se siente en mi puesto. Es un gesto rápido, premuscular. Ella niega con la cabeza.

—No hace falta —me dice.

—No me importa —le digo.

—Que no.

Me hundo en el asiento y bajo la cabeza. No vuelvo a levantarla. No sé si la he ofendido por hacerla sentir débil, si la he ofendido por un exceso de caballerosidad innecesaria, propia de otros tiempos, si la he ofendido por mostrarme demasiado protagonista o si, por el contrario, está encantada conmigo. El autobús se llena y yo me bajo tres paradas antes de lo que me gustaría. Siento rabia porque no me gusta sentirme inseguro, no estoy acostumbrado. Decido no volver a sentarme nunca.

Adelanto: hoy voy a acabar pegando a alguien.

Para mi consuelo, porque pegar a alguien siempre es desagradable, he quedado con mis amigos.

Y mis amigos son gente estupenda. Aunque, si he de ser sincero, con el paso del tiempo cada vez tenemos menos cosas en común, salvo un pasado de alcohol y drogas y anécdotas juveniles inacabables que siempre mantienen el tono distendido de nuestros encuentros. Aquella vez que hicimos tal. El amigo que se quedó en el camino y por el que brindamos. Esa despedida de soltero, con el futuro novio echando a patadas a la estríper de la habitación de hotel. Dos de ellos tienen hijos, coche, casa. Profesiones serias. El otro es un marciano: ni pareja, ni trabajo estable, ni domicilio fijo. El clásico surfista canalla, viajero, que alterna medio gramo de hachís diario con bebidas energéticas y hamburguesas de seitán. No nos parecemos físicamente. Tampoco nuestras cuentas bancarias. Yo soy el único que sigue viviendo como cuando teníamos veinte, veinticinco años, y eso les motiva para vacilarme, hecho que acepto con la serenidad de un paciente psiquiátrico medicado con antidepresivos. Nunca me preguntan por mi trabajo, porque les aburre. A mí también. Tengo ahorros: quizá podría pedirme una excedencia y dejar de hacer el imbécil ocho horas al día en la oficina. Lo anoto en mi cuaderno mental.

—He conocido a alguien —les digo.

Revuelo. Un pequeño interludio sobre tetas, penes, animales de granja y métodos anticonceptivos. Hablo con ellos usando frases cortas, por deformación profesional: me gustan los titulares, los listados, las enumeraciones; me gusta poner en orden las ideas, organizarlas por colores, subrayar la noticia. Su actitud me relaja: sé que si les confesara un crimen de sangre bromearían un buen rato antes de echarme una mano con las palas y la sierra mecánica. Sigo con lo mío.

—Llevamos muy poco. Quiero decir que llevamos poco tiempo follando. Pero me gusta. Y estoy aprendiendo mucho.

Lo de «aprender» les estimula, porque ellos ya han aprendido todo lo que la vida tenía para enseñarles. Lo que no sabes a los cuarenta, me dicen, ya no lo sabrás nunca. Las rondas caen una detrás de otra. Después de varias botellas de vino hemos hecho una pausa para degustar un abanico de licores

de hierbas, lo que me ha revuelto el estómago, y ahora estamos cayendo lentamente en la somnolencia de los cócteles. Noto que mi lengua se espesa y le cuesta pronunciar las erres, pero no soy el único. Uno de ellos, cuando alcanza estos niveles de alcohol en sangre, ha llegado a reventar una *slam* de poesía y amenazar de muerte al *speaker*; nada demasiado grave, salvo que acompañaba a una amiga que estaba recitando y, básicamente, la dejó en ridículo delante de todo su entorno. La típica noche que se te va de las manos.

—Sobre ser tía en el mundo, principalmente —continúo.

No me atrevo a pronunciar la palabra que empieza por efe. No es momento ni lugar para un discurso profundo, y la verdad es que a estas horas de la noche todo empieza a darme un poco igual: feminismo, patriarcado, privilegios. Estamos de risas, la vida es susceptible de convertirse en broma. Invoco al payaso de circo que hay en mí. Pero como somos gente educada y activa políticamente, y como siempre estamos al tanto de los titulares sensacionalistas de los periódicos, y puesto que comentamos la actualidad como si fuéramos opinólogos profesionales, todo lo que decimos se delibera con imprecisa solemnidad. Es la forma que tienen los casados de no hablar de su vida sexual, mientras a los solteros nos acribillan a preguntas.

—¿Habéis oído la rueda de prensa del presidente?

—¿A esa tía le gusta por el culo?

Interpreto que mis amigos emparejados omiten los detalles de sus hábitos venéreos porque conozco a sus mujeres y quieren respetar su intimidad. Su discurso es liberal, feminista sin exclamaciones, obvio. Son tíos del siglo XXI, casados y con hijas. La ablación es una barbaridad. Las mujeres tienen derecho al aborto. El maltrato es una lacra social. Ambos géneros somos, básicamente, iguales. Es fácil entenderse con ellos.

Cuando nos cierran el último bar, ponderamos sobre si recluirnos en un after o disolver la asamblea. Revisamos los pros y los contras y el dinero en efectivo, porque los cajeros están lejos. Nos decidimos por la segunda opción. Mañana abren un parque infantil y es mejor llegar a primera hora, que luego falta sitio.

De camino a casa, todavía juntos, en una avenida principal: una escena.

En la acera de enfrente un hombre y una mujer discuten. Los observamos.

Algo dentro de nosotros se tensa. Y cuando el hombre levanta la mano y le da una especie de sopapo torpe a la mujer, casi un manotazo al aire, en realidad, echo a correr, cruzo la carretera sin mirar si vienen coches y me empotro, literalmente me empotro, contra el tío. No tengo la menor idea de por qué lo he hecho. Mis amigos corren detrás de mí. No le he pegado. Simplemente he aprovechado la inercia de mi carrera para chocar con mi hombro izquierdo contra su columna, de manera que el hombre, visiblemente borracho, ha salido despedido varios metros hacia delante, sin saber siquiera de dónde ha venido la fuerza del impacto, ha ejecutado un tirabuzón en el aire y ha caído contra el suelo con todo su peso, algo menos de cien kilos, como un saco de tierra. Mis amigos llegan. La mujer está gritando, insultando al tío. Creo que se nos ha pasado la borrachera.

—Eso no se hace —le dice uno de mis amigos al hombre.

El tío no habla con claridad. Le ayudamos a levantarse mientras exponemos algo parecido a una tesis sobre el comportamiento cívico y el respeto a las mujeres y el exceso de alcohol. Apestamos a ginebra, pero somos cuatro y quién va a discutirnos nada. La mujer se acerca a él y empieza a atizarle. El tío se cubre la cara mientras ella le da puñetazos, patadas, mientras le araña la cara y le tira de la camisa. El tío parece un espantapájaros maltratado por una cuadrilla de loros. Ella se muestra tan agresiva que acabamos rodeando al tío, protegiéndole de la paliza, y le pedimos a la mujer que se marche, que se vaya a casa. Que nos ocupamos nosotros. Por supuesto, quién si no.

Cuando recupera la estabilidad y el habla, sangrando por la nariz y con la camisa rota, el tío nos cuenta su película. Que ella es muy celosa. Que no le deja beber, ni salir. Que es cierto que esa noche se ha pasado con la cerveza, pero que se ha juntado con su primo y ya sabemos cómo son los primos. Que ella le pega habitualmente. Que él solo se estaba defendiendo, que lo lamenta, pero que no podía hacer otra cosa. Que le da vergüenza que ella le humille en público. Que qué van a pensar sus colegas.

Uno de mis amigos destaca la cuestión de raza: es un machu pichu, un guachupino, un panchito. Tienen otra cultura.

Empiezo a marearme.

Al final, no sé cómo, acabamos pidiéndole perdón al tío y dándole un abrazo. Especialmente yo, que me siento culpable por el empujón. Nos dice que tiene miedo de volver a casa, que sabe que le va a caer una buena. Nosotros le quitamos importancia, le damos ánimos y le vemos marchar, haciendo eses. Perplejos.

—Para que luego digan que a los hombres no los maltratan —sonríe uno de mis amigos.

Antes de que yo abra la boca, otro se me adelanta.

—Tío, no es lo mismo. Esto es un caso excepcional.

—Ya, ya. Pero la ley de violencia machista protege a las mujeres de los hombres, no al revés. Y todos sabemos que hay muchísimas denuncias falsas.

—¿Muchísimas? —pregunto.

—Sí. Muchísimas. O bastantes. Las mujeres se aprovechan de la ley para acojonar a sus parejas. Míralo, joder. Conozco un par de casos. Ellas pueden hacer lo que quieran.

—Las estadísticas dicen que las denuncias falsas representan el 0,1 % del total de denuncias —replico, sin conocer realmente la estadística.

—Eso es porque los hombres no se atreven a denunciar. ¿No has visto cómo estaba este tío? ¡Si le daba vergüenza hablar con nosotros! ¿Tú lo denunciarías si tu mujer te pegara una hostia?

Uno de mis amigos imita el tópico de una chica pegando puñetazos, con la muñeca doblada, sin fuerza. Aunque no quiero reírme, reconozco que su interpretación es bastante buena.

—Entonces, ¿te parece mal que exista una ley de violencia machista? —insisto.

—Pues no lo sé. Si todos somos iguales ante la justicia, es lo mismo que una mujer pegue a un hombre que que un hombre pegue a una mujer, ¿no?

Nadie habla. Yo quiero decir algo, pero no sé muy bien el qué: mi mente es como un enfermo de Párkinson tratando de construir una pajarita de papel.

—Esa ley no es feminista, porque el feminismo exige la igualdad —añade.

Estoy demasiado borracho como para responder. Sé que podría usar algo de lo que he escuchado estos meses para puntualizar su alegato, pero tengo el

cerebro lleno de agua.

—Igual esa tía lo mata esta noche —dice otro de mis amigos.

Se valora llamar a la policía. Yo permanezco en un rincón de la conversación, distante, con la mirada en otro sitio. Los oigo fantasear con las diferentes maneras en que ese hombre puede morir dentro de unas horas: unas tijeras en la garganta, un golpe seco en la cabeza, una cuchillada en la ingle. Se establece un consenso de la indolencia, apático: en realidad no va a pasar nada, es la típica relación pasional, nosotros no tenemos nada que ver con ellos. Me acusan de ser un bruto, un inconsciente, un buscalíos. Se ríen a mi costa, y a costa del tío, y a costa de la mujer.

«Son de otra cultura, tienen otros códigos», oigo. Y luego chistes. Somos muy divertidos bajo los efectos del alcohol.

Cuando llego a casa, solo, nada tiene gracia.

5

Najwa y yo hablamos mucho.

No siempre, desde luego. A veces nos dormimos. Pero nos gusta hablar, y a mí el sexo me desvela.

La primera vez que nos acostamos fue algo no premeditado, casi sin querer. Habíamos bebido más de lo habitual para ser un miércoles y estábamos bromeando en un bar de copas. Un hombre se nos acercó buscando conversación, y en algún momento nos preguntó si éramos pareja. No sé quién tomó la iniciativa, pero hubo un beso, discreto, entre risas, ejecutado por malos actores en el primer ensayo de una obra, que nos pareció gracioso. Nos gusta el teatro. Seguimos hablando con aquel hombre un rato más, como una pareja establecida y sólida, y cuando nos dejó solos volvimos a intentar el beso, esta vez sin público, a conciencia. Volvió a gustarnos. Le dije que nunca la llevaría a mi casa. Así que fuimos a la suya. Y a partir de esa noche empezamos a vernos casi todos los días.

Najwa me hace preguntas simples para explicarme problemas complejos.

—¿Tú crees en lo de ser felices y comer perdices?

Yo le muerdo el hombro con fuerza, porque el verbo *comer* me da hambre.

Le digo que el amor romántico me parece cursi, pero no imposible. Le hablo del poeta seductor, de los ramos de flores, del soldado que regresa, mucho tiempo después, de la batalla. Le hablo de la cortesía, de los príncipes y las princesas de los cuentos de hadas, del pacto de felicidad. Enumero

películas de Meg Ryan y canciones de Rocío Jurado. Ella calla y me observa. Cuando termino, toma la palabra.

—Si una mujer tiene un sueldo tan alto como un hombre, y libertad de movimiento, y las mismas posibilidades de llegar a ser directiva de una empresa o presidenta del Gobierno, pero lo máximo a lo que aspira es a encontrar a su príncipe azul, sigue siendo una mujer vacía a la espera de que un hombre la llene.

A mí me vencen la estupidez y la semántica:

—¿Quieres que te llene? ¿Ahora?

Ella es paciente conmigo.

Me habla de la mujer como objeto y no como sujeto: la musa, la dama que espera, la esposa estoica. Me habla de la mujer sin iniciativa, siempre a expensas de una decisión del hombre, que necesita ser salvada o rescatada; de la mujer que solo se siente completa si encuentra el amor verdadero, y si se casa, y si tiene hijos; de la mujer como depositaria última de los deseos del hombre, que será quien, al final, con su coraje o con su inteligencia, la conquiste. La mujer, entonces, como algo que debe ser ocupado, como la tierra, como el castillo enemigo. Un trofeo. Una propiedad. Un útero. Me pone ejemplos más duros de cómo el amor romántico ha manipulado las relaciones y ha inclinado la balanza hacia el abuso: si tiene celos es porque te quiere; si te pega es porque te quiere; o eres mía o no serás de nadie; no necesitas quedar con tus amigas porque me tienes a mí; no salgas con esa ropa a la calle; sin mí no eres nada.

La escucho, pero lo hago mientras le miro el culo. Tiene un culo perfecto, o perfecto para mi gusto, duro y pequeño. Se da cuenta. No me lo recrimina, pero levanta las cejas.

—Estás exagerando —digo, intentando seguir la conversación, sin advertir que este afán mío por pronunciarlo es exactamente la misma dinámica que usé delante de mi familia.

Le discuto algunos detalles. Le digo que los tiempos han cambiado, que las parejas no son como antes, que ahora las mujeres votan y van a la universidad y trabajan y que las tareas domésticas se reparten, que hay una conciencia social muy fuerte contra el maltrato, que los hombres ya no somos

soldados ni héroes ni poetas. Le recuerdo la conferencia de Pekín del 95, con cuarenta mil «hermanas» delante de las cámaras. Intento que vea el mundo tan lleno de posibilidades como yo lo veo.

—Ya. Por eso tus amigos creen que la ley de violencia de género no tiene sentido. Que no es igualitaria —me dice.

—No lo sé. Ya te he contado lo que pasó. Aquella tía era como el doble del pobre hombre, te lo juro.

Ella es paciente conmigo.

—Imagina que dos tíos se pegan a la salida de un bar porque uno le ha mirado mal al otro —me dice.

—¿Cómo de mal?

—Muy mal.

—Vale.

—¿Qué haces?

—Depende del tamaño. Si son pequeños, intento separarlos. Si creo que me voy a comer una hostia, paso.

—¿Por qué?

—Yo qué sé. Porque es su movida.

—De acuerdo. Ahora imagina que dos tíos se pegan a la salida de un bar porque uno de ellos es maricón, y el otro odia a los maricones. ¿Te parece que es lo mismo?

—No, claro.

—¿Por qué?

—Porque no es una pelea trivial. Es un acto de odio.

—¿Y el odio a los maricones debería ser delito?

—Sí, joder. Porque juegan en desventaja. Al menos en desventaja en este mundo. Todavía los insultan o les pegan los fachas, como si no hubiera fachas maricones. En algunos países están perseguidos. Castigados con la pena de muerte. Y aquí tenían que esconderse hasta hace cuatro días. Mi padre siempre decía que lo peor que podía pasarle en esta vida era tener un hijo maricón, imagínate. Creo que es nuestro deber intervenir para que la homofobia desaparezca, aunque nos comamos una hostia.

—¿Dirías que vivimos en una sociedad homófoba?

—Bueno. Cada vez menos. ¿A qué viene esto?

—Tranquilo. Todo llegará. Pregunta: ¿crees que vivimos en una sociedad que odia a las mujeres?

—No. No lo diría con esas palabras.

—¿No crees que vivimos en una sociedad donde las mujeres sufren persecución, o acoso, o maltrato, o insultos, o discriminación laboral, o cualquier puta mierda que te puedas imaginar, por el hecho de ser mujeres?

—Probablemente.

—¿Probablemente?

—Vale. Sí. Las mujeres estáis discriminadas.

—¿Quieres que te ponga ejemplos, machirulo?

—No, no hace falta. Ya sabes que he ido a un montón de charlas. Soy muy consciente de que estáis en desventaja.

—Perfecto. Entonces, ¿si un hombre pega a una mujer, o la maltrata de alguna forma, en una cultura como la nuestra, patriarcal, machista, en la que las mujeres juegan con peores cartas que los hombres por ser mujeres, no es el mismo caso que el homófobo que pega al maricón?

—¿Puedes hacer la pregunta más corta? Creo que me confundes con el tribunal de tu tesis.

—¿No crees que nuestra cultura considera a las mujeres seres inferiores a los hombres?

—Sí.

—¿Y no crees que el hecho de considerarnos inferiores os obliga a los hombres, consciente o inconscientemente, a que nos pongáis en nuestro sitio?

—¿Y qué sitio es ese?

—Es obvio: por detrás de vosotros.

Es decir: invisibles, calladas, ignoradas. *Touché*.

Najwa me devora. Vuelve mis argumentos contra mí, explicándome de qué manera opera el imaginario colectivo sobre el individual: las películas y las canciones, la publicidad, la cultura popular, todo está impregnado de una misma ideología: la niña, la madre, la esposa; en cualquier medio, una mujer de éxito es noticia por su condición de mujer, no por sus méritos; los análisis de personajes públicos femeninos siempre son complementados con una

revisión de su belleza, su vestuario y su vida íntima. Y esto es solamente una mirada superficial al problema. Un ejemplo básico: los tacones son incómodos, y sin embargo son casi inexcusables en determinados actos, lo que obliga a que muchas mujeres lleven un par de zapatos planos en sus pequeños bolsos, como bailarinas de incógnito, para aliviar los pies cuando la fiesta lo permite. Y como este, cientos. Ideología sobre ideología sobre ideología.

—El marco es más sutil que antes, pero igual de eficaz —me dice.

Y siento que tiene razón, que todo lo que dice es cierto, pero por ese mismo motivo no tengo ganas de seguir escuchando, me irrita, me hace sentir mal conmigo mismo. Y no solo conmigo mismo: también con mi familia, con mis amigos, con mis compañeros de trabajo. Sus palabras me pesan como sentencias, y me molesta, porque yo solo quería mirar su culo y apretárselo y, como mucho, darle unos azotes, dejarle una pequeña estría rosa en cada nalga y no pensar, no pensar en nada de esto, seguir tan ciego como antes, no hacerme preguntas, vivir tranquilamente, ser un hombre feliz, miope, cínico, un payaso de feria, un perro pastor, un pene doméstico, una jeringuilla de semen, acaso hacerle un par de fotos guarras para consumo propio. Pero no pertenecer a su camada, eso nunca, no formar parte de esta insatisfacción estructural, no hacer caso, no escuchar, ignorar que existe la cultura del silencio, de la violación, del menosprecio. No tener que elegir bando porque yo me supe siempre en el lugar correcto. Qué pereza pensar. Qué pereza revisar mis privilegios.

Pero tengo que hacer algo, lo sé. No tengo alternativa.

6

Mi madre fuma como un condenado a muerte y esa es una de las pocas razones por las que vengo a visitarla de vez en cuando. Su casa es el último bar que permite el humo, lo que está bien, pero su intensidad emocional y su olímpico talento para saltar de un tema a otro me perturban, lo que está menos bien.

Aquí se viene a escuchar y a rezar en silencio, como en misa.

—¿Has hablado últimamente con tu hermana? No sé qué espera de la vida, la verdad. Cada semana con un novio distinto. Bueno, los llamo «novios» por llamarlos de alguna manera, porque le duran tan poco que no sé si ella misma se acuerda de los nombres. ¡Con treinta años! Contigo ya he perdido la esperanza de que me hagas abuela, pero con ella... ¿Qué tengo que hacer para que me haga abuela? Si yo me encargaría de todo, de los pañales, de la comida, de todo. Ah, eso sí: cuando quiera ponerse será demasiado tarde, y luego habrá que aguantarla. Porque un día querrá, de eso estoy segura, y entonces que no cuente conmigo, que no se atreva, porque mira que se lo he dicho por activa y por pasiva: búscate un novio, ten hijos pronto, que luego la vida se complica... Y nada, ni caso. Nunca me hace caso. Bueno, tú tampoco. Pero yo le doblo la edad y soy mujer y madre, algo sabré de cómo funcionan estas cosas. Y al pescador no le preguntes, que parece que le da todo igual, pero no es así. No habla mucho, pero no hace falta. Él también está preocupado.

El pescador es mi padre. Desde que se jubiló, se pasa los fines de semana

en el río, con un par de colegas, pescando. O eso dice. Amén.

—No sabes cómo me tiene tu prima. Resulta que ella y el listo de su marido se han apuntado a clases de baile aquí al lado, tres días a la semana. No sé si bailes de salón o danza jazz o alguna estupidez así. Y claro, como yo estoy cerca y no tengo nada mejor que hacer, porque todo el mundo supone que no tengo nada mejor que hacer, me han pedido que esas tardes me quede con el niño. Las tres tardes. Y yo quiero mucho al niño, pero desde que camina es insoportable, corre por toda la casa, lo mueve todo, lo rompe todo. Si no llueve, lo bajo al parque para que se desfogue un poco y luego esté tranquilo, pero es lo mismo: no para quieto, es un demonio. Pega a los otros niños, y luego soy yo quien tiene que dar la cara. Y ni siquiera soy su abuela. Me tiene harta. Cualquiera día les digo que se metan al niño por donde les quepa.

Conozco al hijo de mi prima y es un chaval normal. Por lo que me han contado, yo sí que era un peligro andante cuando tenía sus años, de esos que descubren el secreto placer de dar patadas en las espinillas de los adultos por debajo de la mesa y en los ascensores; «movidos», nos llamaban. Pero supongo que mi madre no se acuerda, o no se quiere acordar. Amén.

—Y tu hermana ahora me dice que está pensando en irse un año a Canadá. A Canadá, te lo juro. ¿Qué hay en Canadá? ¡Si ya sabe inglés! ¡Y francés! Sigue viviendo como cuando tenía quince años, que todo era salir con las amigas y volver a casa de aquella manera. ¿Sabes qué hacía yo con quince años? Trabajar. Trabajar para ayudar en casa, y si sobraba algo, entonces sí, lo gastaba en salir. Pero solo los sábados, y solo hasta las diez, que si llegaba tarde, ya sabes, tu abuelo me esperaba con el cinturón. Ya lo conociste. Era bruto, pero bueno. Cuando quise estudiar enfermería el orientador le dijo que eso era muy difícil, que casi nadie lo lograba, y tu abuelo le dio la razón, y entre los dos me quitaron las ganas. Pero lo hizo por mí. Seguramente no habría valido para eso, y él mismo me encontró trabajo en la ferretería.

Siempre he querido saber qué habría sido de mi madre si, en lugar de un orientador con discapacidad intelectual, se hubiera encontrado con alguien competente para ese puesto. Amén.

—Eso sí, menos mal que apareció tu padre, porque qué mal genio tenía tu abuelo, y qué poco le gustaban mis faldas. Fue como un rescate. ¿Qué necesidad tiene tu hermana de irse a Canadá? ¿No tiene amigas aquí? ¿No hay chicos guapos aquí? ¿No tiene trabajo aquí? Yo me fui a otra ciudad con diecinueve años, sí, es verdad, pero me fui porque me casé, y con veinte ya te tenía a ti, y con veinticuatro a tu hermana, y mientras tu padre trabajaba yo me ocupaba de la casa y de vosotros, y eso es todo, la casa y vosotros y el café con las amigas, hasta que tú te fuiste y tu hermana se fue, ay, qué mal lo pasé, y entonces qué, si no llega a estar tu padre, aunque algunas veces me habría gustado que no estuviera, entonces qué. Porque nunca me ha faltado de nada, eso que conste. Tu padre me ha hecho sentir segura. ¿Y qué espera tu hermana de la vida? ¿Quiere estar soltera cuando tenga mi edad? Porque ahora es fácil para ella conocer a alguien, irse a la cama, disfrutar. Es joven y guapa. Es lista. Pero eso se termina. ¡Es casi demasiado mayor para tener hijos! ¿Cuándo pretende hacerme abuela? ¿Cuándo?

La homilía de mi madre despierta en mí el impulso de agarrarla de las solapas de su chaqueta y sacudirla hasta que se despierte. Antes, hace años, me parecía una mujer un poco triste, angustiada por una existencia sin ambiciones, aburrida de mirarse en el espejo. Ahora me parece una mujer enfadada. Malhumorada. A un paso de que la indignación se le convierta en anarquía. Y creo que, cuando hace examen de conciencia, no está segura del porqué. Aunque probablemente lo sospeche. Sospecha que su vida es un desastre de principio a fin; que nunca tuvo una oportunidad auténtica de hacer algo, lo que fuera, por sus propios méritos; que pasó de hija a esposa y madre a una velocidad inaudita, terrible, digna de su época. Eso lo sospecha. Lo que quizá no sabe es que la engañaron. Que le hicieron creer que ser madre y esposa y dueña de una casa era su sueño, que mi padre era su príncipe azul, que tenernos a nosotros era su razón de ser. Que eso era todo, y no llevaba en la sangre aspirar a ninguna otra cosa. La engañaron porque mitificó una vida que siempre la dejaría al margen, como un paria. Porque lo que importa nunca está en los márgenes, ¿no es cierto? Amén.

—Bueno, hijo. Perdona. Que me caliento. Cuéntame tú, cuéntame cosas. ¿Qué es de tu vida? ¿Cómo te va el trabajo?

Me pregunto qué debo hacer. ¿Le digo lo que pienso? No tengo ningún derecho. ¿Le digo que me parece que fue víctima de una estafa? ¿Le digo que en su caso tal vez ya es demasiado tarde, pero que no quiera para su hija, para mi hermana, el mismo sermón que le vendieron a ella hace casi sesenta años? ¿O me callo? Ser un cobarde, un cómplice. Quizá es mejor así, vivir como un sonámbulo o como un inconsciente, no saber, no despertar. Mantener la inercia de seis décadas rodando en la misma dirección. Quizá es mejor persistir en el engaño, por si acaso la verdad es demasiado dura. La pastilla roja o la pastilla azul.

—¿Has visto *Matrix*, mamá? —le pregunto.

—No, qué va. Esas películas le gustan a tu padre. Ya sabes que mi favorita es *La reina virgen*. Qué bonita es, y qué romántica.

La puta reina virgen, en serio. Me va a estallar la cabeza.

¿Qué haría un buen feminista?

7

DECÁLOGO EN NEGATIVO

Un buen feminista no necesita decir que es feminista.

Un buen feminista no consume productos culturales que denigren a la mujer.

Un buen feminista no colabora con actividades que invisibilicen a la mujer.

Un buen feminista no le dice a una mujer lo que tiene que hacer.

Un buen feminista no interrumpe a una mujer cuando habla.

Un buen feminista no compadece a una mujer por su herencia histórica.

Un buen feminista no tiene prejuicios contra la sangre menstrual.

Un buen feminista no defiende diferencias esenciales entre hombres y mujeres.

Un buen feminista no deja de ser feminista nunca.

Un buen feminista no se desdice.

8

Hace tiempo que no llamo cuando voy a casa de Najwa. Antes lo hacía, incluso después de que me regalara el juego de llaves, porque me parecía abusar, en cierta manera, de su confianza. No es «nuestra» casa, sino la suya; con sus normas, su distribución, sus rutinas y costumbres. Sin embargo, al poco tiempo, ella me pidió que dejara de sentirme como un invitado, que no era necesario anunciar mi visita, que ya formaba parte de su vida y que tenía derecho a ir y venir como prefiriera, siempre que respetase tres condiciones:

- 1) La convivencia no implica estar juntos todo el tiempo. Ella necesita su espacio, no solo para trabajar, sino para existir. Se sobreentiende que yo también. Se permiten las frases estándar de saludo y despedida, pero una puerta cerrada es una puerta que no debe abrirse sin el consentimiento del usuario de la habitación.
- 2) El baño, la cocina y la sala son espacios comunes. Dado que solo hay una televisión, si alguien quiere hacer uso de ella tiene derecho a veto por encima del que ocupa el mismo espacio para otras actividades. Por ejemplo, leer.
- 3) Excepto en la habitación, donde ella dicta los tiempos y conserva la prerrogativa de gestionar el desorden, para las tareas de limpieza se aplica el sentido común, y no un estricto calendario de rutinas administrativas.

Entro en casa y oigo gemidos.

En realidad, no oigo solamente gemidos. También gritos, y golpes.

Todas las luces están apagadas, menos la de la habitación. De acuerdo con la primera norma, si la puerta de la habitación está abierta puedo entrar en ella sin solicitar un permiso especial. Soy un intruso con acceso ilimitado.

Me acerco despacio, sin hacer ruido. Ella no me ha oído llegar, creo, pero entiendo que sabe que lo puedo hacer en cualquier momento.

Me asomo. Quiero darle una sorpresa, o un susto. Me comporto como el fantasma más silencioso del barrio. Mi polla se despereza.

Najwa está tumbada en la cama, boca arriba, con las piernas abiertas y las manos dentro de las bragas. Se masturba viendo porno lésbico. En la pantalla, una chica amordazada, con los brazos atados a un poste y las piernas separadas por un rectángulo de madera, tal vez una banqueta, recibe latigazos de otra chica. Ambas parecen rondar los veinte, veintidós años. El culo de la primera está lleno de marcas rojas y moradas. Veo que Najwa se retuerce y cierra los ojos, y decido esperar a que tenga el orgasmo antes de hacerme notar. Se estira. Saca las manos de las bragas, pero sigue mirando el vídeo.

—Hola, guapa —le digo.

Apenas se inmuta. Gira la cabeza hacia mí, con una sonrisa plácida, y con los brazos me sugiere que me acerque y la bese.

—Holaaaaaa —me dice.

Parece colocada, pero no lo está. Le sucede siempre que se corre muy fuerte. La escena me excita, y al mismo tiempo que la beso me desabrocho el cinturón y los pantalones. No creo que haga falta ningún estímulo preliminar, aunque debo decir que ella no suele estar interesada en esos juegos de caricias previos al contacto. Me quita la camisa y me acaricia la polla por encima de los calzoncillos. Yo aparto el ordenador portátil con cuidado, a pesar de las ganas que tengo de arrancarle la ropa. Es un Mac. Luego me centro en su coño.

Al cabo de unas cuantas posturas de conservatorio y un par de orgasmos clitorianos, me pide que le pegue. No es la primera vez que lo hacemos. Se da la vuelta, hunde la boca en la almohada y levanta ligeramente el culo.

—¿Con la fusta o con las manos?

—Con las manos —respira.

La fusta deja unas marcas terribles, y estoy seguro de que el dolor es proporcional a esos dibujos. No es un juguete para usar de forma habitual. Ella elige. Por lo tanto, con las manos.

Me quito los tres anillos: dos en la izquierda, uno en la derecha.

Y empiezo.

La intensidad y la duración de la paliza no se negocia, funciona de forma intuitiva. Tengo que estar atento a su respiración, a sus gritos y al movimiento de su cuerpo. Generalmente soporta dos o tres golpes en cada lado, pero no es una ciencia exacta. A veces quiere que pare; a veces, que siga. En todos los casos, me lo dice.

Suelo terminar con las manos hinchadas, doloridas. He llegado a no poder volver a ponerme uno de los anillos, por la inflamación de las falanges. Me tomo cada golpe como un procedimiento científico: levanto la mano, calculo el ángulo, fijo el lugar del impacto, amago y decido la fuerza. No es lo mismo usar la palma que el dorso. No es lo mismo cerca del coxis que en la zona blanda, con más carne. Mi erección es mayor cuanto más grita y cuanto más la veo convulsionar sobre la cama. No siempre llego hasta el final: determinados gestos me espolean y dejo de pegarle, la abro de piernas y le hundo la polla de repente, hasta donde llego a meterla. Normalmente no vuelvo a destrozarle el culo después de penetrarla, salvo que ella lo pida. Ambos asumimos tácitamente que a mí me excita siempre, y por lo tanto queda a expensas de su deseo el tipo de sexo que llevamos a cabo.

Le digo que quiero eyacular en su boca. Ella asiente.

Cuando terminamos estoy exhausto. Me tumbo boca arriba, mirando el techo, tratando de recuperar el aire y bajar mis pulsaciones. Noto cómo palpita mi mano izquierda e imagino su culo de mañana, amoratado, deforme, imposible de mostrar en una playa. Es una visión que no me hace feliz, aunque sé que todo está bien entre nosotros. Me siento aturdido.

Más tarde, fumando un cigarro en la cocina, porque no nos gusta fumar en la habitación donde dormimos, le cuento la visita a mi madre y le expongo mis dudas. Ella se lo piensa, no lo tiene claro. Aprovecho la guardia baja para interrogarla sobre algunas paradojas que no se me han escapado.

—Te gustan los tacones, que son un símbolo histórico del control del cuerpo femenino. Te gusta el porno lésbico sadomasoquista; de hecho, te gusta que yo mismo te pegue. Te gustan los anillos de boda, un residuo vintage del amor romántico, que puede evocar incluso el imaginario de la esclavitud. Te gustan las rancheras y los tangos, llenos de crímenes machistas

o mujeres traidoras o solteronas lúgubres. Te gustan los escotes cerdos. A mí también me gustan, pero estoy empezando a sentir asco, o vergüenza, por todas estas cosas, y soy solo un becario. Me jode que se me ponga dura cuando te doy con la fusta, pero no puedo dejar de pensar en los cómics que leía de joven, las mujeres atadas, los azotes... ¿Me ayudas? Tengo una contradicción en la polla.

Ella da una calada, se toma su tiempo. Exhala.

—Yo no soy dueña de mi deseo —dice.

Ahora soy yo el que fuma. Sus gafas están sobre la mesa. Continúa.

—Lo que elijo no lo elijo con libertad. Me han enseñado a querer los tacones, y los tangos, y los anillos. He descubierto que las hostias me ayudan a sentirme viva, y que ver cómo otras mujeres reciben hostias me excita. La primera cuestión que debes tener en cuenta es que soy consciente de esto. Sé que soy el resultado de una época y de unos patrones que delimitan y configuran mi deseo. Sé que no soy libre.

Intento ordenar su razonamiento dentro del complejo sistema arquitectónico que llevo meses construyendo.

—¿Y la segunda?

—Que hay una diferencia entre la esfera pública y la privada. Que no es lo mismo estar delante de un micrófono, participar en una conversación entre amigos o escribir un artículo que mi vivencia personal, mi intimidad. Yo estoy podrida, aunque he tenido la suerte, o la capacidad, de darme cuenta. No puedo renunciar a mi deseo. Pero sí puedo denunciar la ideología que permite que exista gente como yo. O como tú, que se te pone dura cuando me pones el culo rojo. ¿Nunca te has parado a pensar que igual va más allá de los cómics eróticos que leías de niño? Pregúntate de dónde nace todo eso, en lugar de preguntármelo a mí, cabrón. Tus pajas no vienen de las viñetas de Wonder Woman: vienen de la idea de control, incluso antes de que supieras lo que es el control. No te pone pegarme. Lo que te pone es imaginar que eres tú quien decide cuándo parar de hacerlo.

Se me quitan las ganas de fumar: me pregunto si, de no haberla conocido, yo habría tenido la capacidad de darme cuenta de tantas otras cosas. Y si la respuesta es no, ¿qué clase de persona soy?

—Me encantan los tacones, pero si tengo una hija nunca le diré que está más guapa con ellos —dice.

Miro sus gafas. Están justo en el centro de la habitación.

9

Ver el mundo desde esta nueva perspectiva es abrumador.

Detecto micromachismos en todas partes, a todas horas: en las películas, con líderes siempre masculinos y mujeres que siempre los apoyan; en los comentarios inocentes de mis amigos, que «ayudan», ese verbo, con la casa y con su descendencia; en la radio, en internet, en artículos de opinión escritos por periodistas que respeto; en la forma en que la gente se sienta en los bancos de la plaza, en la relación entre comerciantes y clientes, en el trato que me dispensan los teleoperadores. En el trabajo es aún peor: un par de conversaciones junto a la máquina de café y una serie de artículos sobre el techo de cristal de las mujeres en el ámbito del periodismo colman mi paciencia. Empiezo a mirar al jefe como si fuera un tirano, y decido pillarme una baja antes de que se me vaya la cabeza y cometa un error. Dado que siempre me he sentido un tipo optimista, con buen carácter, el clásico protorrevolucionario que sueña con un mundo mejor, más justo, descubro una sensación insólita: vivir permanentemente cabreado.

Leo un hilo en Twitter que explica por qué el feminismo no persigue en puridad la igualdad entre hombres y mujeres. Me cuesta entenderlo, por la condensación que implica ese formato, pero algo se me queda: la igualdad es utópica porque no basta equiparar derechos cuando ellas arrastran siglos de castigo, generaciones enteras aplastadas. Son hojas de colza: con su aceite hemos podido lubricar la maquinaria. Por eso todavía necesitamos compensar con cuotas, con discriminación positiva, con leyes específicas. Alguien

menciona a Iris Marion Young y su teoría sobre las injusticias estructurales y la responsabilidad compartida para remediarlas. La busco en internet. La igualdad será una consecuencia lógica en la medida en que pulvericemos ese lastre de piedras, pero todos debemos hacernos responsables. Reinterpreto a mi manera: el que no quiera legislar en positivo, o es imbécil o viene del futuro.

Retuiteo.

Me pica la cabeza. Creo que es el estrés. Dibujo vaginas con bolígrafos de colores y las cuelgo en sitios estratégicos, para que mis compañeros de piso las vean: en el espejo del cuarto de baño, en la cara interna del armario de la vajilla, en la parte de atrás de la televisión, junto al HDMI. Lo hago porque, según Freud, los hombres tenemos un miedo atávico a esa parte del cuerpo femenino. Najwa me contó una leyenda sobre un pueblo bárbaro que enarbolaba banderas con el dibujo de una vagina cuando entraban en combate, porque la imagen resultaba tan aterradora para sus adversarios que los paralizaba. No sé si es verdad, pero me apropio del concepto. Mis compañeros arrancan los dibujos todos los días. Yo los repongo de madrugada.

Con el paso de las semanas dibujo mejor, con más matices. Tonteo con el hiperrealismo. El hiperrealismo los hace gritar.

Las noticias diarias cada vez me parecen más absurdas, menos interesantes. Soy una esponja inconformista. He enlazado la baja por mi falsa gripe con la baja por mi falso esguince de muñeca, así que tengo mucho tiempo libre. Leo sobre la guerra entre Oriente y Occidente, sobre la lucha obrera frente al capital, sobre las manifestaciones a favor y en contra de una serie de presos políticos. El mundo es una distopía y me aburre soberanamente. Mi guerra es otra.

A mis compañeros de piso les falta creatividad. Si fuera ellos, contraatacaría con dibujos de penes enormes, llenos de venas, peludos. Incluso más: tritesticulares, con bigote y pipa, como señoritos. Su estulticia me obliga a redoblar mis esfuerzos. Los empapelo con vaginas extraordinarias, fuera del canon, estéticamente subversivas. Consigo que den un paso adelante: ahora no solo arrancan mis dibujos, sino que dejan un

montón de cenizas delante de mi puerta. Su iniciativa es ridícula por infantil.

Leo sobre feminicidios en México. Sobre violencia machista en Europa. Sobre discriminación hacia las mujeres en el mundo árabe. Las cifras me aturden. Interiorizo términos habituales de la neolengua para poder defenderme en los debates. *Mansplaining*: cuando un hombre considera que tiene que explicarle algo a una mujer porque, al ser mujer, no puede saberlo. *Manspreading*: cuando un hombre se abre de piernas y ocupa un espacio que no le corresponde. *Manattributing*: cuando una mujer dice algo en una mesa redonda y luego otro ponente, al repetirlo, se lo atribuye a un hombre.

Yo, el diccionario.

Najwa y yo seguimos acostándonos y hablando. Me descubro defendiendo una idea elemental: la única batalla trascendente en el siglo XXI es la de las mujeres. Esa es la llaga. Lo tengo tan claro que me asusta. El siglo XIX fue el siglo de la lucha de clases; el XX, el de las minorías étnicas. Por supuesto, todavía estamos intentando ganar aquellas guerras, pero ningún gobierno occidental, hoy por hoy, se atrevería a cuestionarlas. Najwa se sonríe: percibe el contagio.

Tomo una decisión inapelable: convertirme en trol.

Mi apodo en redes sociales es @feminazco. Como juego de palabras no es brillante, pero me permite desdoblarme y gozar de cierto anonimato. Me planteo si usar mi propio nombre. Llego a la conclusión de que el personaje tendrá más fuerza si la gente no conoce su sexo, ni su edad, ni su clase social, ni sus estudios. Tampoco quiero sentirme censurado por la posibilidad de perder mi trabajo, porque quiero ser cruel, feroz, un auténtico vándalo. Aunque empiezo a temer que, con los días que llevo sin acudir a la oficina, ya me estén buscando sustituto. Al pensar en ello descubro que no me importa. Tengo ahorros. Puedo permitirme dedicarme a opinar en redes una temporada.

De hecho, ni siquiera quiero opinar. Quiero hacer daño.

Mi primer tuit es sutil:

@feminazco

Hombres, vosotros no lo sabéis, pero estamos en guerra. Las mujeres quieren

vuestras putas cabezas en una pica.

Para que me hagan caso y lograr alguna trascendencia, sigo indistintamente a feministas declaradas, periodistas de izquierda y de derecha, machos ibéricos de prestigio, humoristas, intelectuales y escritores de ambos géneros, nazis, jugadores de fútbol. Sé que esto es una carrera de fondo, y me obligo a tuitear una media de cincuenta veces al día. Insistir por acumulación.

@feminazco

Si solo os dan pena las mujeres cuando están muertas es porque la necrofilia no os pone.

@feminazco

El coño va a cambiar de bando.

@feminazco

En lo que a vosotros respecta, mi síndrome premenstrual dura 12 meses al año. Andaos con ojo.

Poco a poco, empiezo a recibir los primeros insultos. La perseverancia es un arte. Paso de cinco seguidores a cien, y de cien a mil, en una semana. También me insultan las mujeres, pero contaba con ello: la mitad de mis tuits están más cerca del hembrismo que del feminismo, ignoro completamente el universo queer y soy un personaje desagradable. No sé si ayuda a la causa, pero me permite atacar sin contemplaciones a un montón de machistas de extremo centro. Por probar, sigo a todas las mujeres de mi familia, aunque lo disfrazo siguiendo, también, a un centenar de personas que no conozco. A veces, las etiqueto. Una de mis primas me bloquea. Mi madre, sin embargo, aunque nunca dice nada, me retuitea. Especialmente cuando soy muy bruto.

@feminazco

Menos semen en el porno y más pollas flácidas. Realismo sexual.

Najwa no sabe lo que estoy haciendo, aunque es uno más de mis tres mil seguidores. Recibo unas cincuenta amenazas al día, incluyendo el asesinato,

la violación y la muerte súbita. Los personajes públicos me han bloqueado, en su mayor parte. Supongo que juego en una liga difícil. Algunas mujeres me escriben mensajes privados pidiéndome, amablemente, que rebaje la vehemencia de mis comentarios, que no estoy ayudando a la lucha feminista; otras, en cambio, celebran mi ingenio y mi maldad, y me animan a seguir con la pelea. Un blog me ha pedido una entrevista, que he declinado.

Mis compañeros de piso me han dejado una carta en la habitación. Dicen que no quieren seguir viviendo conmigo y que tengo dos opciones: marcharme, en cuyo caso ellos se harían cargo de mi siguiente aportación mensual y me devolverían la fianza de su propio bolsillo, o permanecer en el piso, tal y como me permite el contrato, y quedarme solo, en cuyo caso no abonarían el importe del último alquiler ni de los gastos comunes. Mi respuesta ha sido reemplazar las vaginas por sangre menstrual. En realidad no es sangre menstrual, sino tampones manchados de pintura roja, que he ido depositando, indistintamente, en el fregadero, la taza del váter, el cajón de los cubiertos y el sofá. De marca blanca. Los que anuncian por la tele son, desde el punto de vista de mi cuenta corriente, carísimos.

No soy un salvaje: he esperado a que la pintura estuviera seca para no dejar mancha.

Tengo cinco mil seguidores y una de ellos ha denunciado a la policía un tuit que he recibido, en el que exigían para mí una violación seguida de un baño de ácido. La policía ha contactado conmigo y me ha dicho que quizá estoy siendo demasiado agresiva, y me ha preguntado si deseo presentar una denuncia. Su CM ha utilizado esa palabra, *agresiva*, en femenino, y me ha sorprendido porque he tenido extremo cuidado de no escribir un solo tuit que me definiera como alguien que se considera mujer. Asumo, por tanto, que todo el mundo cree que @feminazco es una mujer.

Ese mismo día hago una encuesta:

- ¿Un hombre puede ser feminista?
- a) No
 - b) Sí
 - c) No, pero puede apoyar la causa

La opción a) gana por un 83 %.
Dejo de tuitear durante veinticuatro horas.

10

Najwa se ha mudado a mi casa, que es más grande que la suya, y yo he descubierto que mi cruzada es inútil.

@feminazco tiene casi diez mil seguidores, una media de quinientos likes, más de mil retuits al día. Mantengo una rutina diaria de una docena de tuits, aparte de las respuestas que me permito y los mensajes privados. Un periódico de tirada nacional me ha incluido entre las feministas más activas y combativas de Twitter. Sigo rechazando entrevistas.

En todo caso, no he conseguido nada, aparte de un poco de ruido y la sensación de que hay muchas mujeres que comparten mis postulados y otras muchas que no. Tampoco sé qué pretendía conseguir. Lo comento con Najwa, a la que, para no descubrirme, le he contado que ahora trabajo desde casa, y me ofrece una respuesta clarividente:

—Da igual lo que hagamos. Las redes sociales no son el mundo real, son un desahogo, un bar del que se puede salir tranquilamente, sin consecuencias. La academia, a la que pertenezco, se enroca en discursos tan abstractos que la gente no es capaz de entenderlos. Algunas posturas del feminismo contemporáneo son tan naifs que dan ganas de quemar camisetas, y otras son tan enrevesadas que la gente abandona por impotencia. Intenta explicar a Butler en la tele, mientras el político de turno te interrumpe. Las feministas se pelean entre ellas cuando se tocan temas complejos como la prostitución o el porno. Algunas, incluso, tienen miedo de decir públicamente que lo son, porque temen que las asocien con ideas radicales. Cuando les preguntan si

son feministas, dicen: «Depende de lo que quieras decir con “feminista”». ¿Depende? No me jodas, hija de puta. ¿De qué coño depende? El feminismo es la única conquista social que lleva décadas en la periferia. El patriarcado ha hecho un trabajo finísimo, impecable. Somos la mayor minoría del mundo, y la que más se ignora. Salvo cuando nos matan, claro. Entonces todos se solidarizan con nuestra situación. Un rato. Lo que dura el *prime time* de los telediarios.

Najwa no es especialmente concisa.

—Lo único bueno que puedo decir es que nuestra revolución es la única que ha sido pacífica. Por eso va tan lenta.

Y mientras habla se superpone en su rostro el rostro de mi madre, y los rostros congelados de mis seguidoras de Twitter, y en todos ellos reconozco un paradigma que se repite, el esquema de un problema matemático al que le faltan apenas una o dos fórmulas para ser resuelto. La gramática de una lengua. Lo veo de forma intuitiva, y, si puedo nombrarlo, puedo hacerlo real. ¿Cuáles son los síntomas físicos de la cólera?

Elevación de la voz.

Mirada fija.

Exhibición de la dentadura.

Aceleración de la respuesta muscular.

Taquicardias.

Las mujeres que me rodean están llenas de ira. No una ira espontánea, fruto de una insatisfacción pasajera, de un deseo inmediato que se frustra, sino una ira orgánica, interiorizada, contenida por cientos de rutinas. Una ira asumida como un estado natural, desglosada en capítulos de iras menores que alivian, momentáneamente, su condensación. La ira como una enfermedad mental que no se cuenta. Maquillada. Mitigada con medicamentos: opiáceos, antidepresivos, drogas ilegales. Las estadísticas dicen que las mujeres son el segmento de población con mayor consumo de fármacos.

Lorazepam, diazepam, bromazepam. En tus manos encomiendo mi espíritu.

@feminazco

¿Cuántas de vosotras estáis hasta el coño?

Le digo a Najwa que tengo que bajar a comprar tabaco. Miento: tengo un paquete sin abrir en la mochila.

Bajo a la calle y llamo a mi madre. Le pregunto si está cabreada.

—¿Con quién? ¿Con tu padre? —me dice.

Subtexto.

—No. En general. Yo qué sé, con el mundo.

Me dice que no. Que está en casa el hijo de mi prima y que no tiene tiempo para pensar en esas cosas. Que el niño está intentando comerse la puerta de la cocina. Me pregunta si me pasa algo. Reformulo.

—Si ahora tuvieras dieciocho años, ¿qué te gustaría hacer?

Ella se lo piensa.

—Todo lo que no he hecho —me dice.

Y hace una lista.

Salir de fiesta tres días a la semana.

Viajar por Europa.

Ir a la universidad.

Tener muchos novios.

Ser madre diez años más tarde.

Aprender idiomas.

Tener un sueldo para mí.

Improvisar.

Mis seguidoras dicen que sí, que están hasta el coño. Me explota el móvil de notificaciones. Bato mi propio récord: cinco mil respuestas, casi la misma cantidad de retuits. Soy un virus. La cifra no deja de subir.

Entonces se me ocurre un experimento.

11

El hijo de mi prima está escalando el sofá para poder lanzarse en plancha, desde el respaldo, contra el otro sofá. El suelo del salón está cubierto de pinturas de cera pisoteadas, agua y pañuelos de papel llenos de mocos. Mi madre está arrodillada, intentando limpiar una mancha azul de la alfombra que, según mi experiencia con los primeros tampones, no va a desaparecer fácilmente. La veo sudar.

—Arturo, los zapatos...

Después de perseguirlo durante un rato en un empeño inútil de evitar que destrozara los sofás, ha tratado de pactar con él: que sí, que de acuerdo, que puede seguir saltando, pero bajo la condición de que se quite los zapatos, que viene de la calle y quién sabe lo que habrá pisado. Excrementos animales, barro, restos de basura. El niño ha respondido, a su manera, que no podía hacerlo. Que sin zapatos le faltaba agarre.

Yo no hago nada. Me cuesta, lo reconozco, porque me gustaría cogerlo de las piernas, voltearlo y encerrarlo en el cuarto de baño para poder hablar tranquilamente con mi madre, pero en el fondo su presencia me conviene. He venido aquí con un propósito y el caos que me rodea puede ayudarme a cumplir mis objetivos.

—Qué bonito es lo que haces, mamá —le digo.

Ella me mira con las rodillas todavía en el suelo, desde abajo. Yo me siento en una silla.

—Qué bonito el qué.

Espero hacerlo bien.

—Todo esto. Cuidar de Arturo. Cuidar de todos nosotros, en realidad. Aprovechar tu vida para lo importante, entretenernos, alimentarnos. Cuando yo era niño, ay...

No. No te pongas nostálgico. Busca otra manera.

—Quiero decir que no me imagino un trabajo más satisfactorio que el tuyo. Que el vuestro, el de las mujeres. Vernos crecer desde la cuna, ver cómo aprendemos a hablar, a caminar, incluso a saltar de sofá en sofá, como Arturo. Ver cómo nos hacemos mayores, lentamente, día tras día, año tras año. Imagino que a veces puede suponer un pequeño sacrificio, no lo sé, dormir poco, no tener tiempo apenas para nada que no sea mantener la casa en orden. Pero la casa es el hogar, y el hogar es el centro de la vida, de la familia. Creo que os tenemos envidia.

Se incorpora.

—¿Que nos tenéis envidia? ¿Quiénes?

—Nosotros. Ya sabes, los hombres. Nosotros no podríamos hacer lo que hacéis vosotras. No lo llevamos en la sangre. El cuerpo siempre nos pide estar por ahí, a lo loco, con los amigos. Somos unos salvajes. Por eso os admiramos. Por eso os queremos a todas. ¿No has oído nunca a un hombre decir «a mí me gustan todas las mujeres»? Pues claro, cómo no. Sois capaces de llevar a un niño dentro durante nueve meses, y de dar a luz, y de cuidarlo durante toda su vida. Eso es algo maravilloso, que no puedo ni imaginar. Y todo lo que viene después: los pañales, el colegio, el parque... Entregáis vuestra vida para dar la vida a otro. ¿Qué puede haber mejor que eso?

Abre la boca como para decir algo. No se lo permito.

—Y qué decir de los abuelos. También a ellos los cuidáis. Recuerdo los últimos años del yayo, cuando ya no podía andar y se lo hacía todo encima. Ahí estabas tú, cada día, lavándolo, cambiándole el pañal, haciéndole la comida. Y luego volvías a todo correr a casa para hacernos la comida a nosotros y a papá, que estábamos muy poco tiempo y nos marchábamos; y por la noche, cuando volvíamos, todo estaba recogido y la cena lista. Qué increíble capacidad de entrega, cuánto amor. De verdad: cuánto amor. Un hombre habría contratado a una asistenta, o a dos, una para el yayo y otra

para casa. Conociéndonos, seguramente una muy joven y muy guapa, para alegrarnos la vista. Pero vosotras no. Vosotras habéis nacido para esto, estáis genéticamente preparadas para los cuidados.

Aunque esté delante el niño, que ha decidido usar el sofá como cama elástica, mi madre se enciende un cigarro. Creo que es la primera vez que lo hace. Da una calada honda y exhala una nube de humo en dirección al chaval. Arturo tose.

—Lo mejor de todo es que lo hacéis sin protestar. Supongo que porque os sale de dentro, de muy dentro. No digo que seáis sumisas, claro que no. Igual es que sois... dependientes. No específicamente del dinero y del trabajo de los hombres, que puede ser, sino, sobre todo, de esta forma de vida. Necesitáis cuidar porque para vosotras es como respirar. Es vuestro oxígeno, y todos necesitamos oxígeno. Por eso digo que sois dependientes.

—Mira, hijo...

—No me cortes, mamá. Por favor. Que estoy hablando. Desde el corazón. El otro día me dijiste que te habría gustado ser madre más tarde, ir a la universidad, esas mierdas. ¿Para qué? ¿Para qué ir a la universidad teniendo, por derecho, el mejor trabajo del mundo? Te lo digo yo, que he ido a la universidad y he estado de fiesta cientos de veces. Vale, sí, en la universidad aprendes un montón de cosas y conoces gente. O haces un Erasmus, si puedes permitirte. Pero luego, ¿qué? Buscar trabajo como un tonto, aceptar sueldos miserables para ganarte un puesto, dar vueltas. Fue horrible, te lo juro, empezar a vivir solo y dar fiestas en casa, fiestas a las que venía todo el mundo, y levantarse por la mañana y descubrir que la casa no se recoge sola. O aprender a plancharme las camisas. Fue horrible. Con lo bien que estaba, que estábamos todos, aquí, contigo. Si volviera a nacer me quedaría siempre a tu lado, para que me cuidaras. Y creo que tomaste una decisión muy valiente quedándote embarazada tan joven. Las mujeres de hoy se lo toman con mucha más calma, quieren vivir, o eso dicen. ¿Vivir? La verdadera vida es la que tú has tenido. Eras tan joven que ahora podrías cuidar de tus nietos, si los tuvieras. ¿No es eso lo que quieres? Joder, eras tan joven que incluso podrías cuidar de tus bisnietos. Qué bonito es el mundo de las mujeres, mamá.

Hago una pausa. Quiero ver cómo responde. Arturo dice que tiene hambre y que fumar es malo. Como no le hacemos caso, lo grita. Sin descanso, como un rezo.

—Dale algo al niño, a ver si se calla. Y, ya de paso, prepárame algo a mí. Que esta mañana he escrito un artículo y no he tenido tiempo de bajar a comprarme la comida. Pero que sea elaborado, ¿eh? Algo rico. No tengo prisa.

Mi madre aplasta el cigarro contra el cenicero. No lo apaga: lo prensa, lo tritura. Creo que necesita apoyo.

—Cuando pienso en ti siempre te imagino en la cocina. Y me entra hambre.

Y explota. Al principio no le salen las palabras, está tan furibunda que solo logra articular frases que no acaban. Tartamudea. Yo la miro con condescendencia.

—Mamá, no me hables en la lengua de las mujeres. Ya sabes que los hombres no podemos entenderla. ¿Vas a hacernos la merienda?

Los ojos se le nublan. Esperaba un rubor en sus mejillas, algo tópico, literario, pero en lugar de eso veo que su cara se oscurece. No como a los adictos o a las personas con problemas hepáticos, sino como si le hubieran brotado, de repente, manchas de nacimiento, una corteza irregular de olivo viejo, una máscara.

No, no es eso: creo que en realidad ha vomitado una máscara.

En ese momento su garganta se abre y empieza a gritar. A gritarme. Encadena insultos, palabrotas, listas de decepciones, sueños rotos, reproches cuyo origen desconozco, amenazas, penas enquistadas. Se mueve por el salón moviendo objetos. Coge un marco de foto. Lo levanta. Lo deja otra vez en su lugar. Lo observa. Lo cambia de lugar. Lo vuelve a observar. Lo lanza contra la pared. El niño llora sin parar. Ella sigue gritando improperios, intenta encenderse un cigarro pero lo rompe. Se enciende otro. Le dice al niño que se calle o le pegará una hostia, así, tal cual, con esas palabras, me señala con el dedo, se acerca mucho a mí, noto cómo su saliva rebota en mi frente, habla conmigo, pero sin mí, quiero decir, como si yo fuera un micrófono, un interlocutor cualquiera, una caja de resonancia. Rememora dramas de cuando

era niña, o joven, o recién casada, a los que no puedo responder. Se estira como una serpiente. El niño ha pasado del llanto a la histeria, está completamente descontrolado, se revuelca en el suelo y se pringa la ropa con la cera de colores. Parece un indio. Mi madre lo mira con frialdad y tengo la impresión, durante un microsegundo, de que va a pisarle la cabeza. Al final lo levanta del suelo, por la camiseta, sin ningún tipo de cuidado. Veo cómo las pequeñas piernas de Arturo se balancean en el aire. No sabía que mi madre tuviera esa fuerza.

Abre la puerta de la calle, con el niño todavía en suspensión.

Lo deposita en el exterior, como una bolsa de basura.

Entra en casa.

Da un portazo.

Se me queda mirando. Su pecho se hincha y se deshinch. No oigo sus pulsaciones, pero puedo imaginarlas. Da una larga calada.

—¿Y Arturo? —me atrevo a preguntar.

Suelta el humo.

—Que se encargue el portero —me dice.

Y añade:

—¿Quieres un vino? Voy a explicarte unas cuantas cosas.

Llevo treinta y cinco años sin ver a mi madre hacer algo que se salga del guion. Me tiemblan las piernas. El niño grita al otro lado de la puerta, muerto de miedo.

No siento culpa: acabo de convertirme en un soldado.

SEGUNDA PARTE

12

En los espacios de reclutamiento me presento como Garbo. Casi nadie pregunta el origen del nombre: entienden que es una abreviatura de Gabriel o una revisión de mi apellido, y cuando insisten en averiguar su procedencia me basta con señalar que «todo el mundo me llama así». Esta falsa identidad me permite sortear la enorme brecha ética de mi tarea, porque el soldado no es el hombre, es alguien nuevo, es otro: una herramienta de carne al servicio de una causa, un mayordomo que nunca hace preguntas, la mirada indiferente de la naturaleza que desconoce el significado de la palabra *instinto*. Es decir: con Garbo dejo de ser yo.

Garbo selecciona lugares con alta concentración de testosterona, como gimnasios, bares a altas horas de la madrugada o restaurantes próximos a áreas de trabajo predominantemente masculinas: el juzgado, la banca, las obras de construcción de un edificio. No le valen los foros de internet ni las aplicaciones para conocer gente, porque necesita ver las caras reales de los futuros miembros de su grupo. Su vehemencia y su furia. Si esto es una guerra, necesita un ejército.

Se concentra en objetivos fuera de lo común, hombres extraordinarios capaces de sacrificar su tiempo y su seguridad por un mundo ideal donde sentirse cómodos. Hombres educados en una misoginia histórica superlativa, cargada de rencor y de fobia, de frustraciones y resentimiento. Hombres que exuden superioridad cada vez que una mujer se cruza en su camino, que intuyan al instante si merece la pena el esfuerzo de humillarla o no, y que en

todos los casos dicho esfuerzo les suponga una recompensa con la que dormir felices, satisfechos. Estereotipos tan radicales que solo resultarían verosímiles en el mundo de la no ficción, como Donald Trump. Quiere que razonen desde una lógica predemocrática, no solo con la certeza de que hombres y mujeres son distintos, sino de que fue un error conceder derechos a ambos géneros en igualdad de condiciones: puesto que existe una jerarquía biológica que impugna esa *tábula rosa*, toda conquista femenina no es nada más que un fraude conseguido en sociedades con hombres timoratos, hijos del hambre y la miseria, hippies politoxicómanos, soñadores ciegos a la realidad, perros doblegados a una constitución imaginaria, cobardes.

Garbo es paciente y observa.

Hugo es trabajador social y un comprometido militante antirracista. Garbo lo conoce en un pub con poca luz, a las tres aeme, después de que una mujer le haya tirado una copa a la cara y él, relamiéndose, le haya preguntado si le gusta el *squirting*.

—Vaya chapuzón —dice Garbo.

Hugo lo mira con desconfianza, tratando de averiguar si está bromeando o flirteando. Garbo le sonrío y miente:

—Yo lo he intentado antes. Menuda zorra. No sé qué se ha creído. ¿Quieres una copa? Te invito, por solidaridad.

Cuando no está manifestándose por las minorías étnicas y enfrentándose a grupos neonazis que defienden la segregación, Hugo se dedica a ver porno. No le pagan por ello, pero podrían hacerlo. Lo que más le gusta son las «chinonegras», como él las llama. Mezcla de africana y oriental. Grandes tetas y grandes labios, pero cinturas finas y un color suave de piel. Azúcar moreno, dice. Tiene un exceso de peso y un exceso de vello, pero eso no le impide vestir con camisetas ajustadas de manga corta. Rezuma seguridad en sí mismo. Para él, las mujeres son pañuelos donde eyacular, y por ese motivo no tiene ningún reparo en explicarles lo que quiere hacer con ellas, de qué manera y durante cuánto tiempo, a los pocos segundos de presentarse. Es un experto en prácticas sexuales bizarras. Las relaciones de pareja le parecen una trampa, una estrategia de castración encubierta, y desde los dieciocho lleva la soltería con orgullo, como un símbolo de independencia. Su pene, su bandera.

—Me hago tres o cuatro pajas diarias. Todos los días —dice.

Garbo lo emborracha. Utiliza las conversaciones con sus antiguos compañeros de piso como argumento de autoridad y gancho. Se inventa secretos zoofílicos inconfesables. Anota meticulosamente direcciones web de la internet profunda, interesado. Hugo siente que ha encontrado a su hermano gemelo. Antes de despedirse, intercambian los teléfonos y bromean con lo que le harían a la mujer que los ha rechazado si se la encontrarán. Nada bueno.

A lo largo de los siguientes días mantienen una rutina de mensajes constantes, principalmente con enlaces a vídeos porno clásicos, de visión obligatoria para empezar a entenderse, y a páginas nuevas, con material inédito; pero también hablan de temas personales: el trabajo, las vacaciones, las virtudes de ser soltero. Vuelven a verse algunos fines de semana para hablar como viejos amigos. Una de esas noches, Garbo le confiesa que está intentando montar un grupo.

—Un grupo, ¿para qué? —pregunta Hugo.

—Para poner a las mujeres en su sitio.

A Hugo la idea le emociona. Tiene una cabeza privilegiada, multitarea, fruto de años de experiencia manejando y compartiendo archivos en diferentes formatos, y se le ocurren cientos de acciones para llevar a cabo. Garbo discute con él los métodos, las estrategias. Entre los dos plantean escenarios posibles y las consecuencias de una hipotética intervención. Toman notas, para no olvidar ningún detalle. Concluyen que el grupo necesita al menos otros cuatro miembros y deciden ponerse a trabajar en ello esa misma noche.

Cuando llega a casa, Garbo se ducha con agua hirviendo.

13

En lo que concierne a Najwa, me he apuntado a un club de lectura de ciencia ficción y he hecho amigos nuevos. Esa es la razón por la que a veces llego más tarde de lo habitual y algunos domingos amanezco sin dormir, algo extraño hasta ahora, teniendo en cuenta que casi todos mis viejos amigos, desde la paternidad, son bastante formales. A ella no le importan mis ausencias, y de hecho le parece estupendo que salga más a menudo y pase menos tiempo delante del ordenador, sobre todo porque le he dicho que son gente muy civilizada, muy culta, los clásicos intelectuales utópicos que se emborrachan pronto y quieren arreglar el mundo.

—Mejor para tu hígado, me dice.

No le comento que he dejado el trabajo, que estoy funcionando gracias a los ahorros de toda mi vida y que no he conseguido que la empresa me gestione el paro, porque el despido tuvo lugar por un motivo procedente: mi ausencia.

@feminazco

¿Cuántas veces al día os mienten los hombres?

Ojalá supiera cómo explicarle lo que estoy haciendo.

Aunque de alguna manera lo intuía después de probarlo con mi madre, no tuve claro el plan de acción hasta que hablé con Najwa unas semanas antes de conocer a Hugo, mientras veíamos una película de terror de bajo presupuesto

tumbados en la cama. Me rondaba en la cabeza una frase que le había oído pronunciar en algún momento, «nuestra revolución es la única que ha sido pacífica. Por eso va tan lenta», y aproveché una escena en la que la protagonista, última superviviente de un grupo masacrado por un leñador vinculado a una secta adoradora de los cereales, destrozaba el rostro de su enemigo con una pala, para preguntarle sobre la violencia y las mujeres.

—Históricamente, la violencia pertenece al ámbito de lo masculino —me dijo.

Yo señalé el cerebro del leñador escurriéndose como mercurio por lo que antes podría haber sido su oreja. Najwa continuó.

—La violencia femenina está asociada con lo monstruoso. Las mujeres, según los cánones, no somos violentas. Pero en algunos momentos, por circunstancias excepcionales, el cerebro nos hace clic y entonces sí, se nos va la olla. Y se nos va mucho. Teóricamente, más que a los hombres, que asesináis de una forma más fría. Nosotras, cuando matamos, lo hacemos a lo grande, con pasión. Piensa en *Kill Bill*.

Cabezas cortadas, litros de sangre, amputaciones múltiples. De acuerdo.

Me contó que el origen de todo esto estaba probablemente en el mito de Medea. Una mujer poderosa, inteligente, con talento, una hechicera temida y respetada, que por un destierro y una infidelidad decide exterminar a todos los que considera culpables de su caída en desgracia, y a la postre, a sus propios hijos. De una forma realmente brutal. Todo por hacer daño a Jasón. Najwa me señaló, sin embargo, que no dejaba de tener su gracia que el germen de la locura de Medea fuera lo que habían hecho con ella los hombres. Una vez más, los grandes protagonistas de la historia.

—¿Qué puede haber más monstruoso que matar a tus hijos?

A partir de ahí, me explicó, la violencia ejercida por mujeres ha sido tratada como un episodio anormal, como un trance. Un rapto de locura. Una mujer violenta es alguien que no está bien de la cabeza, sometida a unos niveles de presión tan grandes que pierde el control y cede a sus instintos primarios, que deja de ser persona, si es que lo había sido alguna vez, y se convierte en monstruo. El cine y la literatura se han esmerado en difundir esta idea: *Escupiré sobre vuestra tumba, Viernes 13...* Las mujeres matan por

celos, por venganza o porque están locas de nacimiento. Matan de forma impulsiva. Sin pensar. Porque, si pensarán, no lo harían.

—¿Por eso la revolución feminista ha sido pacífica? —pregunté.

—Puede ser. Aunque no todo lo que te digo es blanco o negro. Hay grises.

—He leído que las sufragistas inglesas tenían bastante peligro.

—¡Jajaja! Mucho. Más que las americanas y las españolas, al menos. Imagínate un grupo de *hooligans* cabreados; y ahora imagínatelos con ovarios.

—No tengo valor.

—Pero me refería a otro tipo de acciones aún más violentas. Y para nada fruto de un arrebato.

—¿Por ejemplo?

—«Diana la Cazadora», la vengadora de Ciudad Juárez. Recuerdas la tasa de feminicidios en México, ¿no? Cientos de mujeres asesinadas todos los años, cientos de niñas desaparecidas o violadas. Ciudad Juárez era la capital mundial del feminicidio, hace casi una década. Pues resulta que, después de una serie de veinte o treinta violaciones y asesinatos de chavalitas cuando volvían a casa en el transporte público, una mujer decidió investigar. Y llegó a la conclusión de que los culpables eran, muchas veces, los propios conductores de los autobuses.

—No me jodas.

—Sí. Así que empieza a matarlos. A todos los que puede. Según cuentan los testigos, es una señora de unos cincuenta años que se sube al autobús y dispara. Y luego se marcha. Punto. Sin teatro.

Noto cómo se desenrolla mi escepticismo, cómo se estira y se hace largo, como un reptil.

—Eso no parece un episodio de locura transitoria.

—Exacto. Es un acto premeditado, consciente. Hasta se publicó un supuesto manifiesto. Espera, que lo busco... Dice: «Yo soy un instrumento que vengará a varias mujeres que al parecer somos débiles para la sociedad. Pero en realidad no lo somos, somos valientes y, si no nos respetan, nos daremos a respetar por nuestra propia mano. Las mujeres juarenses somos

fuertes». Salió en todos los medios.

—¿Y bajó el índice de feminicidios? Quiero decir, ¿consiguió algo?

—Lo dudo. Matar mujeres es casi un deporte nacional en México. Pero de lo que sí estoy segura es de que muchos de los conductores que se salvaron, y que eran culpables, vivieron con miedo durante meses. Y no se sacaron la polla de los pantalones ni para mear.

Junto al manifiesto, en la pantalla del ordenador, podía ver la fotografía de una de las niñas asesinadas. Nunca calculo bien la edad de las adolescentes, pero habría jurado que solo tenía doce o trece años. Traté de imaginar al hombre que la había violado y luego echado su cuerpo a la cuneta, desde el autobús. Era un rostro cualquiera, un padre de familia, un trabajador responsable. Quizá fue entonces cuando lo comprendí.

—¿Tú no crees que la violencia es un recurso lícito para lograr determinados objetivos? —pregunté.

—Por supuesto. Desde la Revolución francesa, casi todas las conquistas sociales se han conseguido a base de hostias.

—¿Y por qué las mujeres os empeñáis en luchar contra el patriarcado de forma pacífica? Con esta táctica, calculo que vais a tardar trescientos, cuatrocientos años. No acabo de entenderlo. ¿Habéis hecho algún voto de moderación en vuestros aquelarres? ¿Conduce lento, pero seguro? ¿Aprieta, pero no ahogues? Se supone que la revolución será feminista o no será. ¿Vais a destruir el sistema pidiéndolo por favor?

—No es tan sencillo, idiota. No es como hacer huelga, o lanzar cócteles contra los antidisturbios, o montar barricadas. No somos mineros, ni tenemos un sindicato. Esto es un movimiento que implica a toda la sociedad, no solamente a un gobierno o a un empresario al que presentarle nuestras quejas. Es una maratón. Hay que eliminar cada uno de los pisos que el patriarcado ha construido sobre nosotras. No se trata de dinamitar un edificio y esperar a que caigan los cascotes, sino de borrar, con paciencia, todas las capas que nos han llevado hasta este punto. Es un proceso lento.

—Los franceses lo hicieron en un ratito. Con guillotinas.

Najwa se llevó las manos a la cara y gruñó.

—Tío, ¿tú no te cansas nunca? ¿No tienes sueño?

No. No tengo sueño, pensé.
Lo que tengo son ganas de correr.

14

Ramos es médico. Oftalmólogo. Se define como progresista, aunque vota indistintamente al centro izquierda y al centro derecha en función del discurrir de los tiempos. Garbo y Hugo le llaman «Ramos» porque casi todas las veces que le ven lleva en la mano un ramo de flores: enorme, vistoso, colorido. A él no le molesta el sobrenombre.

—Es que ayer me pasé con ella —dice.

Ramos es un maltratador psicológico en serie. Dice que nunca le ha puesto la mano encima a su mujer y ellos le creen, porque es fino como una cuchilla de afeitar y no parece propenso al esfuerzo físico. Se cansa rápido, tiene asma, solo entra en bares donde pueda sentarse. Cuando vuelve del baño o de la barra, resopla. Más aún si carga con un par de pintas. Tiene dolores crónicos en la espalda, en la muñeca izquierda, en el cuello y en la planta de los pies. Como todos los hombres de baja estatura, tiene también muy mal carácter.

—Si no fuera por los críos, tiraba a esa hija de puta a la calle. A que haga lo único que sabe hacer.

A pesar de que su mujer es maestra de primaria y los fines de semana, mientras sus hijos están en tenis, trabaja de voluntaria en una residencia para la tercera edad, según dice Ramos, es una calentapollas que vive para ofrecerse a cuanto varón se le ponga por delante. Para referirse a ella utiliza tal número de calificativos que estuvieron a punto de llamarlo «Diccionario de sinónimos», pero era demasiado largo. Ramos le controla el teléfono

móvil y el ordenador portátil, revisa cada cuarto de hora sus estados de Facebook, sabe de quién recibe llamadas o mensajes y a quién escribe, pero cuando es ella quien le llama por cualquier motivo, él revienta de ira, acusándola de controladora, de obsesa, de histérica, y cuelga. Es peor cuando responde:

—¿Qué cojones quieres? Te he dicho que iba a tomar algo con unos amigos. ¿No tienes a nadie que te contagie una ETS? Vete a la mierda.

Garbo y Hugo se fijaron en él una noche a primera hora, en una terraza, cuando empezó a increpar a una camarera porque se había confundido con el cambio. «Puta inútil», «si tienes la regla quédate en casa» o «vete a fregar suelos, ladrona» fueron algunas de las sentencias con las que expresó su malestar ante la mirada atónita del resto de clientes, que hacían ver que no escuchaban nada. La camarera no pasaba de los diecinueve años. Ramos gritó tanto que tuvo que venir el encargado a pedirle que se marchara, pero él continuó firme y no se dejó atropellar por lo que, a todas luces, era una execrable humillación hacia su persona, así que siguió gritando hasta que consiguió que le trajeran el libro de reclamaciones y un plato de aceitunas «por las molestias». Se comió las aceitunas una a una, muy despacio, y cada vez que la camarera pasaba por delante de él para atender alguna de las mesas, murmuraba:

—Ay, si yo fuera tu padre...

Sin duda, tenía la actitud adecuada para formar parte del grupo.

Lo siguieron hasta el siguiente bar y allí empezaron a hablar con él, mostrándose entusiasmados con su comportamiento en el local anterior, felicitándolo por su cuajo viril, su contundencia y su sentido de la justicia. Ramos aguantó de pie cinco minutos, agradeciendo los halagos con humildad, antes de invitarlos a sentarse los tres juntos en una mesa libre. Unas horas después, ya estaba totalmente convencido de que era necesario tomar partido para evitar que las mujeres convirtiesen el mundo contemporáneo en un patio de recreo cubierto de tampones y condones usados. Como seguramente hacía la zorra de su esposa, cuando estaba sola, con la taza del váter.

Fue él quien les presentó a Aguirre, uno de sus clientes.

A Aguirre le molesta el lenguaje con que Hugo y Ramos se refieren a las mujeres, ese exceso de malas palabras y epítetos ofensivos, impropio, a su juicio, de hombres rectos. Es un arquetipo de disciplina jesuítica, delgado como un cristo, liberal, conservador y, en todas sus intervenciones, comedido. Se acuesta pronto y se levanta temprano, como el buen profesor de literatura que es. Guarda gafas de repuesto en la gabardina y en el coche, además de los pares que tiene diseminados por toda su casa y en el chalet del pueblo, por lo que pueda pasar. Le apasionan el coñac, los puritos y el Siglo de Oro.

—Si me permitís, me gustaría matizar... —suele decir.

Su educación puede resultar exasperante.

No comparte todas las ideas del resto del grupo y, desde luego, menos aún sus formas. Para él las mujeres son diosas de la fertilidad, y como tales han de ser tratadas: en tanto que vientres donde crecerá la semilla del varón, es trabajo de todos los hombres protegerlas, cuidarlas y no permitir que se desvíen de su sagrada encomienda (sic), lo que incluye alejarlas de vicios eminentemente masculinos como el alcohol, el tabaco o el juego, y negarles el acceso al mercado laboral, escenario en el que, como está demostrado, sus aptitudes no están desarrolladas para el adecuado cumplimiento de las tareas y, lo que es peor, tienden a olvidar, por distracción o inercia, su verdadero lugar en el mundo. Que no es otro que el hogar y los niños, por supuesto.

Garbo estuvo a punto de eliminarlo de la lista porque le parecía poco preparado, pero Aguirre tiene un punto débil: las feministas. Con ellas, pierde totalmente la razón. Su fobia hacia lo que llama «las antimujeres» es tan visceral que se convierte en una caricatura de sí mismo, y fluctúa entre el comportamiento sin mácula del seminarista y el burbujeo incendiario de un *hooligan* puesto de coca, como una reproducción cómica del doctor Jekyll y su monstruo privado. Todas las demandas feministas lo soliviantan: el aborto libre, las cuotas, la igualdad salarial, los sustantivos inclusivos. Sospecha de cada mujer con el pelo corto o con ropa amplia, salvo que estén superando un cáncer o en avanzado estado de gestación, situaciones que acepta con reservas. Siente un asco feroz, virulento, hacia el vello femenino. Cuando excede los límites de su moral y amenaza con la hoguera y la muerte y un

potro de tortura a alguna mujer manifestándose por sus derechos, se avergüenza al instante y pide perdón a sus compañeros:

—No he debido decir eso... Lo siento. Pero se lo merecía.

Por eso Aguirre forma parte del grupo: Garbo piensa que le da un equilibrio especial a su pequeño ejército.

Hugo cree que es el momento de empezar a actuar. De hacer cosas. Su primera propuesta es consistente: revisar las redes sociales, acudir a la primera concentración de mujeres que esté programada y bañarlas en pintura blanca.

—Como si fuera semen —dice.

En general, la idea convence. Garbo toma la palabra, y todos le escuchan porque es el promotor y, por lo tanto, el líder espiritual de la cruzada.

—Tenemos mucho por delante, pero es importante que recordéis algo. Que os lo grabéis a fuego: debemos ser invisibles. Anónimos. Sin rostro. No podemos permitir que nos reconozcan.

—¿Por qué? —pregunta Ramos—. Yo no tengo nada que esconder.

—Lo sé. Yo tampoco. Pero la sociedad es hipócrita, y las autoridades han cedido a las minucias contestatarias de las putas mujeres.

—Esa boca... —susurra Aguirre.

—Todos tenemos un trabajo del que dependemos, y una familia, y una vida social fuera de este grupo. Aunque nuestra reivindicación es tan lícita como cualquier otra, por el momento debemos actuar en la sombra. No queremos que peligre nuestra integridad, ni nuestro salario, ni nuestra clientela. No queremos que el enemigo nos ponga nombre y acose a nuestros seres queridos. Cuando seamos más, cuando tengamos la certeza de que nos apoya un número indiscutible de hombres y nuestras acciones estén refrendadas por esa mayoría silenciosa, entonces sí, podremos dar la cara. Hasta entonces, sombras.

El grupo asiente.

—¿Y qué sugieres, para empezar? —pregunta Hugo.

—Calentar el ambiente. Crearos perfiles falsos en todas las redes sociales. Colgad carteles sin firma en vuestros portales, en vuestros lugares de trabajo, en las puertas de los comercios, por la noche. Comprad teléfonos desechables

en las tiendas de chinos y sembrad las líneas de mensajes. Escribid cartas con nombres aleatorios a los periódicos y a las radios. Lo que sea, con una única intención: recordar a las mujeres quiénes mandan. Quiero que se sientan humilladas. Quiero que se desesperen. Quiero que se enciendan como fósforos, que se enfaden, que se pongan histéricas. Y que luego bajen la cabeza y vuelvan a casa llorando, como hacen siempre. Porque es lo único que saben hacer.

El toque épico funciona. Garbo recibe una salva de aplausos.

—Y una cosa más —dice—. Miradnos. Miradnos bien: no tenemos el físico de unos guerreros. Seamos realistas, estamos por debajo de la media. Si queremos llevar a cabo acciones contundentes, inolvidables, necesitamos músculo. Buscadlo.

—Músculo, el que tengo aquí colgando —dice Hugo.

Garbo respira como un conspirador.

15

Mi madre se ha marchado de vacaciones.

Bueno, no exactamente. Se ha marchado de fin de semana con unas amigas, de viernes a domingo, dos noches. A cincuenta kilómetros de su casa. Pero tal y como lo cuenta, son unas vacaciones. Me ha dicho que no quería saber nada del pescador, ni del niño, ni de nadie, que necesitaba respirar y que no la llamara hasta el lunes.

No sabía que mi madre tuviera amigas.

Najwa también está fuera. Tiene que sumar puntos para aspirar a un puesto en la universidad y está participando en un congreso en Lisboa, cinco días, todo pagado de su bolsillo: viaje, hotel, comidas y copas. Conociéndola, hará una espartana dieta basada en carbohidratos para invertir el dinero sobrante en vinos de la tierra y reforzar su agenda. El universo académico nunca dejará de sorprenderme.

Yo sigo sin trabajo. He dado por muerto al hombre que fui y ahora estoy enteramente dedicado a mis nuevas labores.

Conclusión: he convertido la casa en un piso franco.

De un lado, el aparataje informático: un portátil viejo, el móvil secundario y la tablet. Con ellos controlo todo lo que los miembros del grupo están pergeñando e implemento nuevas áreas de actuación, al margen de mi pseudónimo en Twitter. He creado más de un centenar de identidades nuevas, enlazadas entre sí vía Facebook, LinkedIn y otras redes sociales que ni siquiera conozco pero que usa la gente joven. Hugo nos ha explicado cómo

hacerlo sin que nos detecten, o al menos sin que nos pueda detectar un usuario estándar. Llevo un detallado registro en Excel de cada una de esas identidades, protegido mediante contraseña, porque soy extremadamente activo y no quiero confundirme.

Del otro, los útiles de producción: cartelería, globos, cinta aislante, cuerda, bridas, una toalla, un cubo, una porra extensible, dos linternas, un consolador enorme con forma de pene de color negro, rotuladores, pastillas para dormir, un mástil de bandera, tres docenas de huevos, un pañuelo palestino, condones, calzoncillos viejos, betún, una petaca, varias botellas de cristal de treinta y tres centilitros, una sábana blanca, una navaja suiza, aceite industrial, canicas, una pistola de clavos, guantes, auriculares, un mosquetón, crema de manos, un megáfono pequeño, dos gramos de MDMA, una caja de gomas elásticas, sobres prefranqueados, varios mecheros, cuatro camisetas negras, las matrículas del viejo Renault de mi abuelo, un altavoz Bluetooth, ibuprofeno, aspirinas, tiritas. Es mi parte de los suministros.

Por el suelo, un mapa de tres metros por dos de la ciudad.

Chinchetas azules: los lugares donde solemos reunirnos.

Chinchetas negras: los lugares donde vivimos.

Chinchetas verdes: los lugares donde trabajamos.

Chinchetas rojas: los lugares donde suele haber concentraciones feministas.

Chinchetas moradas: los bares solo para mujeres.

Chinchetas blancas: los objetivos específicos.

He marcado con líneas rojas las avenidas principales, las comisarías y los callejones que las acotan. En verde, las calles con mayor probabilidad de escape en caso de persecución. He dividido el mapa en cuadrantes y los he fotografiado uno por uno. He anotado en los márgenes las fechas de las próximas convocatorias de grupos en defensa de los derechos de las mujeres.

Estoy agotado.

Me levanto y miro a mi alrededor: la sala parece el garaje de un terrorista amateur o de un niño hiperactivo.

Si Najwa volviera de repente y me encontrara así, rodeado de herramientas y papeles y aparatos electrónicos, no sería capaz de inventarme

una excusa sólida para explicarle los motivos del despliegue que estoy llevando a cabo. Lo más probable es que, además, se diera cuenta rápido de mis intenciones: su especialidad es el análisis de textos, y todo es texto, como diría ella, desde el pañuelo palestino hasta el color de las chinchetas, desde las botellas de cristal hasta la navaja suiza. ¿Sería el fin de nuestra relación? ¿Debería ser sincero con ella?

Cojo un papel y escribo una serie de respuestas que podrían hacerme ganar tiempo y servir de coartada:

Trivial: «Estaba intentando organizar mis trastos».

Severa: «No me distraigas ahora, te lo cuento mañana».

Escueta: «Asuntos propios».

Elegante: «Haces bien en preguntar, pero no es momento de responder».

Ofendida: «Tengo derecho a una vida privada».

Tramposa: «No mires, es un regalo para tu cumpleaños».

Inaudita: «Me he enganchado a los juegos de rol».

Viciosa: «Tú lo que quieres es guerra».

Por alguna razón que aún no sé cómo verbalizar, porque intuyo una brecha en mi discurso pero no soy capaz de situarla, cuando escribo la palabra *Honesta* dejo en blanco el resto de la página.

16

Salvo por el hecho de que Aguirre considera la homosexualidad una enfermedad que debería tratarse clínicamente, con terapia o pastillas, como una mala gripe que puede ser curada si el paciente pone de su parte, y que Bruno es gay, el grupo está cerrado, en armonía y funciona a pleno rendimiento.

Aguirre insiste en que un hombre del pasado tuvo que contagiar a Bruno, que nadie nace homosexual. «El Contagiador», lo llama.

Por suerte, el tamaño y la envergadura de Bruno le obligan a ser prudente y no usar su fuerza contra personas como Aguirre, o contra ninguno de los otros, porque lo más probable es que terminara en la cárcel por intento de homicidio. Es una cuestión de honor. El único que podría competir con él es Donovan, que además de tener una musculatura tan desarrollada o más que la suya, es profesor de Krav magá.

Nadie sabe de qué gimnasio los sacó Hugo.

Bruno y Donovan son amigos desde hace años, grandes como hipopótamos y odian a las mujeres. El primero es misógino por naturaleza: desde su punto de vista, la heterosexualidad no es solamente una práctica aberrante, sino una muestra de cuánto les gusta a los hombres débiles revolcarse en lo inmundo, como los cerdos. Las mujeres son una subespecie del género humano. El segundo es misógino por despecho: todas las parejas que ha tenido en su vida le han dejado, la mayor parte de ellas por un amigo o un colega mutuo. Su inseguridad le llevó a asumir que encontraría el amor si

aumentaba el tamaño de sus bíceps, sus tríceps y sus pectorales, si aprendía a matar con sus propias manos y si se transformaba en el arquetipo de macho bravucón, valiente y duro. La transformación no logró modificar su estado sentimental en las redes sociales, y eso le dejó huella. Es, probablemente, la persona que más veces pronuncia la palabra *puta* a lo largo del día.

—Todas son unas putas, os lo digo yo —anuncia eventualmente.

El resto asiente con cierta hilaridad, porque su tamaño contrasta con su voz de niño pequeño y su marcado acento latino.

—Unas putas, putas.

Aguirre ha dejado de protestar. Ahora se tapa los oídos.

Los últimos días han sido agitados. La actividad cibernética de todos, especialmente de Hugo y Garbo, ha obtenido resultados imprevisibles: miles de seguidores, varias denuncias por acoso, por incitación a la violencia o por apología del terrorismo machista, tres cuentas cerradas *ad infinitum* y otras tantas bajo vigilancia, repercusión en blogs y algunos medios de comunicación especializados en temas de género. Un éxito sin precedentes, en apenas un mes. En el ámbito analógico los méritos son todavía mayores: los carteles y las llamadas telefónicas han causado revuelo, sobre todo cuando han hostigado centros de planificación familiar y clubes de lectura especializados en literatura femenina. Algunas mujeres afectadas han denunciado los hechos a la policía, que ha tomado nota mansamente, y otras han mostrado su repulsa en Facebook y Twitter, con notable eco social. En las visitas posteriores que los miembros del grupo han realizado a los lugares del siniestro para estudiar el alcance de sus acciones, han podido ver lágrimas, episodios de histeria y, en algunos casos, rabia. Las fotografías, tomadas discretamente, aderezadas con comentarios jocosos y subidas a internet en alguna de las cuentas falsas, se han vuelto virales entre un nutrido grupo de hombres que comparten las ideas del grupo, determinados periodistas deportivos y algunos políticos de extrema derecha.

Hoy ha sido un día especial: la primera operación elaborada.

El objetivo era boicotear un congreso sobre «El espacio del feminismo en el siglo XXI» que daría comienzo en unas horas. Para ello, después de un intenso debate, Garbo y los demás organizaron el siguiente programa de

actividades:

- 1) Bloqueo de la puerta de entrada.
- 2) Obsequio para cada una de las asistentes.
- 3) Cartel de bienvenida en el centro de la mesa principal.
- 4) Decoración exclusiva.
- 5) Atmósfera agradable.

Sellar la cerradura del salón de actos con silicona ha sido lo más fácil y lo último en hacerse. El resto del programa ha costado tiempo y dinero, pero la voluntad del grupo ha podido sobre las pequeñas rencillas personales. La decoración ha corrido a cargo de Bruno: montones de fotografías en medio formato de penes gigantescos, mujeres arrodilladas en el suelo y escenas de violencia sexual. Nadie quería hacerse cargo del pen drive que contenía el material, y mucho menos acudir a un estudio reprográfico para imprimirlo, pero él tenía un antiguo compañero de trabajo que ahora se buscaba la vida como *freelance* y disponía de las herramientas necesarias. No ha sido barato, y tampoco el extra prometido por su discreción, pero ha merecido el desembolso. Ramos y Aguirre han preparado el obsequio: una maquinilla de afeitar, un pintalabios y unas medias de rejilla. En total, ciento cincuenta de cada. Hubo cierta polémica porque fue necesario repartir las compras tanto en el espacio como en el tiempo: ninguno era capaz de presentarse en un centro de belleza y hacerse cargo de todos los objetos de una sola vez. Además de esto, ni Ramos ni Aguirre quisieron guardarlos en su casa los días anteriores, por lo que pudieran malinterpretar sus esposas. Se propuso a Bruno.

—Nunca. La primera vez que vi un coño supe que era gay. Un coño es, posiblemente, junto con los caracoles, la creación más repugnante de la naturaleza. Un agujero sin forma, húmedo y apestoso. Tiene pliegues incomprensibles, elásticos, como un chicle que ha pasado por muchas bocas. Huele como un puerto por la tarde, a la hora a la que van a comer los gatos. No me gustan los chicles ni los gatos. No quiero acercarme a ningún puto producto de belleza femenina. ¿Está claro?

Al final, se quedaron en el maletero del coche de Donovan, que ha sido el responsable de la atmósfera: cuando las ponentes y las participantes han

conseguido entrar en la sala, después de una hora de espera y un cerrajero de última hora, cuando se han sobrepuesto al impacto de las imágenes y de los regalos, cuando han arrancado el cartel de bienvenida que presidía el local y cuando, por fin, las organizadoras han presentado las conferencias y se ha abierto el debate, Donovan ha aprovechado la oscuridad, se ha sentado en una de las últimas filas y ha dejado rodar por todo el espacio dos docenas de bombas fétidas.

Según sus cálculos, el congreso ha durado nueve minutos antes de cancelarse definitivamente.

Lo más problemático, sin duda, ha sido la redacción del cartel de bienvenida, un pequeño homenaje a los pasquines que lanzaron las feministas en el certamen de Miss Mundo del 70. De alguna forma era el primer manifiesto público del grupo, y por lo tanto necesitaba una firma.

El texto definitivo, como diría, de haberla, un acta que anotara las deliberaciones, no ha sido aprobado por unanimidad.

BIENVENIDAS, PUTAS FEMINISTAS

Es un placer para nosotros no estar aquí para escuchar vuestras voces chillonas diciendo tonterías, ni ver vuestros cuerpos descuidados, ni oler vuestros estrógenos ni vuestras bragas forradas con compresas. Confiamos en que no dejéis las sillas llenas de sangre para que no contagiéis ninguna enfermedad al próximo niño que las ocupe.

No obstante, os hacemos entrega de una serie de obsequios que seguro sabréis utilizar con las instrucciones adecuadas, y algunas recomendaciones a modo de advertencia para que podamos convivir juntos en el futuro.

No sois hermosas, pero sí feas.
Siempre estaréis por debajo de los hombres.
La lucha feminista es un invento de lesbianas ninfómanas.
Todas soñáis con una buena polla.
Depilaos: dais mucho asco con pelo en las axilas y bigote.
Una mujer sin maquillar es como cualquier otro herbívoro.
Sacad la zorra que lleváis dentro.
Seguid agachando la cabeza, especialmente entre nuestras piernas.
Siempre os mereceréis una buena hostia.

Atentamente,
ESTADO FÁLICO

18

Los hijos de mis amigos son el impuesto revolucionario de la amistad.

Cada cierto tiempo, nos reunimos todos en una calle peatonal para que los chavales puedan correr a su antojo, y nosotros, los adultos, vigilarlos de cerca mientras tomamos unos vinos y hablamos de nuestras cosas. Siempre a mediodía, antes de comer. Es una de las pocas ocasiones en las que puedo estar, también, con mis amigas, manteniendo una conversación de más de cinco minutos sin interrupciones.

Me gustan los niños. Me gustan lo suficiente como para plantearme tenerlos alguna vez, sobre todo con Najwa: creo que podríamos hacerlo bien. Pero no me importa reconocer el tedio que supone, al menos en estas edades, tratar de combinarlos con la vida social. El mayor de todos tiene cinco años y es fácil perderlo de vista. Hasta yo me alarmo, sin querer, en mitad de una frase, cuando lo dejo de tener localizado en el horizonte. Me pregunto si el instinto de protección es algo contagioso.

Discuto mucho sobre paternidad y educación, sobre todo con ellas.

@feminazco

Te voy a subrogar los testículos, machote. A ver si así lo entiendes.

Son gente moderna, inteligente, que no se deja llevar por la inercia con la que fueron educados en su época. Me hablan de permisos por lactancia y de excedencias para poder estar con sus hijos durante el primer año, de

reducciones de jornada, del gasto en pañales, ropa y regalos. Me lo tomo como un máster. Plantean temas sugestivos, apoyados en estadísticas: edades para escolarizar, lecturas apropiadas, modelos de enseñanza, alimentación, ocio. Ensimismado como estoy en mis obsesiones, les pregunto por el reparto de los tiempos: ellos, no me cabe duda, salen más; por lo tanto, beben más; por lo tanto, tienen más válvulas de escape, por llamarlo de alguna forma.

—Es algo temporal —me dice una de mis amigas—. Los primeros años, con la teta y la baja, es lógico que los niños pasen más tiempo con nosotras y los hombres puedan salir más a menudo.

Pregunto si la intensidad de la crianza les pasará factura en el futuro, por la escasez de espacios para su desahogo, y pongo en duda que vayan a recuperar ese tiempo perdido, a lo que me responden que no es tiempo perdido, sino invertido en otras actividades. El argumento me convence. Entonces me centro en la teórica discriminación por géneros: ¿colores para la ropa, azul y rosa? ¿Balones para ellos, muñecas para ellas? ¿Superhéroes y Princesas?

Como digo, son gente moderna. Apuestan por la libertad y el sentido común, es decir, que los niños y las niñas escojan en función de sus gustos y sus necesidades, sin prejuicios históricos, y que aprendan a empaparse del entorno social que los rodea, aunque eso implique, en general, reproducir patrones de comportamiento que segregan por géneros. Ellos, como padres, estarán atentos a no legitimar conductas que pongan a unos por encima de otros, y alentarán una convivencia igualitaria, tanto en lo público como en lo privado, de manera que la próxima generación no herede los vicios de las anteriores, al menos desde la familia.

Todos los padres de hoy son pedagogos.

Su discurso es perfecto, pero no dejo de observar que los niños varones están jugando al fútbol, con una niña mayor que no conozco, cierto, y que las niñas están congregadas en torno a una muñeca que habla. Asumiendo que existen excepciones, lo señalo. Les comento una tesis que me explicó Najwa sobre la capitalización de algunos espacios públicos infantiles: los patios de los colegios están ocupados, en su mayoría, por un campo de fútbol, con sus líneas y sus porterías, de manera que quienes no quieren jugar se ven

relegados a la periferia de ese campo, a los rincones; así pues, las niñas que prefieran no patear un balón durante su descanso entre clases asumirán, de forma inconsciente, que el centro del espacio público corresponde a los chicos, puesto que son ellos los que, por amplia mayoría, juegan al fútbol. Intento expresar mi escepticismo. ¿No es un esfuerzo inútil? Quiero decir: si la sociedad está construida sobre estos parámetros binarios, y dado que el individuo, salvo anomalías, acaba cediendo autonomía en virtud de su integración, ¿sirve de algo educar a los niños para un mundo que no existe, o que dejará de existir cuando cumplan seis, siete, ocho años? Tengo la impresión de que, por mucho que hagan, no podrán evitar que sus hijos sean machistas en potencia, o sus hijas, sumisas estoicas. La experiencia personal y el imaginario colectivo decidirán por ellos.

Quizá he venido a este mundo a discutir, y lo disfruto, pero hay algo en lo que acabo de hacer que no me gusta: he usado una conversación previa con Najwa para imponer un tema. Me parece oler la colonia de mi padre y mis tíos. ¿He omitido a propósito que mi novia fue quien me contó esta historia?

Antes de llegar a ninguna conclusión, me doy cuenta de que he tocado hueso. A partir de mis palabras, nadie se pone de acuerdo. Me convierto en abogado del diablo.

—Mi hijo nunca será un maltratador.

«Hasta que una chica le diga que le gustan los malos.»

—La igualdad total llegará en el futuro.

«Dentro de cuatro siglos. No la verán ni tus nietos.»

—Enseñaré a mi hija a no resignarse.

«Porque si fuera hombre no tendrías que hacerlo.»

—El mundo está evolucionando.

«Y con cada guerra, involucona. El héroe es siempre masculino.»

—Debemos tener paciencia.

«Eso es: calladitas y pacientes. Para no interrumpir la rutina de fuerzas que nos ponen a cada uno en nuestro sitio.»

—No se puede cambiar la sociedad de un día a otro.

«Díselo a Osama Bin Laden.»

De alguna forma, consigo que todos se cabreen. Principalmente conmigo,

pero también entre ellos. Soy un conversador terrible, porque interrumpo todo lo que dicen como si yo también tuviera hijos, sin escucharlos. Intuyo que es el momento de desaparecer sin hacer amagos de abrazar ni despedirme, aprovechando que nadie mira. Pero se me ocurre una última pregunta.

—¿Y si vuestra hija os dijera que quiere ser un chico, o viceversa? ¿Qué haríais?

He partido el hueso. Se pisan al hablar unos a otros. Los grupos nos miran porque estamos levantando la voz. Uno de los niños nos escucha con atención, desde abajo, apenas a un par de centímetros de mis rodillas. Es tan pequeño que me avergüenzo de lo que he provocado, porque su mundo es tan pequeño como él. Les digo que regreso en un momento, pero es mentira. Doy una vuelta ridícula para que no me vean y salgo de la calle peatonal, con la cabeza hinchada, lleno de dudas. Los veo discutir mientras me alejo.

Necesito hablar con Najwa. Y esta sensación empieza a ser perturbadora, porque Najwa no es mi terapeuta, ni mi profesora, ni mi madre. ¿Acaso soy incapaz de formarme una opinión sin expoliar las suyas? Para qué pensar, si la tengo a ella. Para qué leer, si ella me cuenta lo que lee. Para qué invitarla a estar con mis amigos si puedo sustituirla con cuatro frases, con varios titulares, con la repetición amena de nuestras conversaciones. ¿Estoy haciendo desaparecer a Najwa?

No, yo no soy esa clase de hombre. Me resisto a creerlo.

Yo soy el tío más feminista del mundo. Najwa y yo nos queremos, lo compartimos todo. Hasta las palabras.

Estamos en igualdad de condiciones.

Esta frase, sin embargo, no resuena en mi cabeza como una afirmación.

19

Chinchetas blancas.

En una de las primeras reuniones del Estado Fálico, cada uno de los miembros eligió un objetivo específico al que atacar. No se debían dar explicaciones: bastaba con apuntar el nombre, y el resto daba por hecho que había razones suficientes para intervenir. Fue un ejercicio de solidaridad y confianza con el que Garbo no estuvo de acuerdo, porque actuar contra mujeres concretas iba en contra del propósito globalizador de su ideario y no suponía réditos salvo en lo personal, pero la mayoría se impuso: si iban a saltarse la ley, todos debían conocer los términos del compromiso de sus compañeros como garantía. Un pacto de sangre.

Durante las últimas semanas el grupo ha incrementado exponencialmente sus actuaciones, torpedeando numerosos actos feministas, disminuyendo la participación en decenas de asambleas, humillando a manifestantes y activistas, robando material, ensuciando escenarios, amenazando con violencia a grupos pequeños, drogando a ponentes. Alguien ha creado una página web de apoyo, y no ha sido ninguno de ellos. Los seguidores aumentan cada día. En otras ciudades ha habido réplicas con acciones similares, bajo la misma firma. Las organizaciones de mujeres, por su parte, salvo con las tradicionales frases de condena y repulsa, no han reaccionado.

Garbo quiere dar un paso adelante, pero antes debe atender las demandas de sus compañeros y cerrar los viejos compromisos: chinchetas blancas.

Para dotar de ceremonia al proceso, asignan los nombres de seis de las

nueve musas clásicas a las mujeres contra las que van a actuar, como si fueran códigos militares. Simbólicamente, tiene cierta coherencia. A Aguirre le corresponde Polimnia, musa de la poesía sacra; a Ramos, Talía, musa de la comedia; a Donovan, Melpómene, musa de la tragedia; A Hugo, Clío, musa de la historia; A Bruno, Euterpe, musa de la música; y a Garbo, Calíope, musa de la belleza y la poesía épica.

Polimnia es una chica joven, universitaria, que suele manifestarse con su piara de feministas radicales delante de la iglesia donde Aguirre colabora los domingos. Los motivos son diversos, en positivo o negativo: derecho al aborto, mujeres papa, monjas que roban niños, sacerdotes pedófilos. Todos los meses hay un tema. A Aguirre le gustaría crucificarla, literalmente. Con clavos. En lugar de eso, le convencen de que arruinarle su carrera profesional puede ser una victoria.

Estrategia: fotografías manipuladas en redes sociales, llamadas al rectorado por parte de grupos en defensa de los valores familiares, insinuaciones de consumo y tráfico de cocaína en el entorno familiar, prostitutas que denuncian vejaciones y maltrato, acoso telefónico, amenazas, pintadas en su domicilio.

Resultado: depresión, abandono de los estudios universitarios, regreso al pueblo.

Talía es la mejor amiga de la mujer de Ramos. Él está convencido de que ejerce de intermediaria entre esta y un número incalculable de amantes esporádicos, además de ser protagonista de algunos episodios lésbicos que prefiere no verificar. Ronda los cincuenta años y trabaja en Correos. Como todas las zorras de su clase, en palabras de Ramos, no tiene pareja ni hijos.

Estrategia: reclamaciones diarias en su puesto de trabajo por alcoholismo y dejación, destrucción del vehículo personal, hurto continuado del carro de la correspondencia.

Resultado: fin del contrato laboral, desahucio.

Melpómene es camarera en un bar de moda. Tiene el físico de una modelo de lencería y la actitud del primer ministro de Francia, cuando en Francia gobiernan los conservadores. Salió con Donovan tres veces: la primera, le dejó besarla antes de despedirse; la segunda, subió a su casa, se

rio del tamaño de su pene y se marchó dejándolo desnudo; la tercera, le exigió que no volviera a pasar por el bar. Aunque no pueda reconocerlo, se ve en los ojos de Donovan que sigue enamorado de ella.

Estrategia: rumores de enfermedades venéreas, alerta de infidelidad a su pareja actual, sospechas de robo de efectivo en su lugar de trabajo.

Resultado: despido procedente, ruptura sentimental, mala alimentación, ojeras, dos tallas más en su próxima compra.

Clío es una compañera de trabajo de Hugo. Asiática, pija, esbelta. Difundió el rumor de que era un cerdo acosador priápico obsesionado con el cuerpo femenino y consiguió que el resto de mujeres de su departamento dejaran de relacionarse con él, obligándolo a comer solo o en compañía de trabajadores junior. Hugo suele masturbarse pensando en ella, imaginando un *gangbang* multitudinario con *fisting* , anal y *bukkake* . En todo caso, no quiere que deje la oficina.

Estrategia: amenazas anónimas de violación, jeringuillazos de semen sobre su ropa y su pelo en el transporte público, buzoneo machista.

Resultado: risas.

Euterpe es la enemiga natural de Bruno: lesbiana, hembrista, adicta al ejercicio y extrovertida. Trabajó una temporada en el gimnasio donde él solía machacarse, tuvieron un par de enfrentamientos y, desde entonces, se odian. Coinciden esporádicamente en eventos deportivos de *cross-fit* y en las clásicas carreras populares. Él solo se relaciona con hombres, y ella, con mujeres. Tal y como lo describe, parece un duelo entre bandas callejeras rivales, y por ese motivo solo acepta una estrategia basada en el dolor físico, lo que suscita no pocas suspicacias. El daño psicológico es más duradero, protestan. Al final, llegan a un acuerdo intermedio.

Estrategia: manipulación de su bicicleta de montaña.

Resultado: lesión de rodilla, operación de menisco, seis meses de recuperación sin hacer deporte.

Calíope es la musa de Garbo.

No quiere dar demasiados detalles sobre ella, lo que provoca algunos roces con el grupo. Les dice que no sabe dónde vive, pero que eso tampoco es importante. Es una especialista en feminismo de la universidad, pequeña y

con gafas, que posiblemente ha participado en alguno de los actos que ellos han boicoteado, muy activa en redes sociales y en determinados medios, belicosa, animalista, ecologista, atea. El paquete completo.

—Con ella usaremos una estrategia diferente —dice Garbo.

El grupo escucha, sin percibir que su líder está a punto de vomitar.

20

Najwa llega a casa furiosa, pero no quiere que yo lo note.

Apenas me mira a los ojos cuando me habla: a la barbilla, sí; al pecho; a un punto situado a medio palmo de mi cabeza. No es una persona particularmente risueña, pero conmigo le surgen hoyuelos en las mejillas cuando está feliz, despreocupada. Hoy no tiene hoyuelos. Se mueve como una autómatas, de forma brusca, sin cuidado, abriendo y cerrando armarios ruidosamente, dejando las luces encendidas al salir de las habitaciones.

Mientras no me cuente lo que le pasa, fingiré que no lo sé.

En estos casos, hablar con ella resulta difícil, porque su tono de voz no distingue matices y uno nunca sabe si la respuesta es agresiva por el contenido de la pregunta o si es fruto, simplemente, de su mal humor. Lo mejor es dejarle espacio, como ella hace conmigo todas las mañanas hasta que me hace efecto el café, y esperar a que inicie por su cuenta una conversación. Me hago el distraído mirando el móvil.

@feminazco

En un mundo ideal, abortar varones debería ser legal hasta el mismo día del parto.

Najwa se sienta frente a mí, mira su móvil durante un rato, retuitea a @feminazco y luego deja el móvil sobre la mesa. Se ha lavado la cara: todavía tiene gotas de agua en las pestañas. Está seria, nerviosa. Tiene los globos oculares congestionados de sangre, como si se hubiera rascado los

ojos.

Sé cuál es la frase que no debo pronunciar.

—¿Qué tal la semana? —me pregunta—. Desde que volví de Lisboa he estado liadísima, y casi no nos hemos visto. ¿Quedaste al final con tus amigos?

Está haciendo un esfuerzo por sonar amable. Recojo el guante.

—Sí. Además quería hablarte de eso.

—¿Por? ¿Pasó algo?

—Bueno, hubo un conato de discusión, podría decirse...

—¿Qué has hecho esta vez?

Me enciendo un cigarro.

—Te juro que no sé cómo pasó —me río.

—Sí. Seguro.

—Empecé a preguntarles por la educación de los niños, y una cosa llevó a la otra. Les pregunté por la diferencia de género y cómo resolver el conflicto entre lo que se enseña en casa y lo que sucede en el mundo... real.

—¿Otra vez?

—No pude evitarlo.

—Creo que estás demasiado obsesionado con el tema. Además, no es tu tema.

¿No lo es? ¿Cómo no podría serlo? Borro de mi memoria su última frase, como si no tuviera importancia. Trato de seguir con el debate.

—Tal vez. Pero planteé una cuestión interesante. Quería saber tu opinión.

—Dime.

—Si tu hijo te dice, no sé, a los cuatro años, que no quiere ser un niño, que él se siente una niña, ¿qué haces?

Najwa se incorpora y mueve la cabeza hacia los lados, describiendo círculos. Oigo crujir su cuello, cinco, seis veces. Me provoca escalofríos, pero sé de dónde viene. La imagino sufriendo el ataque diario de mis compañeros, en la universidad, en la cafetería, en los baños de los bares, tal y como lo planeé. La imagino entrando en un bucle de rabia que ahora, delante de mí, intenta moderar.

—Buf, eso —me dice.

Su voz es seca.

—No pasa nada. Era solo una duda. Podemos ver la tele un rato.

—No, no. Te contesto. Ya sabes lo que pienso del género: no es algo natural, sino adquirido. Las diferencias biológicas no definen nuestro género, porque el género es una construcción ideológica, una herencia social.

—Lo sé. Por eso crees en un futuro sin...

—No me interrumpas. Y sí: creo en un futuro sin género, o sin géneros binarios. Una utopía, seguramente. Pero si soy coherente con este razonamiento, si asumo que los órganos genitales no significan absolutamente nada, lo que tiene ese niño es una enfermedad del discurso. Una contaminación.

—¿Qué dices?

—¡Lo sé! Suena terrible. ¡Es un puto crío! Y nunca lo diría en público, pero es que estoy harta. ¡Estoy hasta el coño, joder!

Tiene los ojos muy abiertos y las manos crispadas. No creo que esté hablando conmigo. Ha recibido un total de cincuenta mensajes, repartidos entre cartas a su despacho, notas en la pizarra, frases pronunciadas por hombres anónimos en lugares de paso y pintadas. La hemos linchado minuciosamente.

—¿Hasta el coño de qué?

—Mira: ese niño no está contento con su cuerpo, con su polla, porque el mundo que le rodea le ha dicho que *polla* significa un determinado comportamiento. Es lo mismo que la gente que se opera de estética por insatisfacción. Como no encajan en el canon de su época, se mutilan para encajar. La felicidad a través de la amputación, del maltrato al cuerpo. De modificar la carne. ¿Qué hostias quieres que le diga a ese niño? ¿Que me parece bien que le corten los huevos y le pongan un coño? ¿Que le explique que con un buen agujero todo va a cambiar?

—Joder, Najwa, pero no vivimos en un futuro sin binarios. Los transexuales...

—¡Ese es el puto problema! Los transexuales, los maricones, las bolleras, todas esas putas minorías están ocupando el espacio mediático, y el público compra su discurso. Porque está de moda. Porque debemos cuidar de sus

derechos. Me cago en mi puta vida: las mujeres deberíamos ocupar ese espacio, aunque sea por antigüedad. ¿No hay más mujeres que maricones, joder? ¿Va a venir un puto arquitecto millonario a contarme que está muy puteado porque le gusta chupar rabos y no le dejan comprarse un útero? ¿En serio?

Dice cosas que no quiere decir, o que no quiere pensar. Está sobreactuando. Se ruboriza. Le tiemblan las manos y las rodillas. En mi cabeza se enciende un piloto rojo que intenta avisarme de que debo parar; pero no la conversación, sino todo lo demás. Lo ignoro.

—Una lucha no invalida las otras —digo.

Me mira con tristeza.

—Tienes razón. Ese es el reverso oscuro de colectivizarse. Como con las naciones. Cuando aceptas formar parte de un grupo, excluyes al resto. O soy una nacionalista radical, o soy una humanista utópica que no se moja, pero no puedo ser ambas cosas. Aunque sé que debería aspirar al espacio intermedio. Los seres humanos somos una puta mierda...

El último mensaje lo ha recibido hace un par de horas. En un bar. Aguirre la estaba vigilando. Cuando ha entrado al baño y ha levantado la tapa, se ha encontrado, otra vez, escrita en una hoja de papel, la frase con la que estamos acosándola desde hace días.

«Deberías sonreír más, guapa.»

Puede parecer una nimiedad, pero sé que a Najwa se le hiere con lo simbólico. No soporta lo que significa la amabilidad femenina. El propio término le espeluzna: *amable*, «merecedora de ser amada». Las mujeres que sonrían todo el tiempo le parecen yeguas lobotomizadas.

Todavía deben de dolerle los riñones.

Según Aguirre, ha cerrado la tapa con tanta fuerza que la ha partido. Uno de los camareros la ha oído gritar y ha intentado calmarla. Estaba fuera de control: ha revisado todos los urinarios y, al ver el resto de mensajes, la ha emprendido a patadas con ellos. La han sacado del local a la fuerza.

Le digo que me voy a la cama, que quiero madrugar, que ya seguiremos charlando otro día. Ella me pide perdón por su vehemencia.

—Te quiero vehemente —le digo.

Me sonrío. Poco, pero me sonrío.

Ahora sí: sé cuál es la frase que no debería pronunciar.

Con todo el amor que soy capaz de mostrar en un gesto, en el timbre de mi voz, en la manera de mirar a la mujer que quiero, me levanto, le doy un beso en la frente y le digo, en voz baja:

—Me gusta verte sonreír.

Ella no responde. Se queda sola, quieta, en silencio, como un muerto.

21

El Estado Fálico tiene un adversario.

No parece un grupo tan sólido como ellos, pero sí muy numeroso y muy activo. Su aparición ha provocado una convocatoria de urgencia en casa de Hugo.

—Están en bragas —bromea.

Empezaron como una plataforma online de apoyo a los colectivos feministas contra los que Garbo y los suyos estaban actuando. Rápidamente se viralizaron y sumaron fuerzas de muy diverso signo, pasando de la resistencia pasiva a la acción directa, y de las redes cibernéticas al mundo material. Hasta ayer, su mayor logro había sido garantizar el correcto desarrollo de una serie de jornadas y mesas redondas, protegiendo los centros donde estaban programadas con grupos de guardia en turnos de ocho horas, desde el día anterior, y protocolos de vigilancia en las puertas de acceso. Por supuesto, el Estado Fálico no pudo intervenir: todo estaba lleno de mujeres.

Sin embargo, anoche pasaron al ataque.

Fue un bombardeo múltiple, premeditado. Hackearon las páginas web y un gran número de las identidades falsas con que el grupo se promociona en redes. Sembraron internet de vídeos ofensivos contra el patriarcado, chistes feministas, llamadas a la revolución y amenazas de muerte contra el Estado Fálico. Dibujaron penes dentro de una diana en casi todas las calles del centro. Varias cuadrillas, desde el coche, con antorchas, y protegida su identidad por máscaras de Princesas Disney abrasadas, arrojaron tampones

manchados contra la gente que hacía cola para entrar en varios pubs de moda. Según cuentan los afectados, no era pintura. Por último, publicaron un manifiesto en el que declaraban la guerra al sistema heteropatriarcal, advertían de su capacidad para operar en distintas ciudades al mismo tiempo y exigían una rendición general sin condiciones, si quería evitarse una escalada de la violencia. La capitulación o el apoyo debía consignarse desplegando banderas o sábanas de color claro donde estuvieran escritas, en rojo, la letra W o la letra M. Como firma, una leyenda: «Reclamamos la noche y el día».

—Son unas putas fantasmas —dice Donovan—. El sábado estarán demasiado ocupadas maquillándose y se habrán olvidado de todo. Conozco a las mujeres: se calientan rápido, pero luego se enfrían.

Garbo no lo tiene tan claro.

—¿Y si van en serio?

—En serio, ¿cómo? —pregunta Ramos—. ¿Van a darnos palizas? ¿A matarnos? Qué miedo, sí, claro. Estoy acojonado. Un montón de zorras armadas con tampones y pintaúñas, el ejército de las tinieblas.

—De una hostia me cargo a cuatro —dice Bruno.

Aguirre no interviene. Garbo le llama la atención.

—¿Tú qué piensas?

El sacristán se quita las gafas, las limpia con un pañuelo de tela y vuelve a ponérselas, despacio.

—Creo que son las siervas de Satán.

Murmullos. Quejidos. Hugo se santigua. Aguirre sigue hablando.

—Nuestros actos no han sido propios de hombres justos. Hemos mentido, robado, insultado y humillado, en contra de las leyes de Dios. Es cierto que lo hemos hecho por causas nobles, ajustadas a la palabra divina, y que los soldados se ven obligados a tomar decisiones difíciles cuando el fin último lo solicita.

—Que no estés en misa, joder —lo interrumpe Bruno.

—Pero todo lo que hacemos en la vida tiene consecuencias. Y la consecuencia de nuestras acciones ha sido abrir las compuertas del infierno. No me miréis así. Cuando el hombre se pliega a las herramientas del diablo,

el diablo viene a buscarlas. Le hemos llamado nosotros. Hemos propagado su voz. Esta es su forma de respondernos.

A pesar del monocorde tono de homilía, lo que dice perfora la confianza de sus compañeros, que dejan de reírse y hacer bromas a su costa. Porque su discurso revela una verdad con la que cinco de ellos no contaban: que tarde o temprano les harían frente.

Garbo sonrío.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Vamos a por ellas o las ignoramos?

—¿Están movilizando a la población? —pregunta Ramos.

Hugo busca en su teléfono móvil. Luego se levanta, abre la ventana y saca la cabeza, mirando a derecha e izquierda.

—No mucho. En Twitter están colgando fotos de balcones con la famosa bandera, si podemos llamar así a esa mierda de trapo pintado. Cien, ciento veinte. Si es una llamada para todo el país, van despacio. En el barrio no hay ninguna. Creo.

—Entonces ni puto caso.

La mano abierta de Garbo focaliza hacia él todas las miradas.

—¿Y si no hacer nada se entiende como un gesto de debilidad? Puede que hoy solo haya cien banderas, pero ¿dónde ponemos el límite? ¿En quinientas? ¿Mil? Estoy seguro de que no van a parar, ni aburrirse, ni dejar de obstaculizar nuestras acciones: lo de anoche fue algo organizado. Están imitando a las activistas de finales de los setenta. Quizá es mejor intervenir ahora, que todavía son un grupo en desarrollo, en lugar de esperar a que se multipliquen. Recordad que las mujeres, cuando quieren, son muy corporativas.

—¿Y contra quién vamos? —dice Ramos—. ¡Si no sabemos quiénes son! Ni siquiera tienen nombre. Puede ser cualquier cuadrilla de zorras que nos crucemos por la calle. Excepto que las pillemos con las máscaras, claro.

—Tenemos que ponerles nombre —dice Donovan.

—¡Los Coños! —grita Hugo.

Se proponen diversas alternativas: Las Superputas, Los Agujeros, Las Subrogadas, El Divino Tesoro. La dialéctica dura varios litros de cerveza y dos botellas de vino, pero al final se pacta tomar medidas firmes contra ellas

y adoptar el término que sugiere Garbo.

«Las Princesas.»

Seguro que les gusta el homenaje.

22

La falacia de la convivencia somos Najwa y yo fingiendo que no pasa absolutamente nada, que los días discurren plácidos, sin sobresaltos, que yo estoy metido en mis pequeños asuntos periodísticos de poco interés y que ella está trabajando en su tesis, investigando, preparando clases. Qué quieres para cenar, he hecho compra, me gusta cómo tienes la barba, por qué no damos un paseo.

No hay duda: esto es la guerra fría.

Empecé a pensarlo hace tiempo, cuando las acciones del Estado Fálico adquirieron una repercusión tan extraordinaria que resultaba absurdo, conociendo nuestra afición por hablar de todo y especialmente de cuestiones de género, no haberlo mencionado. Quizá fue un error por mi parte, pero no encontré la manera de sacarlo a relucir sin que mi participación activa quedara al descubierto: como siempre digo, ella es muy buena analizando textos, y yo mismo soy un texto, probablemente el más simple de cuantos ha leído. Aceptado mi desliz, había cuatro opciones posibles para interpretar su incómodo silencio:

- a) Que no se hubiera enterado de lo que estábamos haciendo.
- b) Que nuestro ataque directo contra ella la hubiera traumatizado.
- c) Que sospechara que yo estaba detrás de todo.
- d) Que tuviera su propia hoja de ruta.

Descarté la primera por una cuestión irrefutable: habíamos bloqueado

algunos actos a los que sabía, con seguridad, que ella iba a acudir. Descarté, también, la segunda porque desde aquel día su carácter no había perdido un ápice de fuerza, ni la noté nunca abatida a la hora de enunciar sus opiniones; al contrario, parecía haberse endurecido para mal, como un soldado noble que pierde la honradez en su primer viaje, y deja de dormir, y se le llenan los ojos de zumbidos. Cabía la tercera opción, desde luego, pero había sido extremadamente cuidadoso con mis cosas y dudaba, hasta donde me lo permitía la conciencia, que un despiste por mi parte o un presentimiento por la suya la hubieran arrastrado a violar mi intimidad, es decir, mis aparatos electrónicos o mi correo. Quedaba, entonces, por eliminación, una sola variable.

—Te ha quedado fantástico el ceviche —me dice.

Mis sospechas aumentaron los últimos días, cuando respondimos al manifiesto de las Princesas y sus ataques espontáneos con nuestra habitual medida: repintamos encima de todos sus grafitis enormes penes peludos sonrientes, publicamos vídeos de su bandera ardiendo, editados incluyendo canciones de películas de Disney para darles un toque infantil, menos agresivo, y escogimos para reventar, con inteligencia, actos pequeños que no estuvieran protegidos por sus colaboradoras. Ellas tardaron menos de un día en designarnos «el brazo armado del enemigo» y retar a todas las mujeres a buscarnos y apalearnos. No con esas palabras: «Os conminamos a tomar las medidas necesarias para detener las actividades de ese grupo de fanáticos». Nosotros nos mantuvimos firmes, aunque aumentamos las medidas de seguridad y vigilancia, por si acaso. Las redes sociales y algunos medios de comunicación empezaron a tomarse en serio lo que estaba pasando, con artículos y reportajes, pero en casa reinaba una paz ridícula, edulcorada, merecedora de otros comediantes.

—La corvina estaba fresquísima —respondo.

Mi análisis fue definitivo: la única razón por la que Najwa no me había mencionado ni una sola vez a las Princesas debía de ser la misma por la que yo no le había mencionado ni una sola vez al Estado Fálico: ambos estábamos metidos hasta el fondo. Pura lógica.

De manera que aquí estamos, como novios inexpertos en primero de

interpretación.

—¿Qué tal hoy en la uni?

Su móvil no deja de vibrar sobre la mesa. Juraría que, cuando me mira, parpadea exageradamente, como en una película de dibujos animados.

—Muy tranquilo. Es un buen curso.

Mentira: esta mañana hemos desparramado diez kilos de criadillas en los pasillos de entrada de su facultad, con la ayuda de unos cuantos estudiantes de tercero. Mi móvil suena. Lo cojo con una sonrisa, maldiciendo la persistencia inquisitiva de mi madre, y leo un mensaje de Hugo:

«Hemos destrozado la furgoneta de un grupo de Princesas. Sin heridos».

—Mi madre te manda recuerdos. Dice que a ver cuándo vas a comer con ella y habláis de vuestras cosas, que te echa de menos —improvisó.

Ella mira su móvil y frunce el ceño. Luego vuelve a sonreír.

—Dile que yo también la echo de menos. Y que le prometo que seguiremos superando el test de Bechdel.

—¿El qué?

—El test de Bechdel. ¿No lo conoces?

—Pues no. No me suena.

Me habla y escribe en su móvil al mismo tiempo.

—Es un test que evalúa si una película o un libro cumplen con los requisitos para evitar la brecha de género. Te va a encantar, *con lo que te gustan estos temas*.

—Seguro que sí.

«Persecución. Casi pillan a Aguirre. Han empezado a quemar contenedores.»

—Se basa en tres preguntas. La primera: ¿Aparecen al menos dos personajes femeninos? La segunda: ¿Esos personajes hablan la una con la otra en algún momento? La tercera: si efectivamente hablan entre sí, ¿lo hacen sobre algo que no sea un hombre?

—Vaya. Qué fascinante.

—Lo es. Cuando tu madre y yo quedábamos al principio siempre hablábamos de ti o de tu padre.

Su móvil sigue vibrando. Ella lo mira distraídamente entre sorbo y sorbo

de vino. Yo hago lo mismo.

—Mujer, vosotras no sois personajes de ficción.

—Cierto. Pero es curioso aplicar el test a la vida real.

«He hablado con Bruno. Han roto todos los escaparates de Zara Man.»

—En la vida real hablamos de todo —digo.

—Por supuesto. Pero tu madre, últimamente, está cambiada. Se lo noto hasta yo, que no la veo mucho. Y desde hace semanas hemos dejado de hablar de vosotros y hemos empezado a hablar de... otras cosas.

—¿Qué cosas?

Se ríe con la risa más falsa que he oído en mi vida.

—No lo sé, tonto. De otras cosas. De la vida, del futuro... Ya sabes. No te lo puedo contar, traicionaría su confianza.

Levanta una ceja.

—Ya me gustaría veros —digo.

—No puedes. De eso se trata.

Pienso en vaginas riéndose de mí.

—Claro, claro. Por favor, no voy a meterme. Además, me hace muy feliz que tengas esa complicidad con mi madre.

No te imaginas cuánto.

—Es una mujer increíble. Ha sido todo un descubrimiento. Disculpa, tengo que responder a este mensaje.

—Sí. Ya veo que estás muy solicitada esta noche.

—Es el grupo de profes. Son tan pesados...

«El centro está tomado por la policía. Disolvemos. Ramos está descontrolado.»

Siento náuseas. El piloto rojo vuelve a encenderse: hay algo profundamente indigno, equivocado, en lo que estoy haciendo. Empieza a ser una sensación recurrente, y quizá por eso llevo días comiendo sin hambre. Espero a que Najwa termine de escribir y me sirvo otra copa de vino.

—¿Todo bien?

—Sí, sí —me dice—. Una tontería. Mañana hay una reunión y estamos preparando los argumentos para vencer a los opositores.

No me gusta nada lo que acaba de decir.

—¿Algo urgente?

—No, qué va. La típica reunión del departamento. Pero siempre hay alguien que rema en dirección contraria.

«Hemos tenido que separarnos. Son demasiadas. He contado más de cien. Les da igual que las detenga la policía.»

—Bueno, entonces mañana será un día interesante.

Me mira a los ojos.

«Tenemos un puto problema.»

—No te quepa duda —sonríe.

23

Las manos de Garbo huelen a huevo. Su formación le impide ignorar la metáfora.

El grupo entra en el coche a todo correr, pero Ramos no arranca.

—¿Dónde cojones está Donovan? —grita.

Efectivamente, Donovan no está con ellos, y tampoco lo ven por las inmediaciones. Lo han perdido en algún punto entre la manifestación y el lugar donde habían aparcado.

—¡Arranca, por Dios! —suplica Aguirre.

Detrás de ellos, los otros conductores se han detenido. Se oyen cláxones y voces. Los antidisturbios, superados en número, corren de un lado a otro. Si no fuera por las porras y por los escudos, provocarían lástima.

—¡Mirad! —dice Hugo.

Unas veinte Princesas han aparecido de la nada, literalmente. Llevan la máscara habitual, que cada vez les provoca más espanto, abrasada a la altura de las mejillas, derretida y coagulada como una vela negra, y cargan útiles para el enfrentamiento: bates de beisbol, cadenas, cócteles molotov. Suenan las primeras sirenas de ambulancias, los comercios cierran, la gente se resguarda en los portales. Una columna de humo asoma desde el final de la avenida. Huele a neumático.

Garbo, ansioso por volver a casa, mira hacia arriba. Entonces las ve.

Docenas de banderas con la M y la W.

—Conoce el protocolo de evasión. Nos encontrará. Sal de aquí de una

puta vez —dice.

Ramos trata de avanzar, pero la calle está cortada unos metros por delante. Gira a la izquierda, entrando en el carril contrario. Otro coche viene de frente y se detiene un poco antes de chocar con ellos. El vehículo se queda cruzado, en punto muerto, sin posibilidad de moverse.

—Estamos atrapados —dice.

—Hay que dejar el coche —propone Garbo.

—Mis cojones —responde Ramos—. Todavía lo estoy pagando, y esas zorras son capaces de todo.

—¿Y qué hostias quieres hacer? ¿Quedarte aquí?

Las Princesas se acercan. Una de ellas mueve en círculos la cadena que porta, sobre su cabeza, como un vaquero a punto de atrapar una res desviada.

—Vale. A tomar por culo. Vámonos.

Se ponen otra vez los pañuelos y salen del coche. Corren en dirección a un callejón transversal que está a unos cincuenta metros de su posición, camuflándose entre el resto de personas que se mueven, enloquecidas, a su alrededor.

—¡Es Donovan! —señala Bruno a medio camino.

No es Donovan: es una pelea ilegal en la que Donovan está participando, para ser precisos. A tres. En la esquina izquierda, con casi cien kilos de peso, con la espalda pegada a la pared y protegido por el cartel de desayunos ecológicos de una panadería, el profesor de Krav magá, el sexto miembro del equipo. En la esquina derecha, con aproximadamente trescientos kilos de peso repartidos en seis o siete cuerpos, una banda de Princesas con pantalones cortos y botas militares, el pelo recogido en moños, máscaras terribles y objetos en las manos que ninguno puede ver con claridad. En el centro, con ciento sesenta kilos de carne, plástico reforzado y kevlar, dos antidisturbios armados con porras, lanzando golpes en todas direcciones, sin saber exactamente quién es el enemigo. Las Princesas saltan sobre ellos por la espalda, arrancándoles los cascos y tratando de quitarles las armas. Donovan se protege como un boxeador, rotando la cadera, soltando golpes rápidos con el puño izquierdo, cubriéndose la cara con los antebrazos, pero son demasiadas y, cuando logra impactar de forma leve en el rostro de

alguna, otras dos se agarran a sus piernas para inmovilizarlo. Lentamente, lo aíslan entre un coche y la pared, dejándolo sin defensa. No tienen escrúpulos: usan los puños y las botas, pero también las rodillas, y las uñas, y los codos. Una de ellas se ha subido la máscara para poder usar los dientes. Pelean como salvajes.

—¡Dispersaos! —grita Garbo—. No podemos hacerles frente. Escondeos donde podáis, y nos reunimos dentro de media hora en el coche, cuando todo haya pasado.

—¿Y Donovan? —pregunta Aguirre.

—Está más en forma que todos nosotros juntos. Saldrá de esta.

Hugo y Ramos corren en direcciones opuestas. Aguirre se apoya en el coche para recuperar el aliento.

—Voy a ayudarlo —dice Bruno.

Garbo deja de mirar el tumulto que rodea a Donovan y camina rápido hacia el sur, con la esperanza de encontrar un local donde refugiarse mientras dure el alboroto. El ruido de los gritos es insoportable. Tropieza con un carro de la compra abandonado, y al pasar sobre él pisa un brik de leche que explota con un sonoro «plop». Nadie le recrimina nada: la gente se divide entre los que graban videos a cierta distancia y los que huyen, y eso es todo. Parece una película con decenas de extras.

Ve una puerta abierta y entra. El corazón le late tan fuerte que lo siente en los ojos, como un parpadeo muscular empachado de oxígeno. Respira. Cierra la puerta sin pedir permiso, se da la vuelta y observa lo que está sucediendo al otro lado del cristal.

Más antidisturbios. Princesas corriendo, huyendo de ellos o destrozando el mobiliario urbano. Hombres arrodillados, intentando volverse invisibles. Cristaleras rotas. Papeleras por el suelo, descuajadas de raíz. Coches con los intermitentes encendidos y la carrocería combada como plastilina. Mujeres saltando sobre ellos, con el puño en alto. Pequeños incendios. Placajes. Detenciones.

No puede ver si Bruno ha conseguido recuperar a Donovan.

—Tienes miedo, ¿eh? —dice una voz.

Garbo se gira y descubre dónde está. Es una peluquería. Hace un cálculo

rápido: dos chicas con uniforme, jóvenes; tres señoras que seguramente superan los sesenta años; un chaval con una escoba. Territorio amigo.

—Joder, se ha montado gorda ahí fuera —responde.

Quien le interpela es una de las mujeres mayores. Tiene fragmentos de papel de plata en la cabeza.

—Os lo tenéis merecido. Todos vosotros.

—No digas eso —interviene otra de las mujeres—. El chico seguro que no tiene culpa de nada, y mira cómo están dejando la calle. Yo estoy en contra de esto.

—Pues a mí me parece bien. Ya era hora de que las mujeres hiciéramos algo.

—Cómo se nota que eres viuda.

Garbo no sabe si tiene que hablar o callarse.

Poco a poco, el ruido de fuera se mitiga. Parece que las Princesas se han desplazado a otra zona y han arrastrado con ellas a los antidisturbios. A través del cristal se ven algunas personas heridas, pero de poca gravedad: contusiones, brechas superficiales, rasponazos. Los coches empiezan a moverse. Antes de salir de la peluquería, Garbo hace una pregunta general al público, como un test.

—¿Por qué nos lo tenemos merecido?

La primera mujer sonríe mientras su cabeza devuelve los reflejos naranjas de un coche de bomberos.

—Revisa tus privilegios, chico.

El aire huele a gasolina. Aguirre está apoyado sobre la puerta del copiloto del coche de Ramos, que se acerca desde el fondo de la calle. Garbo los saluda discretamente, levantando la mano.

—¿Y el resto? —pregunta Aguirre.

—No lo sé —dice Garbo—. Podemos esperar un poco más.

Ramos se acerca maldiciendo.

—Vamos a matar a estas hijas de puta. Vamos a hacerles la vida imposible. ¿Se han creído que la calle es suya, que pueden hacer lo que les salga del coño? Vamos a meterlas en campos de concentración, os lo juro. Para follar, para chupar pollas, para todo lo que digamos que tienen que

hacer. ¿Habéis visto lo que han hecho? ¡Histéricas! ¡Zorras! No he pasado más miedo en mi puta vida, joder. El ministro de Interior va a tomar medidas, estoy seguro. Menos las niñas y las viejas, el resto a comerme el rabo. Las viejas, a residencias. Y las niñas con cuidado, que están muy espabiladas. Bajo vigilancia. Con correas, como los perros. ¿En qué puto mundo vivimos?

Eso mismo se pregunta Garbo.

Unos metros más lejos aparece Bruno, que sujeta a Donovan por la axila, ayudándolo a caminar. Aguirre les hace señas para que se aproximen. Donovan está bastante mal. Tiene los dos ojos cerrados, hinchados como pelotas azules, sangre reseca en la boca y una cojera notable. La camisa de Bruno está hecha trizas. Cuando alcanzan el coche, Garbo comprueba que tiene la cara desfigurada por múltiples heridas. Probablemente tiene los pómulos infectados y necesite puntos.

—¿Vamos al hospital?

—No es necesario —balbucea Donovan—. A casa de Hugo. Seguro que está esperándonos ahí.

El grupo monta en el coche. La casa de Hugo está lejos, pero recuperarse en ella les parece la mejor idea posible. Ramos, al volante, no deja de blasfemar, lo que puede inferirse por la intensidad de los rezos de Aguirre: «Perdónalo, padre, porque ha pecado. Y porque sigue pecando». A lo lejos, la batalla continúa: oyen cómo la policía realiza una serie de peticiones a través de los megáfonos y cómo la multitud responde con gritos. El centro de la ciudad es un caos. Cuesta conducir. Algunos coches siguen parados en mitad de la calle y otros circulan a una velocidad exagerada, sin atender a las indicaciones de los agentes ni a los semáforos, como si las reglas de tráfico estuvieran suspendidas.

De repente, cuando entran en una arteria principal sin atascos y Ramos acelera, se cruzan con un grupo de Princesas que tratan de cortar la calzada. Doce, quince. Tal vez más. Los coches de delante frenan sin aviso. Ramos gira el volante y se escurre por el carril de la izquierda, pisa el acelerador, se salta una señal de stop, derrapa, maldice su vida y vuelve a girar el volante para no perder tracción.

Se oye un golpe seco junto a la puerta del copiloto.

Ramos aprieta el pedal.

—¿Qué ha pasado? —grita Bruno.

Nadie dice nada. Garbo mira hacia atrás, achicando los ojos para enfocar hacia la montonera de cuerpos femeninos apilados que, según se alejan, son cada vez más pequeños, más pequeños, más pequeños.

Uno de ellos, en el suelo, no se mueve.

24

Celebramos el cuarenta cumpleaños de uno de mis mejores amigos. Como él dice: «Lo grave es que estoy tan cerca de los veinte como de los sesenta». No le falta razón.

Najwa iba a venir conmigo, pero dice que le duele la espalda.

Me pregunto por qué.

El Estado Fállico se ha tomado una semana de descanso. Después de la algarada de la última vez, lo merecíamos. Hugo nos recibió en su casa con tabaco, alcohol y bocadillos. Nos contó que había conseguido escapar fingiendo un retraso mental severo, lo que provocó numerosos chistes y relajó el ambiente. Hugo es bueno con las imitaciones. Mientras merendábamos, pusimos la televisión: todas las cadenas se hacían eco de los disturbios, matizando determinados bulos que habían corrido por las redes sociales y subrayando el conflicto inminente al que la sociedad estaba expuesta. No: nunca se sodomizó a ningún varón. No: no se ató a nadie a un poste. No: los bancos no se vieron afectados, no hubo robos, no hubo secuestros.

El grupo festejaba la supervivencia con champán y jamón, pero yo estaba inapetente, consumido por la angustia. Lo único que quería saber era si la Princesa a la que habíamos golpeado con el coche estaba bien, o si habíamos cruzado una línea que me superaba. Esperé cada nueva noticia con el corazón encogido, imaginando mi reacción ante las palabras *muerta*, *víctima* o *fallecida* entre las risas apáticas de mis compañeros, hasta que al final, en una

última hora que se me hizo eterna, un reportero anunció que una joven de veinte años había sufrido heridas de diversa gravedad por el impacto de un vehículo. Estaba despierta y cabreada. Viviría. El incidente se estaba investigando. Después de aquello respiré, y pensé por primera vez en abandonar el grupo. A fin de cuentas, ¿no había cumplido todos mis objetivos? Quería provocar a las mujeres: hecho. Quería cabrearlas tanto que pasaran de la resistencia pacífica a la acción violenta: hecho. Quería que la lucha feminista se convirtiera en algo solemne: una conquista radical, respaldada por la fuerza, defendida por milicias que no aceptaran el *statu quo* y promovieran una modificación de los roles históricos: hecho. O, por lo menos, eso estaba pasando. Las Princesas se multiplicaban. Recibían apoyos de todo el mundo. Mi trabajo había terminado. ¿Qué más podía hacer? ¿Seguir reuniéndome con esta banda de misóginos irrecuperables? ¿Seguir mintiendo a todos los que quiero? Decidí que renunciaría unos días más tarde, pasada la efervescencia de la euforia, cuando bajara el subidón, para no tener que dar explicaciones.

—¿Estás bien? —me pregunta el hombre del cumpleaños.

Respiro con dificultad, con los pulmones llenos de interrogaciones.

—Sí. Algo cansado, nada más. ¿Queda vino?

Me siento fuera de lugar. Llevo una doble vida de la que nada saben mis amigos, la gente con la que he crecido, las personas de mi máxima confianza, ni por supuesto mi novia. Esto es sintomático: si le he ocultado a Najwa lo que estoy haciendo es porque me avergüenzo de lo que estoy haciendo. Es como vivir en una ficción. Soy incapaz de sacar un solo tema o de participar en un diálogo. Me muevo como un insecto invisible entre los hombres, que están hablando de sus dificultades para conciliar el sueño, los niños, que corretean descalzos desde el chiquipark hacia las croquetas, y las mujeres, que se han sentado en círculo para dar el pecho a los bebés. Soy el otro, lo residual, el verso con mal ritmo.

—No tienes buena cara.

Lo dice con amor, con la sinceridad que nos permiten más de veinte años de noches en vela y borracheras incómodas. No tiene ni puta idea de lo preciso que es su análisis.

—Voy a por vino —le digo.

El miedo es contagioso: salta de uno mismo a los otros por el aire, como un virus.

Decido acercarme al grupo de mujeres para averiguar si están hablando del único tema que me interesa. ¿Suscribirán todo lo que está pasando? ¿Estarán indignadas por la violencia? ¿La crianza las habrá vuelto inmunes al sonido del mundo? No he vuelto a verlas desde aquel mediodía en que convertí una apacible reunión social en una bronca fabulosa, así que no descarto que quieran evitarme.

Su conversación es casi un susurro colectivo, porque participan todas pero lo hacen con la voz muy baja, como si no quisieran molestar a los bebés que cuelgan de sus brazos o ser oídas por el resto. Me sitúo a una distancia razonable, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, para que noten mi presencia sin sentir que deben incluirme.

—A mí intentaron violarme en el baño de un bar. Con quince años.

—Mi tío me manoseaba en las comidas familiares, con mis padres delante, que no se enteraban de nada. O eso quiero creer.

—No conozco una sola mujer a la que no le haya pasado algo.

Soy incapaz de distinguir quién dice qué. Es un murmullo monocorde, sin compasión, un registro de accidentes y miserias, de vejaciones y crímenes. Parece el coro de las desposeídas, el despacho de un fotógrafo que amontona, una sobre otra, con la tristeza del hábito, docenas de imágenes cotidianas que nadie quiere mirar, porque ya no importan, o porque son antiguas, o porque hay fotografías nuevas, con niños, con juguetes. Todos los colores son el mismo.

—Más de una vez me han hecho arrepentirme de la ropa que llevaba. Me han jadeado en la oreja mientras se rozaban, me han agarrado un pecho aprovechando una multitud, me han intentado besar sin mi consentimiento. También me han insultado por rechazar una proposición. Me han insistido, coaccionado y chantajeado para hacer algo que me resultaba incómodo o que no me gustaba. En el trabajo, me han obligado a vestir de cierta forma, a ser agradable con los que se estaban pasando de la raya. Cuando voy por la calle sola, siempre estoy alerta. Evito ciertas rutas porque me siento vulnerable. Y

todo esto desde los once años, desde que tuve tetas, si es que aquellos bultos pequeños eran tetas, aunque lo eran para ellos, desde luego, y no porque me lo dijeran, no les hacía falta, bastaba con mirarme así, de forma obscena, convirtiendo mi cuerpo en un objeto. Lo aprendemos desde niñas: están en su derecho, cualquier corro de hombres tiene legitimidad para decirle todo lo que quiera a una mujer que pasa, da igual su edad, da igual cómo se sienta. Los protege una jurisdicción histórica. Y cuando asumes que puedes decirlo todo, no tardas en asumir que también puedes hacerlo todo. De eso se trata. Es una pirámide perfecta.

No hay ira en sus palabras. No levantan la voz. Su resignación me insulta. Mi garganta se abre sin control, sin dejar espacio para el pensamiento, ofendida de manera egoísta porque la gobierna mi riguroso sentido de la ética, el único válido, el que tiene todas las respuestas. No es mi boca: es la boca de un hombre ejerciendo su papel de hombre. Soy un estúpido que rompe a hablar cuando nadie lo pide.

—¿Qué coño estáis diciendo? ¿Estáis haciendo terapia? Esto no es un club, joder. Estáis normalizando la violencia contra las mujeres, haciendo equipo. Yo te cuento mi mierda y tú me cuentas la tuya, y así nos desahogamos. ¿Por qué estáis tan tranquilas? ¿Por qué no os levantáis de una puta vez y hacéis algo al respecto? Esto es una vergüenza, joder. Deberíais sentir rabia. Deberíais salir a la calle y cortar la cabeza a cada hombre que os haga sentir mal, o inútiles, o agujeros en donde meterla. No podéis dejar pasar ni una. ¡Ni una! ¿Cómo es posible que habléis con tanta naturalidad de esto? Es injusto. Es injusto y es peligroso. Estáis completamente equivocadas.

En mi fantasía, la arenga incendiaba los ánimos. Ellas me daban la razón, me aplaudían. Me abrazaban con fuerza. «Bien dicho», gritaba una con lágrimas en los ojos. «Por fin alguien sabe lo que hay que hacer.»

Sin embargo, mis palabras generan una reacción emocional distinta. Inesperada. Me miran en silencio, como si viviéramos en lenguas diferentes, como si estuviéramos compuestos por sustancias irreconciliables. Y por primera vez desde que las conozco reaccionan de forma simultánea, sin pacto previo. Se levantan despacio, una a una, desalojan el círculo, se alejan con

sus niños y sus historias de terror, ignorándome sin delicadeza, sin parpadear, erguidas, llenas de asco.

Me quedo solo. El tiempo se detiene.

Veo la cara de Najwa como los místicos veían el rostro de Dios, entre brumas, esperando la verdad que debía ser revelada.

Esto soy yo.

Esto soy yo explicándole a una víctima cómo dejar de serlo.

Esto soy yo explicándole a una mujer lo que es una víctima.

Me ahogo. Me ahogo en mis propios pensamientos. Llevo meses hablando en nombre de terceros. Necesito aire. Corro entre las mesas, sin prestar atención a mis amigos, ni a sus hijos, ni a las sillas. Empujo una bandeja de comida, que vuela por la sala y forma un arcoíris de queso y panecillos. Necesito aire. Salgo. Desaparezco.

El piloto rojo se dispara: yo tampoco distingo los colores.

Mis pies se mueven tan rápido como los impulsos eléctricos de mi cerebro. La calle se convierte en una pista de atletismo, pierdo la visión periférica, me concentro en un punto lejano del horizonte. El corazón me baja al estómago, y de ahí al intestino.

Mírate. Eres tu propio resumen de crímenes: ahí están las bromas sexuales, la usurpación, los silencios cómplices, todas las veces que no has escuchado lo que te decía una mujer, tu condescendencia. Ahí estás, usando la magnitud de tus conocimientos para volver al pecado original, sintiendo el poder que ejerces sobre ellas cuando hablas, disfrutándolo: «Quiero que me obedezcas, quiero controlarte, quiero educarte. Quiero usar lo que sabes en mi beneficio». No has sido un aliado, sino un hostigador. Tu liberación cognitiva es un fraude. Has dejado de mirar a los hombres, cuando era sobre ellos donde debías situar el peso bruto de tu testimonio. Has dejado de mirarlos porque los hombres nunca son objeto. Has dejado de mirarlos porque los hombres son el sujeto de una frase que llevas pronunciando décadas, de la que tú siempre has sido el verbo.

Así que mírate.

Paro de correr cuando noto cristales en las piernas. Me tumbo en el suelo, boca arriba, intentando abrirme las costillas para dejar espacio a los

pulmones.

Me mareo.

Y antes de perder el conocimiento, porque sé que lo voy a perder en uno, dos minutos, oigo cómo respiran a mi alrededor, cómo intentan moverme, cómo llaman por teléfono a los paramédicos. Muevo una mano para decirles que estoy bien, que no me pasa nada. Solo necesito aire. Un poco de espacio. Algo de tiempo para admitir que me he comportado como un monstruo, y que por tanto, dado que ya no puedo corregir esta monstruosa realidad, esta montaña de contradicciones que han terminado por convertirse en la definición exacta de mi culpa, es justo que le devuelva al mundo todo lo que le he quitado, es justo que me señalen y que me persigan, y que mi último acto de responsabilidad sea, he dictado sentencia, ser el monstruo.

Hacer de mí un ejemplo, un símbolo, un molde que romper.

Cuando me levanto no soy yo, ni él es Garbo.

TERCERA PARTE

25

Antes de que la Tregua despejara las calles y aliviara la tensión que se había apoderado de la convivencia, la ciudad, las ciudades de todo el país padecieron una oleada continua de ataques espontáneos, manifestaciones, saqueos, barricadas, agresiones anónimas, incendios y secuestros.

A estos meses se les dio el nombre de Revolución Quemada.

Las mujeres, sencillamente, tomaron la iniciativa. Las Princesas ganaron para su causa un número incontable de efectivos, adscritos a posturas más o menos radicales, que implementaron una rutina diaria de violencia sin transiciones con la etapa anterior: algunos barrios se convirtieron en zonas de guerra de la noche a la mañana, porque no existía un núcleo organizado que estableciera los parámetros de actuación, sino un cúmulo de células independientes que participaban en ella como los músicos de una *jam session*, improvisando, sí, pero con una melodía subyacente que todas escuchaban. Querían hacer ruido y hacer daño, y demostrar que unidas eran capaces de pausar y arrinconar la manera antigua de mirar el mundo. La batalla no se vivió igual en los barrios ricos que en los barrios pobres, o en las ciudades que en los pueblos, desde luego, pero el discurso de fondo era el mismo, y sus consecuencias, por contagio, idénticas. La prensa intentó especular a su manera, con programas y artículos que censuraban la violencia de las agresoras y aplaudían el coraje de los hombres que les hacían frente, aunque crecieron, también, los medios que hacían suyo el mensaje revolucionario. Se habló de «guerra civil», de «estado de sitio». En ámbitos

más conservadores, de «furor uterino». Como sucede siempre que se legaliza una determinada droga en un país sancionador, que responde aumentando el consumo durante los primeros meses antes de que caiga y se estabilice, hubo un pico importante de violencia machista que duró cien días: muchos hombres, indignados con la situación, la emprendieron a golpes con sus mujeres, con sus hijas, con sus vecinas, buscando, tal vez, equilibrar la balanza de las víctimas; pasado ese lapso, señalados por el entorno, perseguidos y conscientes de que la respuesta de la oposición era cada vez más numerosa y más cruenta, sus agresiones descendieron por primera vez desde que se tenían datos estadísticos. La Iglesia se pronunció con severidad, excomulgando a mujeres del ámbito público por decenas, hasta que un obispo apareció desnudo, depilado y esposado en el pórtico de la catedral, con el cuerpo cubierto de amenazas escritas con tinta roja, sobre una escenografía inolvidable: cientos de páginas, de fotos, de archivos que listaban los crímenes históricos del clero contra las mujeres. Brujería, inquisición, exorcismos, maltrato, violaciones, silencio. Hubo más. A partir de entonces la Iglesia se dedicó, con su proverbial reserva, a rezar por el alma de las pecadoras. Las listas, sin embargo, afluyeron: se divulgaron nombres de maltratadores y violadores, empresarios y personalidades que habían acosado u hostigado a sus trabajadoras, deportistas de élite vinculados con las redes de trata. Sucedió de repente, de forma natural, que las mujeres empezaron a contarlo todo. Con nombres y apellidos, inventariando los insultos, las palizas y las violaciones, dando la cara con cierta vergüenza, al principio, pero más tarde arropadas por una convicción que las hacía parecer invulnerables, despojadas de culpa, concentradas en poner sobre los agresores el peso de su historia. Se destaparon miserias de hacía años, abusos, despidos improcedentes, manoseos. Uno de cada dos hombres estaba en una página, en un periódico, en una nota de prensa. Y cuanto más extenso era el catálogo de aberraciones, cuanto más sórdido el registro de injusticias, tanto más se despojaban ellas de las máscaras de Princesas.

Existía una política de humillación constante, sin delitos de sangre ni exceso de brutalidad, salvo en casos concretos. Más de un varón murió como consecuencia de un infarto, sí; uno o dos se precipitaron, en su huida, por las

escaleras, sí. Accidentes, en su mayoría, según los informes. Excepto ese grupo de jóvenes que aparecieron llenos de heridas y moratones en la plaza de su pequeño pueblo, atados y amordazados. O ese profesor de universidad, aficionado a morder lo que no debía, al que le extrajeron varios dientes. O ese médico al que le rompieron todos los dedos de las manos. Frente a estos desórdenes eventuales, llevados a cabo por justicieras con una historia personal muy específica, el grueso de las acciones se distribuía en tres grandes bloques. En primer lugar, la guerra callejera, que afectaba tanto a grandes ciudades como a municipios de medio tamaño o núcleos de población minúsculos: destrucción de mobiliario urbano, asedio a empresas con superávit de hombres en puestos de dirección, cortes en las infraestructuras y represalias contra los defensores del Estado Fálico. En segundo lugar, la dronificación del conflicto: ataques estudiados y planificados con precisión quirúrgica contra objetivos particulares, generalmente hombres con poder político que repudiaban, por sus declaraciones o sus actos, los problemas derivados del levantamiento de las mujeres; a estos solía compensárseles sus posturas con todo tipo de escraches, desde el baño de pintura roja hasta el embellecimiento creativo de su coche, la rotura de su cristalera o la serenata diaria frente a su ventana. En tercer lugar, la propaganda y la reivindicación política: además de las listas y las denuncias, cada vez más numerosas, las autoproclamadas líderes de la insurrección divulgaron, en medios nacionales e internacionales, una serie de demandas básicas para decretar el fin de la violencia y empezar un proceso de diálogo que, con el tiempo, pudiera construir un espacio de tolerancia y respeto mutuo. Se desconoce el proceso interno que derivó en la aparición, sin máscaras, de esa docena de mujeres tan distintas las unas a las otras en televisión, aunque sería razonable anticipar que no fue sencillo de llevar a cabo, debido a la aparente multiplicidad y los diversos frentes que constituían el movimiento; pero fue, de hecho, una de sus primeras lecciones: el orden jerárquico, la ilusión del equilibrio, de un sistema regulado por estructuras cerradas, formaba parte del universo que pretendían disolver. El patriarcado fue incapaz de comprenderlo. Las demandas abarcaban un amplio espectro de solicitudes. Algunas eran de carácter práctico, como la eliminación inmediata

de la brecha salarial, la reforma íntegra de la ley de violencia machista, cuyo pilar era trasladar la escolta de las agredidas a los agresores, o la obligación de incluir a todos los varones en las bajas por maternidad, para erradicar la discriminación por género en el ámbito de la empresa; otras, de carácter simbólico: la enmienda del Diccionario de la Real Academia, con el fin de extirpar toda aquella consideración que vinculara lo femenino con lo delicado, lo débil o lo suave; o el compromiso de revocar en el futuro el género neutro y desplazarlo, en todos los plurales que abarcaran a hombres y mujeres, por escrito, hacia la terminación en «xs»; las más complejas de explicar obligaban a replantear modelos fuertemente interiorizados en la sociedad y en el imaginario de la época, como la revisión del modelo de salud femenina en la sanidad pública, la investigación científica y farmacéutica vinculada a la sexualidad de las mujeres, la reproducción y la maternidad, las cuotas obligatorias en todos los espacios de producción, públicos o privados, o el establecimiento de un cuerpo de seguridad específico, formado exclusivamente por mujeres, que velara por los derechos y las necesidades constitucionales de las mujeres.

El Estado reaccionó en dos tiempos. Al principio trató de intervenir como si la situación fuera excepcional y transitoria, aumentando el número de dispositivos policiales en las ciudades importantes y reduciendo, por la fuerza, cualquier actividad fuera de la ley. Pronto comprendieron dos cosas: que no había agentes suficientes para cubrir todo el territorio nacional y que ni la fiscalía ni las cárceles podían soportar el número de detenciones y denuncias que se producían a diario. Según las estadísticas, por cada mujer que entraba en prisión, dos ocupaban su lugar en las calles. Los grupos de hombres, que al principio habían peleado contra las Princesas de forma desorganizada, se vieron superados y empezaron a desaparecer, llegando incluso a declarar públicamente su arrepentimiento y sumándose a las filas de sus antiguas rivales. Esto obligó a tomar medidas: se decidió convocar al ejército. Pero, en una inusual declaración que se televisó en directo y dio alas a las mujeres, el jefe del Estado Mayor se declaró en rebeldía, no aceptó el requerimiento del Gobierno y propuso una interrupción de actividades de tres meses, con servicios mínimos, para que se encontrara una alternativa. A raíz

de esto, el noventa por ciento de las mujeres dadas de alta en la Seguridad Social se sumaron a una huelga histórica, y el país, por completo, se detuvo. Muchos negocios cerraron. Los hospitales y los colegios, sobrepasados por el hundimiento del número de trabajadores, comenzaron a aceptar, en contra de la postura defendida por la administración, las solicitudes de las mujeres. La prensa internacional se hizo eco del desastre. El presidente se escondió. Los ministros eran incapaces de dar explicaciones. La atmósfera se volvió irrespirable: auguraba un motín popular masivo, probablemente trágico, del que nadie sabía cuál podía ser el desenlace. Y entonces, sí, el Congreso de los Diputados, sin el apoyo de sus miembros más reaccionarios pero por amplia mayoría, en una jornada excepcional que duró casi treinta horas, abrió un canal de comunicación con las líderes de la Revolución Quemada, sin condiciones ni amenazas, para paliar el desplome económico e inaugurar una época nueva basada en la igualdad, la paridad y la justicia. Se decretó una Tregua indefinida. Ellas formalizaron un partido político de sesgo exclusivamente feminista, sin la ambición de gobernar *a priori*, sino para servir de micrófono y enlace con las necesidades, tantos siglos ignoradas, de más de la mitad de la población. Su hoja de ruta era implacable, pero las condiciones excepcionales en que estaba inmerso el país obligaron a una convocatoria adelantada de elecciones que situó a las Princesas como cuarta fuerza política y convirtió su insólita aparición en la clave para la formación de gobierno. A esas alturas, todos los politólogos y especialistas coincidían en su diagnóstico: para gobernar, era indispensable contar con el apoyo del partido de las Princesas.

Las conversaciones duraron semanas, pero se formó gobierno. Las Princesas contaban con apoyo popular y con un número considerable de escaños en el Parlamento, y al cabo de varios meses se modificó la Constitución de acuerdo con la mayoría de sus demandas. Se declaró la amnistía para todas las mujeres del movimiento que permanecían en prisión. Los contenedores, que todavía eran objetivo habitual del sector más escéptico de las Princesas, dejaron de arder. Los colegios descartaron continuar incorporando agentes de seguridad en las puertas de entrada. La paz llegó despacio, cuando le hicieron hueco.

El país entró en una nueva era.

Sin embargo, el Estado Fálico, activo todavía en la ciudad donde lo imaginaron sus primeros miembros, como un residuo que se negaba a aceptar el cambio incontestable de la sociedad, y arrogándose, mediante comunicados y pequeñas operaciones subversivas, el título de Resistencia, no entregó las armas.

Creían que podían ganar la guerra.

Solo esperaban el momento oportuno.

26

Vergo y sus compañeros se esconden en un piso del centro, pequeño, viejo, con un solo cuarto de baño. Duermen en literas y se turnan para cocinar y ducharse. Desde el comienzo de la Tregua ya no necesitan bajar de dos en dos para hacer la compra, ni se preocupan por el estado de los coches de que disponen. Se comportan como un comando que duerme. De cara a las vecinas, son un grupo de trabajadores *freelance* con distintos turnos, contratados por una empresa de reformas, lo que sirve de explicación para sus extraños horarios. No ponen música, ni organizan fiestas, ni llaman la atención.

Hablan siempre muy bajo.

—Todavía tengo miedo cuando voy por algunos sitios —dice Ramos mientras aliña una ensalada—. Ayer por la noche, al volver a casa, se me ocurrió atajar por la calle estrecha, la de la izquierda. Quería llegar cuanto antes. Y joder.

—¿Te reconocieron? —pregunta Bruno.

—No. Pero me sentí observado. Había un grupo de mujeres a la puerta de un bar, fumando. De mi edad. Yo bajé la cabeza, pero sentí perfectamente cómo me miraban. Todas. Si llegan a reconocerme, dudo que hubiera podido escapar.

—Putas revanchistas, putas vengativas... —dice Donovan.

Aguirre deja de cortar el pan y mueve las manos en el aire, llamando la atención de los demás sin elevar la voz.

—¡No digas esas palabras! ¿Estás loco? ¿Quieres que nos oigan, imbécil? ¿Quieres que se den cuenta de quiénes somos y lo que estamos haciendo?

—¿Y qué quieres que haga? —protesta Donovan—. ¡Lo siento! Lo siento mucho. Pero me está costando, ¿vale? Me habéis quitado la mitad de mi... de mi...

—«Vocabulario» —dice Ramos—. Tranquilo, chaval. Sé cómo te sientes. Y tú, curilla, a ver si te relajas. Hablamos tan bajo que casi me cuesta oír mis propias palabras, así que no exageres.

—Solo digo que tenemos que proteger el piso. Comportaos, os lo suplico. Yo soy el que baja al supermercado casi todos los días. ¿Creéis que no las oigo hablar, que no me miran con suspicacia? Lo hacen, claro que lo hacen: me parezco mucho a esa fotografía de mí mismo que está en internet. Pero si dicen algo, sonrío y sigo con mis cosas. Y no pasa nada. Estamos en Tregua.

—Me duelen los dientes de tanto sonreír —dice Donovan.

Bruno lo anima con un golpe en el hombro. Echa de menos los bares de ambiente gay y su colega es lo único que lo mantiene cuerdo. Han perdido forma física, porque ya no visitan el gimnasio, pero todavía son el músculo del grupo y comparten su antigua complicidad. Aguirre y Ramos, por el contrario, están consumidos, terriblemente delgados, con enormes ojeras y sin afeitar desde hace tanto tiempo que les cuesta reconocerse en el espejo. Les viene bien para moverse en público, de cualquier modo.

La puerta suena: dos, uno, tres.

Es la clave.

Cuando Bruno abre, Hugo cae en sus brazos.

—Gracias, gracias... —susurra, entre toses, con el rostro ceniciento.

—¿Qué ha pasado?

—Casi... casi me pillan. La Gucoño.

Aguirre vuelve a mover las manos.

—¡No la llames así! Es la «Guardia Constitucional Femenina». La GuCoFe. ¿Es que hablo para sordos?

Entre todos, mueven las sillas para dejarle aire y espacio a Hugo. Se tumba en el sofá, con las piernas en alto, sobre el apoyabrazos. Esperan a que recupere el aliento. Aguirre lo abanica con un periódico de hace días. En

portada: «Europa toma nota».

—Ha sido un error... No se lo contéis a Vergo, por favor.

—¿Qué has hecho esta vez? —pregunta Ramos.

—Estaba reunido con uno de nuestros contactos... El actor, ya lo conocéis. Hemos cerrado el próximo paquete, día, hora y lugar. Todo en orden. Pero claro, también nos hemos tomado un par de copas, para desahogarnos. Como en los viejos tiempos. Quizá alguna más. Llevaba el bigote falso, eh. Me he sentido seguro. Y antes de salir me he cruzado con un par de chicas jóvenes...

—No...

—¿Qué has hecho? —pregunta Aguirre.

Hugo no responde.

—¿Qué coño has hecho, enfermo de los cojones? —insiste Bruno.

—Yo... Joder, no sé cómo ha pasado... Ha sido el alcohol, os lo juro... Y tampoco ha sido para tanto. Han pasado delante de mí y...

—¡Habla de una jodida vez!

—¡No me acuerdo bien! ¿Vale? Les he dicho alguna cosa. «Tenéis la boca perfecta para comerme el rabo» o alguna mierda así. Me ha salido sin querer. ¡Era un puto cumplido! Total, que en cero coma tenía a un montón de tías encima, haciéndome fotos, acosándome, echándome del bar a patadas. Y alguna ha debido de llamar a la GuCoFe, la madre que la parió, porque mientras me alejaba he oído la sirena, la puta sirena de siempre, que cada vez que la oigo se me suben los huevos al cuello, y ha aparecido un coche, y han salido dos gucofers enormes, del tamaño de Donovan, y yo he salido corriendo que no sabía ni dónde estaba, joder, si solo ha sido una broma, yo qué sé... No se lo digáis a Vergo, por favor.

—¿Te han pillado? ¿Te han reconocido? —pregunta Aguirre.

—¡No! ¡Para nada!

—Puto bocazas de mierda... —protesta Bruno.

—¡Os prometo que no!

La puerta del despacho se abre, silenciando los gemidos de Hugo. Es la única habitación en la que nadie entra sin permiso.

Vergo tiene una cicatriz que empieza en el labio superior, cruza su mejilla

derecha y le llega hasta el ojo. Todos los días se afeita la cabeza, dándole un aspecto de presidiario hostil, acostumbrado a no ver la luz del sol, sin compatriotas. En su pecho, el tatuaje de un pene descomunal: los testículos, dibujados como granadas de mano, flotan a ambos lados de su ombligo, el tronco se levanta a lo largo de su estómago, y el glande, puntiagudo y en forma de flecha, con el vértice manchado de sangre, alcanza su garganta, justo por debajo de la nuez. En su espalda, dos mujeres arrodilladas, con la boca en el suelo y el culo en pompa, besan los pies de una figura masculina indistinguible, de brazos abiertos, que bien podría ser él mismo. Cojea ligeramente y tiene las uñas negras.

Todos sus compañeros le deben la vida, y él ha pagado las consecuencias. Es una de las razones por las que aceptaron no volver a llamarle por su antiguo nombre, Garbo. De aquello hace mucho tiempo.

—¿Todo bien con el actor? —pregunta.

Ninguno dice nada. Hugo asiente en silencio.

—¿Cuándo tendremos el material?

—El jueves... A medianoche. En el edificio.

Vergo asiente y los invita a sentarse alrededor de la mesa. Tiene algo de chamán y de médico: podría convocar la lluvia o definir un cáncer con la misma expresión adusta, flemática, sin misericordia. El grupo lo obedece por inercia.

—Sé que ha sido difícil —empieza—. Todo lo que nos pasó antes de la Tregua, las peleas, las heridas, las cicatrices... Todavía nos estamos recuperando, y de algunas cosas no nos recuperaremos nunca. Hemos dejado atrás nuestra vida, nuestras familias, nuestros trabajos. Vivimos en una casa de mierda. Apenas tenemos financiación. Sé que te duele no ver a tus hijos, Aguirre, y sé que tú, Donovan, echas de menos a tus padres. Sé, también, que estáis preocupados por el futuro: he repartido las tareas de forma individual, sin apenas informaros, exigiendo vuestra complicidad y vuestro silencio, y ahora mismo ninguno de vosotros sabe en qué están trabajando los demás, ni si su esfuerzo tiene algún valor. Disculpadme. No lo he hecho así por desconfianza, sino por seguridad. Confío en todos y cada uno de vosotros. Pero quería proteger la información para que, en el caso hipotético de que

fuerais descubiertos o, en el peor de los escenarios, capturados por el enemigo e interrogados, nuestro plan pudiera seguir adelante. Y digo «nuestro» porque no es mío, aunque el arquitecto haya sido yo. Es nuestro porque compartimos una idea común, una visión del mundo. Es nuestro porque vamos a poner nuestra vida al servicio de una causa que nos supera.

Ramos está a punto de llorar. El resto contiene la emoción como puede.

—Entonces, ¿todo esto, esta casa, esta vida de parias, este miedo constante a ser quienes somos, a salir a la calle, tiene un sentido? ¿Hay un futuro?

Vergo sonrío. Le falta un diente. Dos.

—Por supuesto. Os prometo que vamos a recuperar lo que nos corresponde. Porque es nuestro. Porque siempre será nuestro. Porque si no es nuestro, no será de nadie.

Najwa entra en el despacho sin titubear. No le impresionan los retratos que cuelgan de las paredes, ni el recargado escritorio de madera, ni la alfombra persa, impoluta, que amortigua el sonido de sus pasos. Sus compañeras esperan en otra habitación, con los ministros y los delegados, porque esta reunión debe ser privada. El presidente y ella, nadie más. Todo el trabajo previo está hecho, y ahora solo falta mirarse a los ojos, confirmar los compromisos con un apretón de manos y hacer públicos los documentos oportunos. Escenificar, porque el teatro también es política.

—¿Café?

—Prefiero Red Bull. Si tiene. Me cuesta arrancar por las mañanas.

—Como a todos.

El presidente es un político profesional, un ajedrecista bregado en el cálculo de posibilidades y la anticipación, y aunque debe admitir que al comienzo de la crisis cometió el error de infravalorar el alcance del conflicto, y que actuó de forma precipitada, tal vez mal aconsejado por sus asesores, ahora mismo la reunión con Najwa le parece una oportunidad extraordinaria para perpetuarse en el cargo, ganarse la admiración de un buen número de votantes y aumentar su popularidad. Incluso más allá de las fronteras: dirigirá el primer gobierno occidental que propugne una política de igualdad inapelable, revolucionaria, que se estudiará en los libros de historia del próximo siglo. No obstante, a su juicio, quedan todavía algunos flecos que cortar para que el mapa sea, en la medida de lo posible, perfecto. Ese es el

motivo de este encuentro.

—Según la prensa, todavía estamos en Tregua —dice.

—Lo sé.

Más allá del despacho, y del resto de despachos, y de todas las personas que aguardan expectantes a que termine la reunión, a tres o cuatro kilómetros de Najwa y del presidente, las primeras furgonetas de hombres llegan a un viejo edificio, que antes, en otra época, cuando el papel tenía importancia, albergaba una de las mayores imprentas del país.

—Hemos introducido prácticamente todas las demandas que nos presentaron, y algunas de las que propusieron por su cuenta los grupos parlamentarios, en la nueva Constitución. La Real Academia ha modificado los términos que resultaban ideológicamente trasnochados. Ayer mismo vi un partido de primera división arbitrado por una mujer, lo que está empezando a ser habitual para la hinchada, si me permite la frivolidad. Es cierto que algunos de los temas más complejos, los económicos, se están retrasando, pero a final de año todas las empresas se habrán adaptado al nuevo modelo. Aunque todo esto usted ya lo sabe, por supuesto. Lo que quiero decirle es que, por parte del Gobierno, hay un compromiso firme por seguir adelante, trabajar juntos y establecer un marco de convivencia duradero. ¿Está usted, están ustedes satisfechas?

¿Están satisfechas? Najwa hace un repaso mental de las microvictorias que han obtenido en este tiempo: las denuncias por abusos, maltrato o acoso sexual han bajado seis puntos, y lo siguen haciendo, gracias a las radicales políticas de visibilización de las consecuencias de la cultura del menosprecio y otras injusticias simbólicas: ya nadie se atreve a justificar o minimizar públicamente ninguna agresión contra las mujeres, y hacerlo es un delito; la gente ha empezado a entender que la violencia machista no es una consecuencia de la desigualdad, sino un pilar estructural del mundo que habíamos creado; se ha instalado una cierta normalidad en las calles, con mujeres que vuelven solas a casa sin sentir miedo, o sin cambiar el recorrido para evitar determinadas zonas; hay un fuerte sentimiento de pertenencia y de solidaridad, apoyado también por muchos hombres, que han comprendido, en su mayoría, hasta qué punto habían excluido, discriminado y desposeído de

sus derechos a las mujeres, dándoles un estatus de sujeto sin atributos iguales a los suyos; en los bares, en las zonas de fiesta, en los espacios públicos casi han desaparecido las situaciones de acoso; de hecho, la creatividad se está imponiendo: cada vez hay más locales que indican claramente si en ellos está permitido flirtear o si son espacios para consumir sin molestias; se han puesto de moda las pulseras de colores para indicar las preferencias sexuales, el estado sentimental y la apertura o no a establecer contacto, y el «No es no» ha sido interiorizado de forma masiva; el respeto se ha convertido en un mantra, porque muchos hombres han asumido el conflicto que suponía para ellos la autonomía de las mujeres y lo han interiorizado en positivo; la idea de «consentimiento» se ha reformulado, incluyendo en ella parámetros esenciales como la necesidad y la desventaja social; la brecha salarial se ha reducido, o ha desaparecido, en la administración y las pymes; las cuotas obligatorias han modificado el discurso de los medios de comunicación, de los congresos y de los festivales; el trabajo en el hogar se ha constituido como epígrafe dentro del Impuesto de Actividades Económicas y se remunera con el salario mínimo. La ceguera de género ha dado paso a un despertar, todavía exiguo, de hombres comprometidos con la revolución. Las mujeres tienen más dinero, gastan más y visten como quieren: la economía lo nota, y la moda está viviendo una transformación que no se recordaba desde que llegaron los pantalones vaqueros. Sí: están moderadamente satisfechas.

—Todavía queda mucho por hacer —responde.

El presidente mueve la cabeza con calma, dando a entender que sí.

—Desde luego. Y me gustaría que lo hiciéramos juntos.

Además de furgonetas, llegan coches. Aparcan donde pueden, porque el solar situado junto al edificio está lleno. Cuando apagan el motor, esperan. Las instrucciones son claras: no pueden coincidir más de dos hombres, al mismo tiempo, en los alrededores de la imprenta. Los ocupantes de los vehículos se bajan de uno en uno, mirando hacia el suelo, distraídos, como si estuvieran pensando en algo insignificante. Si ven a otro hombre, se entretienen para darle tiempo: se atan los zapatos, juegan con el móvil, se encienden un cigarro. La serenidad es clave.

—De todos modos —continúa el presidente—, hay dos o tres asuntos que

me gustaría resolver con usted, si le parece bien.

—Lo mismo digo. Para eso estamos aquí. ¿Qué quiere?

Al presidente le gusta que su interlocutora sea directa. A ella le molesta que él sea tan melifluo, pero desde que se quitó la máscara y su identidad se hizo pública, desde que asumió el desafío de ser la portavoz del movimiento que había ayudado a crear, estaba acostumbrada a las florituras y a la pompa, a las manos tendidas, a las sonrisas teatrales. Ojalá todo terminara pronto y pudiera delegar, y volver a su tesis, de la que apenas recuerda nada, y dejar de conceder entrevistas y de escuchar todas esas historias con que la abordan tantas mujeres por la calle, o en las terrazas, o en las redes. Pero lo duda.

—En primer lugar, me gustaría que la Tregua se convirtiera en un cese definitivo de las hostilidades. Por escrito.

—Hace tiempo que no usamos la violencia. Más o menos. Cuando el Estado Fálico hace algo, las mujeres simplemente responden. Hasta que paren.

—Cierto, cierto. Pero la sociedad necesita saber que la Tregua ha terminado, y no porque, cómo decirlo..., no hayamos llegado a un acuerdo, sino porque el enfrentamiento ya no tiene razón de ser. Queremos un país en paz, sólido. El Estado Fálico se ha convertido en una anécdota, en términos generales. Y creo que es fundamental decir que estamos unidos. Que estamos cambiando. Que vamos a cambiar todavía más.

—De acuerdo. Todo el mundo está esperando algo, un acto, no estoy segura. Desde que nuestros equipos empezaron a reunirse, no se habla de otra cosa. ¿Qué tiene en mente? ¿Una rueda de prensa?

—Quizá algo más festivo. Una celebración. Las encuestas dicen que la ciudadanía quiere un día histórico, y los medios de comunicación lo dan por hecho. Se están convocando desfiles para el próximo fin de semana, y deberíamos aprovechar la oportunidad para que lo celebren con nosotros. Ya me entiende. No exactamente con nosotros. Nosotros estaríamos en un escenario, en un lugar especial.

—Me parece bien.

—Hay un «pero».

—Lo supongo. De no haberlo, no estaría midiendo tanto sus palabras.

El presidente sonríe durante medio segundo.

—Las máscaras —dice.

— Qu  pasa con las máscaras?

—Nos gustaría que dejaran de usarlas. Todavía hay mujeres que las llevan. Mi sobrina celebró su cumpleaños hace unos días y todas sus amigas llevaban una. Es algo que nos preocupa.

—No lo entiendo.  Por qué?

—Porque representan un periodo, un... activismo, por llamarlo de alguna manera, vinculado con la violencia. Si vamos a entrar en una nueva etapa, deberíamos dejar atrás las fórmulas que nos recuerden lo que hicimos mal.

Najwa calla y piensa. Insin a que quiere fumar con gestos, aunque sabe perfectamente que no est  permitido. El presidente se levanta y abre una ventana.

—Si me da uno, yo no dir  nada —susurra.

Najwa da la primera calada:

—Escuche. Como suele decirse, entiendo su postura pero no la comparto. La respuesta es no. Rotundamente no.

El presidente fuma, también. Ella prosigue.

—Las sociedades se construyen en torno a símbolos que inciden en el imaginario, y esos símbolos son, a la vez, memoria y compromiso. Memoria de las conquistas que se lograron y compromiso por mantener los ideales que las originaron. Si a usted, o a su Gobierno, le molestan las máscaras, tendrá que aguantarse. Los católicos llevan cadenas con un señor clavado en una cruz y la cabeza abierta, no me joda. Disculpe mi crudeza. Estas máscaras no son cruces gamadas, no representan un principio totalitario, sino su opuesto: una aspiración democrática radical. Un ajuste que llevaba siglos de retraso. Nunca quisimos invertir los roles de poder, sino acabar con las relaciones de poder. Y no se preocupe, que si lo hacemos bien, poco a poco dejarán de verse por las calles niñas con máscara. El tiempo pasa y la gente se olvida. Pero no van a desaparecer, se lo aseguro: estarán en las casas de todas las mujeres que peleamos por conseguir un espacio que nunca nos dejaron ocupar. Estarán en las puertas, en los museos y en las universidades. Estarán bordadas en el vestido de novia de su sobrina. Se venderán como broches

para las señoras elegantes. Esto consiste en dejar constancia de lo que conseguimos, señor presidente, no de volverse amnésicos.

El presidente apaga su cigarro.

—Entonces, de las banderas colgadas en las ventanas ni hablamos, ¿no?
—sonríe.

Najwa estalla en una carcajada, tan fuerte que puede oírse en la habitación de al lado, y en la de al lado, y en la siguiente, y todas las personas que están en ellas respiran con alivio, y se abrazan, y gritan, y alguien abre un cajón y destapa una botella que pasa de mano en mano y de boca en boca, porque no hay vasos suficientes.

Y a varios kilómetros de ahí tiene lugar una escena idéntica. Asimétrica.

También con mucha gente que se abraza y que grita, y comparte más de una botella, y cigarrillos, y celebran encontrarse después de mucho tiempo separados. Y el edificio donde están, la antigua imprenta, se convierte en una fiesta improvisada, con canciones y risas. Y en el centro, como un tótem al que nadie se acerca, una bandera de las Princesas arde. Y cuando de ella solo queda un montículo de polvo, los hombres vuelven a ocupar el centro del espacio, el centro de la habitación, y sus botas se llenan de ceniza, pero a nadie le importa, porque solo es ceniza, y la ceniza se limpia con un trapo.

28

Unidas todas las piezas, el plan tiene sentido. Es complejo, arriesgado y, para algunos, humillante, pero tiene sentido.

Han venido hombres de muchos barrios, de ciudades próximas, de otras provincias. Vergo calcula más de un centenar, y le parece bien, aunque le habría gustado contar con un número mayor de cómplices, no solo para aumentar el alcance del ataque y el número de víctimas, sino para darles a todos ellos una prueba de que todavía hay esperanza. De que no son una isla. De que puede devolverles lo que les han quitado.

«Ya no quedan pollas como las de antes», piensa, al contarlos por segunda vez.

Son las seis de la mañana.

Es 26 de octubre. El día elegido para poner fin a la Tregua.

Hoy se anuncia la Declaración Nacional de Igualdad.

A la una del mediodía, todos los miembros del Gobierno y la oposición, encabezados por el presidente, acompañarán a las líderes del movimiento de las Princesas en un escenario dispuesto en el pulmón de la ciudad, un parque inmenso, más de cien mil hectáreas construidas en el siglo XVII, donde unos y otras formalizarán, con la lectura de un texto ya filtrado a los medios de comunicación, el acuerdo de paz y el principio de una nueva era de respeto, paridad y justicia.

—Justicia, la que tengo aquí colgando —dice Hugo.

El acto será televisado en directo y, como es de esperar, estará protegido

por todas las fuerzas de seguridad del Estado y en especial por la Guardia Constitucional Femenina, cuyas atribuciones, en un día tan representativo, serán particularmente importantes. La ciudadanía, a su vez, está llamada a participar en una jornada que se prevé multitudinaria y alegre, razón por la que, desde la noche anterior, las calles están vigiladas y se ha prohibido el paso de vehículos en las arterias que rodean el parque. Se ha habilitado un millar de urinarios portátiles, y se han concedido licencias exclusivas, en todos los barrios, para pequeños puestos de comida y bebida. A partir de este año, todos los 26 de octubre serán festivos.

Vergo ha separado a los hombres en dos grupos.

De un lado, los más flacos. Sin vello, al menos donde pueda verse, excepto en la cabeza. Moderadamente pequeños, pero fibrosos. Tienen que ser capaces de correr cuando el operativo lo requiera. A estos los llama «Príncipes».

Del otro, el resto. Más o menos dos por cada Príncipe. A estos los llama «Dragones».

Aguirre fue el único de los Príncipes que se negó a aceptar su papel.

—Tengo problemas morales con esto —dijo.

—¿Por la ropa? —preguntó Ramos.

—No... Por el hecho en sí. Creo que no está bien.

Vergo los interrumpió.

—¿Te sentirías más cómodo siendo un Dragón?

—Tampoco.

—¿Y qué hostias quieres hacer? ¿Vas a dejarnos precisamente ahora? ¿Echas de menos a tu mujer, o qué?

Parecía que hablaba sin mover los labios, como un ventrílocuo. Aguirre se arrugó de inmediato.

—Perdón. Seré un Príncipe. Perdón.

Discusión terminada.

A Ramos le quedan bien las tetas. A Aguirre no. El grupo de Príncipes está formado por veintiocho hombres. Bruno y Donovan, acostumbrados por sus años de gimnasio al embellecimiento frívolo del cuerpo, supervisan con minuciosidad todos los elementos que componen el uniforme:

Calzado: zapatillas deportivas de mujer. Es decir, con purpurina o bandas de colores pastel. Cordones rosas o morados.

Vestuario: falda, falda pantalón o vestido. En el primer caso, medias gruesas y jersey. En el segundo, camisetas amplias y blusas. En el tercero, abrigo.

Atrezo: pulseras, uñas pintadas, collares, pendientes. Por supuesto, peluca.

Estructura: sujetador deportivo con tetas incorporadas. A los Príncipes más raquíuticos se les obliga a llevar, también, pañales para adultos rellenos con calcetines, para que sus caderas recuerden, hasta donde pueda llegar la imaginación, a las de una mujer.

—¿Los maquillamos? —pregunta Donovan.

—Sí —responde Vergo.

—Joder —dice Ramos—. ¡Si vamos a llevar máscaras! ¿No ha sido suficiente con afeitarnos?

—Toda precaución es poca, amigo. Si pierdes la máscara, tu mejor oportunidad es correr y confiar en que no te vean como un hombre. Donovan: reparte pintalabios, colorete y sombra de ojos. Podemos descartar el rímel, no quiero que tengan problemas de visión.

A las once, todos los Príncipes están listos.

Vistos a distancia, en grupo, sin las máscaras, pero ya vestidos y con las pelucas, con las tetas falsas y con los pañales, parecen los músicos de una banda de rock sinfónico de los ochenta castigados por la vida, rechonchos, intentando ocultar con maquillaje las ojeras de no dormir, o del exceso de drogas.

Vergo les da las últimas instrucciones.

—Poneos desodorante de mujer, pero no perfume. No queremos que llaméis demasiado la atención. Aquí os lo dejo. No corráis, excepto cuando todo termine. Si tenéis que ir al baño, hacedlo ahora. Salid de uno en uno, con cinco minutos de diferencia. Mezclaos con la gente, y no habléis entre vosotros ni con nadie. Recordad: sois mudos. Aprovechad los grupos con disfraces, con carteles, donde podáis pasar desapercibidos. Intentad caminar como mujeres. Nada de rascaros los huevos. Nada de abrirse de piernas al

sentarse. ¿Entendido?

La respuesta es unánime: sí.

—En esta mesa encontraréis tres cosas. La primera, una tarjeta con la dirección en la que debéis colocaros. Quiero que cada uno la lea, la memorice y luego la tire a esta papelera. No podemos dejar pruebas. Memorizadla bien. Si alguno de vosotros se equivoca, puede echar por tierra todo en lo que hemos estado trabajando. ¿Entendido?

Sí, lo entienden.

—La segunda, una radio y unos auriculares. Todas están sintonizadas en la misma emisora. No toquéis los botones. Cuando salgáis de aquí, quiero que os coloquéis los auriculares, encendáis la radio, os pongáis la máscara y olvidéis el mundo. ¿Tenéis clara cuál es la señal para que dé comienzo el espectáculo? ¿La recordáis?

Sí, la recuerdan.

Ahora se dirige a los Dragones.

—Vuestros materiales están en esta mesa. Un teléfono móvil para cada uno, no más. Tienen batería. Las mismas fichas de localización que vuestros compañeros. Pero no os acerquéis demasiado a ellos si los reconocéis. Mantened la distancia. Cuando todo empiece, arrojad los papeles. Aquí los tenéis: coged tantos como podáis. Hacedlo cuando empiecen los gritos, sin levantar los brazos. No queremos que os graben a vosotros. Dejadlos caer a lo largo de varios metros. Y luego, sí, sacad los teléfonos y empezad a grabar. A las víctimas. Sobre todo a las víctimas. Si alguno de los Príncipes sale en escena, mantenedlo uno o dos segundos y luego cambiad el plano. Queremos imágenes de violencia, de agresiones. Gente tirada en el suelo. Heridos. Cuando lo tengáis, guardad los teléfonos, acercaos a vuestro Príncipe y sacadlo de la multitud. Será el caos: aprovechadlo. No dejéis que le hagan daño. Corred a su lado. ¿Está claro?

Sí, está claro.

Se vuelve por última vez hacia los Príncipes.

—El tercer objeto que tenéis en la mesa es un arma. Las hay de distintos tipos: puños americanos, navajas de filo corto, porras extensibles. Guardadlas en el bolsillo hasta que llegue el momento. Sé que será difícil, pero recordad:

no queremos matar a nadie. Se trata de hacer daño, de mandar a la gente al hospital, pero no al cementerio. Si tenéis un arma que golpea, apuntad a las rodillas, a la mandíbula. Si tenéis un arma que corta, apuntad a los brazos, a la espalda, a las zonas blandas. No clavéis si no está en peligro vuestra vida. Para eso hemos estado entrenando toda esta semana. Queremos sangre, pero no «charcos de sangre». ¿Bien?

Sí, bien.

—Cuando podáis, regresad todos. No os preocupéis por que os vean: el desorden será tan grande que nadie se fijará en vosotros. Hugo y yo os daremos ropa limpia y subiremos los vídeos a internet, después de revisarlos. Eso sí: si por algún motivo creéis que no es posible llevar a cabo la tarea, regresad inmediatamente, no tratéis de improvisar. Esta es una casa segura. Usadla.

Vergo se enciende un cigarro.

—¿Alguna pregunta?

Nadie responde. Son las doce en punto.

—Entonces adelante. Vamos a destruir esta puta utopía de mierda.

29

Con la máscara le cuesta respirar. La ropa de mujer le molesta. Las tetas falsas se mueven de arriba abajo y pesan más de lo que se imaginaba, pero parecen reales, aunque no incluyen pezones. Se las ha tocado sin querer, por instinto, un par de veces. Por suerte, nadie se ha dado cuenta.

Y nadie habría podido, en realidad: las calles son un festival de colores y personas, familias al completo, carritos de niño, silbatos, globos, batucadas, grupos uniformados, cuadrillas con disfraces temáticos, pelucas, antifaces, marionetas, parejas bailando, músicos, carteles. Huele a sudor y a algodón de azúcar y a comida rápida, como en los parques infantiles, y a vino y a cerveza, como en las fiestas populares. Le han pisado varias veces. Lo han empujado. Lo han invitado a bailar y a beber.

Le recuerda al pueblo de su infancia en agosto.

Es difícil caminar entre toda esa muchedumbre eufórica, y por eso se mueve como una serpiente, en zigzag, apoyándose por momentos en el cuerpo de algún extraño para darse impulso, saltando con cuidado sobre juguetes y vasos de plástico, evitando los embotellamientos. Nota cómo el maquillaje se le humedece debajo de la máscara. Un bebé chilla en brazos de una mujer joven. Le gustaría rascarse.

Aguirre sube el volumen de la radio.

La emisora preseleccionada está retransmitiendo el acto que tiene lugar en el parque. En esos momentos una ministra defiende las ventajas económicas que supone alcanzar una igualdad efectiva. Cada dos o tres frases se ve

obligada a callarse, jaleada por los aplausos de la gente que, al parecer, llena los alrededores del escenario desde el que se pronuncia. No puede faltar mucho para la señal.

Aguirre alcanza el emplazamiento que le corresponde con esfuerzo, empapado en sudor, parpadeando muy rápido para aliviar la irritación de sus ojos y poder ver a través de los agujeros de la máscara. Si tuviera un descuido, Vergo se lo haría pagar caro. De modo que se gira, mira hacia arriba, hacia abajo y se vuelve a girar, las veces necesarias, hasta que está seguro de que sí, en efecto, ese es el lugar, no cabe duda. Es una calle amplia, larguísima, saturada, que cruza con otra más estrecha, peatonal. Su sitio es una esquina, un cruce de caminos.

No puede evitar pensar en el hijo de Dios, su Señor, crucificado.

Mete la mano en el bolsillo y acaricia el arma que le ha tocado en suerte: una navaja. No es muy grande, tres dedos, tal vez cuatro. Con el pulgar comprueba que está bien afilada. La lleva abierta desde que salió del edificio, para poder actuar con rapidez cuando llegue el momento y no tener que manipularla a última hora. Con los nervios, sería peligroso. Le han enseñado a cogerla correctamente y unos cuantos movimientos básicos: de arriba abajo, de derecha a izquierda, nada demasiado complicado; todos conocían sus escasas aptitudes para el manejo de herramientas y tampoco podían transformarlo en un experto pandillero de la noche a la mañana. Se seca la mano con el vestido. Lo que le asusta, lo que le quita el sueño es hacerlo mal, perder el arma, fracasar como siempre, quedar en ridículo delante de sus Dragones. Tiene que ser capaz, como mínimo, de hacer un corte. Dos, si quiere ser un héroe.

Ahí está Bruno, observa, a varios pasos de distancia. Lleva un sombrero vaquero y un collar hawaiano, de color naranja, para camuflarse con el entorno. Si sonriera, parecería un manifestante más, alguien que espera a sus amigos o que ha salido para disfrutar del buen ambiente, pero no lo hace: tiene la misma cara de boxeador de todos los días. El fajo de papeles le abulta en la cazadora como una erección. Donovan no puede estar lejos.

El presidente termina su discurso y Najwa toma la palabra.

La gente, que puede verla a través de pantallas gigantes, estalla en vítores

y aplausos. Suena una trompeta. Una lluvia de confeti cae desde alguna ventana, rodeando a los niños de cristales voladores.

Se acerca el momento.

... porque es trabajo de todas y todos terminar con los roles de poder...

Aguirre aprieta la navaja.

... este día será recordado por las generaciones futuras...

La saca.

... un mundo donde hombres y mujeres podamos vivir, por primera vez, en paz.

Ahora.

Debe buscar un hombre. Alguien de su tamaño, descuidado, que no lo vea venir. Mira a su derecha: mujeres, adolescentes. Mira a su izquierda: lo tiene. Unos sesenta años, barrigón, con boina. Se da la mano con una señora de su misma edad, probablemente su esposa. Es un objetivo razonable.

A cincuenta metros se oyen los primeros gritos.

Sus compañeros han empezado a actuar.

Aguirre da dos pasos en dirección al hombre de la boina y estira el brazo hacia atrás. Cuando lo tiene delante, descarga contra su vientre un navajazo veloz, oblicuo, que entra en la carne por el pecho izquierdo y la desgarrar, recorre el costillar y sale, prácticamente sin mácula, a la altura del hígado. La sangre llega poco después, mojando la camisa de cuadros desde el interior, oscureciendo los colores, mientras el hombre observa perplejo cómo Aguirre sigue caminando y su mujer, en los segundos previos a un ataque de ansiedad, trata inútilmente de tapar la herida con el bolso.

Después, la mujer grita. Y sus gritos se encadenan con los gritos que vienen de muy lejos, de todas direcciones, y la multitud se convierte entonces en una masa excitada sin cabeza, hecha de piernas y de brazos, de ruido, que corre como un animal único, contagiándose, y Aguirre corre con ellos, sintiendo cómo su corazón crece y se abomba entre sus tetas falsas, y en su carrera choca contra cuerpos desconocidos y piensa que ya no importa nada, que da igual que lo atrapen porque el mal está hecho, ha atacado a uno de los suyos, un hombre como él, tal vez rendido, sí, tal vez esclavo del pensamiento nuevo, sí, pero un hombre al fin y al cabo, así que sigue

moviendo la navaja y corta lo que puede, lo que tiene delante, articulaciones, antebrazos, muslos, lo que sea, avergonzado y culpable, y mientras corre y corta presente que a su lado corren también Donovan y Bruno, aunque no puede verlos porque la máscara limita su mirada, que le empujan para que salga del gentío, de los lamentos y las lágrimas, de la vorágine de obstáculos, caídas y fracturas, y Aguirre mira al suelo, para saber dónde pisar, y tira la navaja, y la ve rebotar contra el cemento y reposar más tarde, con un sonido ahogado, junto a uno de los miles de papeles que sus compañeros han desparramado por las calles, blancos, amarillos, pisoteados ahora por la turba impredecible:

SOLO CUANDO CORTEMOS LA CABEZA DEL ÚLTIMO HOMBRE

ESTAREMOS EN PAZ

M LIBERTAD PARA LAS MUJERES W

LUCHA O MUERTE

Cuando alcanza la calle estrecha que corta la avenida y entra en ella, se detiene. Se apoya contra la pared para respirar despacio, con las manos descansando en las rodillas, temblando, mientras la gente huye a toda prisa y pasa por delante. Él no los mira, no quiere mirar a nadie, porque sabe que Dios lo está mirando.

—No te pares ahora —susurra Donovan—. Tenemos que llegar al edificio.

A Aguirre no le salen las palabras.

—Necesito... Aire...

—¡Corre, joder!

El grito de Donovan lo espolea. Es cierto: tiene que salir de ahí. Pronto llegarán la policía y la GuCoFe y, si lo observan detenidamente, podrán darse cuenta de que es un hombre disfrazado de mujer. Eso sería sospechoso, así que echa a correr como puede. No se ve capaz de dar explicaciones. El vestido pesa el doble que antes. Personas de todo tipo lo adelantan: gordos, viejos, discapacitados. Unos metros más allá está Bruno, que ya no lleva el

sombrero, pero sí el collar. Le hace señas para que lo siga.

El edificio está bastante lejos, de modo que Aguirre interrumpe la marcha cada varios minutos para frotarse los pinchazos musculares de las piernas, sin que sus Dragones lo pierdan de vista, y la reanuda con movimientos torpes. A varias manzanas del lugar del atentado cambia el paso y empieza a caminar, mezclándose con el ritmo y la velocidad de cuantos lo rodean. Se oyen sirenas y ruedas derrapando sobre el asfalto. Megáfonos que intentan canalizar la estampida. No mira hacia atrás. La fiesta ha terminado.

Todavía con la máscara, cruza el umbral del edificio, adonde ya han llegado muchos compañeros, la mayoría aún vestidos de mujer. Hugo y Vergo reparten botellines de agua y los invitan a pasar a un espacio interior, para despejar la puerta. Otros se dedican a vigilar, apostados en las ventanas, a través de los tablones de madera que las cubren. Un hombre con gafas anota en una lista el número de efectivos que han regresado.

—¡Falta uno! —grita.

Vergo asiente y sigue repartiendo provisiones a los recién llegados.

Poco a poco, la calle se vacía.

Aguirre termina de un trago su ración de agua. Quiere más.

—¿Dónde está Ramos? —pregunta.

La calle está completamente vacía. Demasiado vacía.

—¿Dónde coño está Ramos?

30

Hugo ha subido los mejores vídeos a internet, a través de las identidades falsas con las que lleva semanas trabajando. En ellos pueden verse numerosas agresiones de mujeres con máscara contra hombres anónimos, pacíficos manifestantes que disfrutaban de la fiesta, padres de familia, ancianos con bastón, abuelos rodeados de nietos. Casi todas las imágenes que ha seleccionado ofrecen un perfil confuso de la mujer que ataca, con planos dispersos, con giros de cámara violentos, pero lo suficientemente nítido como para demostrar, casi con seguridad, que es una Princesa. El ruido de los gritos es ensordecedor. Se ven hombres ensangrentados en el suelo, mujeres pisoteadas, brechas en la frente, zapatos perdidos, bolsos abandonados y una silla de ruedas sin dueño, boca abajo. Se ven heridas monstruosas, ojos hinchados como caracoles negros, rodillas descarnadas, cortes profundos, narices en lugares que no les corresponden. Hay un hombre con la cara llena de grapas, aterrorizado. Hay un hombre que ha perdido varios incisivos. Hay un hombre con la oreja colgando, que no sabe si arrancarla por completo o sostenerla, pidiendo que alguien llame a una ambulancia.

La repercusión es inmediata.

#PrincesasAsesinas

#FreeMen

#AtentadoFeminista

Al mismo tiempo, Hugo ejecuta un bot con cientos de perfiles de mujeres que no existen, combatientes del feminismo radical, Princesas en desacuerdo

con la Declaración y que respaldan los ataques.

#MuerteALosHombres

#PazImposible

#EstamosEnGuerra

En minutos, los vídeos se vuelven virales y llegan a los medios de comunicación, que los emiten una y otra vez advirtiéndolo a los espectadores de la crudeza de las imágenes. Tertulianos que pensaban participar en una jornada de debate almibarado, sin pretensiones, se revuelven en sus sillas e intentan interpretar, desde el asombro, lo que está sucediendo, volcándose en discusiones amargas con sus compañeros de mesa, anunciando el comienzo de un nuevo modelo terrorista. Algunos tratan de examinar la situación con perspectiva, conciliadores: «son casos aislados»; otros, con fatalismo: «ya sabía que esto iba a pasar»; la mayoría, sin ocultar su rabia: «hemos sido engañados», «el Gobierno debe tomar medidas», «las mujeres merecen un castigo ejemplar». Como no se veía desde hacía meses, los platós se llenan de hombres, de trajes y corbatas, de barbas y bigotes. Las mujeres desaparecen de la escena repentinamente, volatilizadas entre vídeo y vídeo, recluidas en un rincón de la pantalla detrás del sobretítulo «Directo».

—¡Es un éxito! —grita Hugo.

Los soldados están delante de las pantallas que trajeron Vergo y los demás, disfrutando del insólito espectáculo. Se oye el crujir de latas de cerveza, y voces de ánimo, y un rumor constante de anécdotas de violencia: cómo escapaste, eso lo hice yo, tenías que ver su cara, quiero repetir. Bruno se besa con uno de ellos en un rincón. Es el vestuario de un equipo que acaba de ganar el campeonato. Huele a metal y a pies.

El Gobierno va a hacer una declaración, como es obvio, pero lo que todo el mundo espera es ver a Najwa, que no se ha pronunciado desde que el acto del parque ha sido suspendido bruscamente por las fuerzas de seguridad. Vergo no sonríe. Está detrás de sus compañeros, de pie, fumando un cigarro tras otro, con una botella de agua en la mano. Recibe las felicitaciones con timidez, bajando la cabeza: es el héroe humilde, el guerrero que no explota su gloria.

Aguirre lo coge del brazo y lo aparta del grupo.

—Falta Ramos —dice.

—Lo sé.

—¿No estás preocupado? ¿Y si lo han detenido?

—Ramos es inteligente. Sí: puede que lo hayan detenido, pero lo dudo. La operación se basaba en provocar un desorden tan grande que hiciera imposible detectarnos. Si lo han hecho, siempre puede decir que le gusta travestirse. Tiene toda la pinta.

Aguirre no parece convencido, pero antes de poder hablar el grupo de hombres al completo se gira hacia ellos, empieza a aplaudir y solicita a Vergo que hable, que hable, que hable. Este apacigua el ambiente enseñando las palmas de las manos.

—Gracias. Gracias a todos —dice Vergo—. Habéis hecho un trabajo extraordinario.

Más aplausos. Vergo alza la voz.

—Al principio, algunos de vosotros os mostrasteis escépticos con la operación. Quiero deciros que lo entiendo. Atacar a otros hombres, hombres como nosotros, es lo que hicieron, durante meses, nuestras enemigas. Pero el contexto cambia, y cuando cambia el contexto cambian los objetivos. Debíamos enseñarle al mundo que las mujeres no pueden controlarse, que son peligrosas, y que por eso debemos controlarlas nosotros. Toda mujer tiene una hormona enferma, una menstruación en su cerebro. Son úteros que manipulan. Esos hombres a los que habéis herido no eran hombres de verdad, sino perros. Perros domesticados, sumisos, seducidos por una idea equivocada del mundo, como los esclavos negros que seguían las órdenes de sus amos blancos. Hoy los hemos liberado. Les hemos enseñado las cadenas que los sujetaban. Su sangre les dará una razón para vivir, la misma que...

Uno de los vigilantes interrumpe a Vergo. Le dice algo al oído y lo invita a seguirlo. Los hombres se quedan en silencio, sin entender.

Vergo mira a través de los tablones de una de las ventanas.

Es Ramos. Sin la máscara. Vestido de mujer. En mitad de la calle.

Aunque no es solo Ramos: a su alrededor, separadas varios metros de él, un centenar de Princesas, tal vez más. Coches de la GuCoFe con las luces encendidas, cortando la circulación. Cordones policiales. Por los callejones

que rodean la avenida principal una marea de mujeres ajustándose las máscaras, acercándose al edificio. Más lejos, las primeras cámaras. No se oye nada, ni siquiera los pájaros.

—¡Por detrás también! —grita otro vigilante.

Los hombres reaccionan al aviso y tratan de mirar hacia fuera. La escena, por teatral e inesperada, resulta aterradora: un hombre vestido de mujer rodeado por cientos de mujeres con un único rostro, atentas, como el coro que está a punto de empezar un réquiem y solo necesita el gesto de su director.

Antes de que el miedo se apodere del interior del edificio, Vergo pide a los hombres que se calmen, que dejen de moverse de un lado para el otro y que se callen. No quiere distracciones. No quiere que nadie haga preguntas. Vuelve a mirar a través de los tablones. Están sitiados. Y entonces la ve.

Emerge desde un ejército de máscaras inmóviles, como un cuerpo que flota.

Se sitúa junto a Ramos.

Vergo aguanta la respiración.

Es ella.

Najwa mira hacia el edificio. Sigue con la misma ropa que llevaba durante el acto en el parque, un vestido discreto, pero se ha quitado los zapatos de tacón y sus medias están rotas. Después mira a Ramos y da una vuelta a su alrededor, estudiando su vestido de mujer, su maquillaje, observando sus uñas pintadas, su peluca morena. Se mueve despacio, como un cocodrilo.

Se pone detrás de él.

Y de un tirón le rasga el vestido y se lo baja, dejando al descubierto dos tetas falsas y enormes, un calzoncillo blanco, sudado entre las nalgas, y dos piernas peludas sin músculo, famélicas, que tiemblan como dados en un cubilete. Ramos cae de rodillas y rompe a llorar.

Najwa se acerca a uno de los coches de la GuCoFe.

—Sabemos lo que habéis hecho —dice a través del megáfono. Su voz retumba entre los edificios cercanos—. Sabemos que estáis dentro. No podéis escapar. El Gobierno está al corriente de la situación y a lo largo de las próximas horas informará a la ciudadanía. Ha solicitado que la GuCoFe se

encargue de vuestra detención y os ponga a disposición de la justicia. También sabemos cuántos sois.

En el interior del edificio, Hugo, absorto frente a las pantallas, revisando cómo cambian los *hashtags* en las redes y cómo los periodistas anuncian una última hora, confirma las palabras de Najwa.

—¿Cómo es posible que nos hayan descubierto? —se oye gritar a alguien.

—¡Ese cabrón nos ha traicionado! ¡Ese hijo de puta, cobarde de mierda! ¡Nos ha traicionado!

—¡No! ¡Ramos nunca lo haría! ¡Es uno de los nuestros!

Vergo niega con la cabeza: Ramos es inocente. Tiene que ser inocente. Najwa sigue hablando.

—No queremos más violencia. No queremos que nadie más salga herido. Bastante daño hemos sufrido hoy, todos nosotros. Así que os exigimos que salgáis pacíficamente, de uno en uno, y os entreguéis. Ninguna de las mujeres que está conmigo os atacará, lo prometo. Su presencia aquí es simbólica: queremos demostraros que somos más, y que la sociedad está con nosotras. Queremos demostraros que sois un recuerdo de algo que no funciona, que nunca funcionó, y que vuestras acciones son inútiles. Tenéis cinco minutos para salir. En caso contrario, la GuCoFe se verá obligada a entrar.

Todos los hombres miran a Vergo. Hugo sigue maldiciendo la traición de Ramos, al que ya pocos defienden. No hay consenso sobre lo que deben hacer: algunos proponen entregarse y acatar las penas; otros quieren intentar escapar por el tejado; los menos, hacerse fuertes durante el tiempo que sea necesario hasta que encuentren una forma de salir del edificio y volver a sus vidas, como si no hubiera pasado nada.

—¿Tenemos un megáfono, un amplificador, algo? —pregunta Vergo.

Hugo le coloca unos auriculares con micrófono y acerca el equipo informático a la ventana. Luego conecta varios altavoces al ordenador.

Vergo habla.

—Sois todas unas putas —empieza.

Hace mucho tiempo que Najwa no oye su voz, casi el mismo que no lo ve en persona. Ha seguido su trayectoria a través de imágenes sueltas, de textos

publicados en páginas web, de vídeos que las amenazaban. Especialmente antes de la Tregua, cuando las calles ardían y el Estado Fálico aún tenía fuerza. Nunca se expuso, pero era demasiado fácil reconocerlo: la misma ropa, ese pañuelo absurdo, sobre la nariz, como en una película del oeste, los ojos enormes, inclinados hacia abajo, tristes. Absolutamente ridículo. Siempre intuyó que él quería que ella lo descubriera, y tal vez por eso usaba giros adverbiales, gestos típicos, argumentos que lo delataban.

Echa de menos follar con él.

—Estamos fuertemente armados —continúa.

Los hombres se miran unos a otros, y luego al suelo, por si hay alguna información que se les ha escapado.

—No vamos a entregarnos. Actuamos en nombre de muchos hombres como nosotros que nunca se rendirán. vuestras ideas pretenden destruir la historia que nos ha traído hasta aquí: las conquistas sociales, los derechos de los trabajadores, el arte, la estabilidad, la democracia. ¿Quién consiguió todo eso? ¡Nosotros! ¡Los hombres! ¿Y dónde estabais vosotras mientras nosotros nos matábamos por hacer del mundo un lugar mejor? Escondidas en casa. A salvo. Esperando a que nuestra sangre se derramara para llorarnos, sí, pero nunca en la línea del frente, nunca peleando por lo que importaba. Y lo sabéis, lo sabéis perfectamente. vuestra cobardía es vuestra identidad y vuestra condena, putas.

Las Princesas se revuelven. Un runrún de voces envuelve las palabras de Vergo. Vuelan las primeras piedras hacia el edificio, impactando sin fuerza contra la fachada. La GuCoFe intenta mantener el perímetro, pero los cuerpos vibran como un hormiguero. Vergo alza la voz, llenando la calle con sus cuerdas vocales.

—Si salimos, saldremos a matar. No nos temblará la mano. Y si nos atacáis, nos convertiréis en mártires. Todo el mundo verá lo que hacen las mujeres. Todo el mundo verá la cara que escondéis detrás de vuestras máscaras. Así que olvidadlo. Marchaos con vuestras putas bragas y vuestra puta policía de coños. Marchaos a casa, a seguir amargando la vida de los desgraciados que viven con vosotras. Pero no nos digáis lo que tenemos que hacer porque, como siempre os pasa, no tenéis ni puta idea.

Los hombres que rodean a Vergo enloquecen, presienten la catástrofe. Un grupo sube las escaleras a la desesperada, buscando un lugar donde esconderse. Otros discuten entre ellos. El resto, medio centenar, levanta el puño. Si han de sacrificarse, lo harán. No van a abandonar a su líder. Aguirre no está entre ellos. Hugo, Bruno y Donovan, sí. Vergo termina su intervención.

—Tenéis treinta segundos para despejar la calle.

Najwa ve a las mujeres saltarse el cordón de la GuCoFe. Recogen piedras y palos del suelo, se reparten objetos minúsculos, limas de uñas, llaves, bolígrafos.

—¡Veinte!

Algunas portan sus zapatos de tacón por el empeine, con la punta hacia delante, como un martillo afilado.

—¡Diez!

Ella está desarmada. Ramos se cubre la cabeza con las manos.

Inspiración.

La puerta se abre.

Espiración.

Y los hombres salen a medio vestir, algunos con faldas de colores, con medias, la mayor parte en camiseta o a pecho descubierto, con objetos disparatados en las manos, ratones de ordenador, perchas, teléfonos móviles, latas de cerveza, gritando como bestias que han abandonado el zoo, emitiendo sonidos guturales, sin lenguaje, de dos en dos, de tres en tres, una estampida que corre en dirección a un muro, dejando atrás la jaula, libres al fin, para arrasarlo todo. Las mujeres los reciben como un escudo tratando de parar el proyectil de una catapulta, absorbiéndolos y vomitándolos, y luego rebotando contra ellos, cayendo sobre ellos, sepultándolos debajo de una melé de carne, una lápida que se desplaza sobre el suelo y no permite escapar al cuerpo aún vivo que la ocupa.

«Han sido ellos —piensa Najwa—. Ellos han venido a por nosotras.»

Antes de cruzar la puerta, Hugo, a punto de llorar, mira a Vergo: parece tranquilo; se arregla el poco pelo que tiene, después de quitarse los auriculares, como si estuviera preparándose para una cita. Fuera, los hombres

caen al suelo dramáticamente, entre gritos de espanto, sabiéndose vencidos. El miedo que Hugo siente por lo que está pasando no encuentra amparo en su líder, que de repente, durante un segundo, deja escapar una sonrisa. No es una sonrisa de orgullo, ni de satisfacción, sino de felicidad. De júbilo. Una sonrisa que le ilumina los ojos, que le esconde la cicatriz y lo suaviza. Es el hombre que ve una puesta de sol por primera vez. El niño que termina un puzle o arrasa un hormiguero. Hugo comprende. Se tambalea. El suelo se abre bajo sus enormes botas.

—Vergo —le dice—, Ramos estuvo vendido desde el principio, ¿verdad?

—Sí.

—¿Les diste a las Princesas nuestra ubicación?

—Sí.

—¿Puedo preguntarte por qué, grandísimo hijo de puta?

Vergo lo mira con asco, como si la pregunta no mereciese respuesta.

—Eres un miserable —dice Hugo.

Vergo se ríe.

—Como todos vosotros.

Hugo lo insulta varias veces más y luego, incapaz de contener las lágrimas, el adolescente furioso que fue, que siempre había sido, sale de la imprenta y galopa hacia un amasijo de cuerpos de mujer que lo espera impaciente, y se arroja contra ellas con la cabeza por delante, como un macho cabrío intentando despoblar un bosque, sin mirar, mugiendo, sin comprender que el bosque ya lo ocupa todo.

Vergo es el último en salir. Saca del bolsillo un objeto que esconde en la manga de su camiseta y cruza la puerta.

Camina tan despacio que las mujeres, concentradas en repeler y sofocar a sus predecesores, apenas lo perciben circular entre ellas. Salta sobre una montaña de cuerpos enzarzados, como si no oyera los gritos, o no tuvieran importancia, o no quisiera que lo molestaran. Busca a Najwa.

La encuentra.

Y al verla siente un pellizco muy breve en la tristeza, un mechón de alambre que le araña y le hace preguntas incómodas: dónde te gustaría estar ahora. Con quién. Durante cuánto tiempo.

No la mires. No pienses. No respondas.

Ella corre hacia él, todavía sujetando el micrófono del coche, y en su carrera arranca el cable del salpicadero, que explota con un chasquido. Cuatro metros de plástico y de cobre la siguen como un apéndice que no le pertenece, invertebrado, enredándose en sus piernas. Parece un ser venido de otro mundo.

Los separan cuatro metros.

Tres metros.

Dos.

Uno.

Ya está: *hola, mi amor. Cuánto tiempo.*

Najwa reconoce al hombre que hubo antes de la cicatriz. Vergo le estampa una bofetada brutal en la mandíbula, sin mediar palabra, tan perfecta que parece una coreografía mil veces ensayada, una actuación. Un simulacro. Y en el preciso momento en que él muestra un cuchillo en su mano derecha y lo levanta, y amenaza con usarlo moviéndolo en el aire, justo antes de girarlo y sujetarlo por el filo, de que Najwa y sus Princesas lo detengan y empujen su brazo tatuado hacia su cuerpo, antes de que ese trozo de metal le atravesara la carne y las costillas y entre en contacto con su corazón, antes de morir y convertirse en el último heredero de una estirpe de bárbaros, el último lector de un libro muy viejo que se descompone, antes de todo eso, Vergo le guiña un ojo.

Y ella le devuelve una sonrisa.

EPÍLOGO

**APROPIACIÓN INDEBIDA:
UNA INTRODUCCIÓN A LA POLÉMICA[1]**

Dra. D.^a Aixa de la Cruz
Universidad del País Vasco
Departamento de Estudios Anglo-
americanos Feministas y de Género

Agosto de 2046

Son rarísimas las ocasiones en las que una publicación de carácter académico alcanza la repercusión masiva que ha cosechado en seis meses el volumen editado por Claudia Vázquez y sus colegas del Departamento de Emancipación de la UAM. Fruto, como este mismo libro, de un encargo del Ministerio de la Dignidad, *La voz de las Princesas*[2] conmemora el 25.º aniversario de la Revolución Quemada con una colección de entrevistas y ensayos críticos que jamás habría trascendido del ámbito universitario sin el sorprendente testimonio de Najwa López de la Torre. En una conversación telefónica, la joven investigadora que destapó el caso me explica que se presentó en el domicilio de la que fuera cabeza visible de las Princesas sin

cita previa y sin ninguna esperanza de ser recibida. Alejada de la vida pública desde hacía años, ni siquiera la ministra de la Dignidad había conseguido contactarla para extenderle personalmente la invitación a colaborar en el proyecto, pero como recuerda la doctoranda entre risas, «pasaba por el barrio y dije: ¿qué puedo perder?». Llamó al timbre y la recibió la propia López de la Torre, «en albornoz y recién salida de la cama, porque, según me dijo, esperaba un envío de libros y me había confundido con la repartidora. Me presenté como alumna del Programa de Formación de Profesoras por la Igualdad y se disculpó por el malentendido invitándome a desayunar con ella. Comimos kéfir con muesli». Lo demás ya es Historia.

Le pregunto a la becaria de la Dra. Vázquez si López de la Torre le explicó los motivos por los que decidía romper veinticinco años de silencio justo entonces, frente a ella, y me dice que fue críptica al respecto pero que, como se recoge en la transcripción de la charla, tras un ataque de tos muy fuerte admitió que padecía el cáncer metastático en fase III que la acabó matando y especificó, además, que rechazaba la quimioterapia «porque no tiene sentido ir en contra del cuerpo y si el mío quiere multiplicarse, yo acato su voluntad».[3] En efecto, la entrevista de más de treinta páginas que recoge *La voz de las Princesas* es el testimonio de una mujer que se sabe próxima a la muerte y quiere dejar sus asuntos en orden. Esto se infiere de sus numerosas rectificaciones sobre errores cometidos en su carrera política, de los ataques a la primera ministra Sánchez —sobre todo en lo concerniente a su decisión de rebautizar el antiguo Ministerio de los Derechos de las Mujeres por el menos identitario Ministerio de la Dignidad—, y de esa arenga final con la que se dirige a las generaciones futuras, alertándolas de los peligros de la bonanza económica, «que aletarga el juicio crítico y nos vuelve esclavxs sumisxs, con la palabra *gracias* siempre lista para lxs poderosxs que nos dan sus limosnas».[4]

En resumen, no es aventurado sostener que el motivo por el que López de la Torre decidió romper su silencio *entonces* fue la inminencia de la muerte, y que la juventud de su entrevistadora pudo ser un acicate —vio en ella la encarnación de esa juventud a la que quería dirigir sus últimas palabras—. Como intentaré demostrar en las siguientes páginas, también se puede inferir

la naturaleza de los celos que la hicieron callar durante veinticinco años. Por tanto, podemos explicar por qué se guardó la información, por qué la divulgó cuando lo hizo e incluso por qué escogió a una becaria como confidente, pero lo que siempre será un misterio es simple y llanamente por qué, por qué hablar y traicionarse, o traicionarnos. A la vista del debate político que han suscitado, las repercusiones negativas que sus revelaciones pueden acarrear en el contexto de la lucha feminista y de la dignidad de las mujeres son considerables y dedicaré una sección de este artículo a bosquejarlas, aunque lxs lectorxs pueden encontrar un análisis más exhaustivo de las mismas en las contribuciones de Katixa Agirre y Edurne Portela a este volumen. Como introducción a este proyecto plural y multidisciplinario con el que pretendemos concienciar a lxs distintxs agentes sociales de la necesidad de abordar con cautela el caso de I. R. R., me he permitido señalar las principales claves del caso partiendo de mi experiencia personal como académica antes y después de la Revolución, como activista, testigo privilegiada de nuestra historia más reciente, y como mujer.

Los años duros

Conocí personalmente a López de la Torre cuando solo era Najwa; cuando ambas, de hecho, no éramos sino un nombre de pila en boca de lxs profesorxs de la Universidad Complutense de Madrid donde yo estudié Filología Inglesa y ella Historia. Coincidimos en las asambleas del Colectivo de Estudiantes Feministas que ella acabó liderando y que más tarde se convertiría en el primer grupo de Princesas, el que sembró Madrid de sábanas con la M/W y fue el origen del Movimiento. Corría el año 2007 y la Teoría Feminista, antaño concebida como la única disciplina en la que la mujer era el sujeto y el objeto del conocimiento, comenzaba a incorporarse en los más inclusivos Estudios de Género que, partiendo de la idea de que «mujer» y «hombre» eran etiquetas vacías, sin esencia,^[5] habían abierto el campo a la intromisión de académicos especializados en ramas como las nuevas masculinidades y los *Gay studies*. Cambiamos los carteles de nuestros

departamentos, abrimos nuestros despachos a todxs lxs enemigxs de la identidad sexual binaria y, en definitiva, fuimos generosas y estúpidas al compartir con los hombres el único pequeño oasis de poder académico que nuestras madres nos habían legado.

Cuando me doctoré en el año 2017, los peores augurios de las enemigas del relativismo de género se habían cumplido. Por aceptar un feminismo sin mujeres, habíamos cosechado un feminismo lleno de hombres. Contra un hombre competí y perdí la primera plaza a la que me postulé en el Instituto de Estudios de Género de Granada. El Dr. Gerardo Gómez entró como profesor titular avalado por una estancia en Oxford y una tesis que, siguiendo la estela de Eric Anderson,[6] partía de la creencia de que el rasgo esencial de la masculinidad normativa es la homofobia y que, muerto el perro, se acabó la rabia. Si se supera el prejuicio que lo caracteriza, el género opresivo y opresor por excelencia se vendrá abajo por su propio peso. Gómez trasladaba esta premisa a nuestro país y sostenía que, desde la entrada en vigor de la ley de matrimonio homosexual en 2006, España había liderado el camino hacia una nueva era igualitaria que comenzaba a materializarse por el número cada vez más alto de hombres que se definían como *gay-friendly*. Los mecanismos mediante los cuales aquella nueva masculinidad homotolerante iba a acabar con las asimetrías de poder entre hombres y mujeres no acababan de definirse, pero se daba por hecho, al igual que se daba por hecho que nos aproximábamos inexorablemente a una utopía inclusiva y que llegaríamos a ella gracias a los *nuevos* machos y al proceso de transformación interna que habían llevado a cabo a golpe de voluntad. La tesis del Dr. Gómez fue celebrada por la originalidad de su enfoque, pero lo único que diferenciaba sus postulados de los de sus otros colegas era el optimismo ingenuo desde el que escribía.[7]

Cuando estudié mi Máster de Género, mi clase la conformaban veinticuatro mujeres y dos hombres. Cuando enseñé mi primera asignatura en un programa similar, los números se habían equilibrado, pero no las fuerzas. En un grupo de veinticuatro alumnxs a lxs que explicaba las diferencias de poder que generaban los estereotipos de género, diez hombres consiguieron que el debate girara en torno a si el pecado original de nacer opresor por el

mero hecho de tener pene no era infinitamente más duro que instalarse en el confortable rol de víctima, donde la compasión sustituía a la culpa. Fuera de la academia, en el universo cibernético que era el hábitat de Najwa López de la Torre, se dibujaba un lienzo similar. Recuerdo el caso que documenta Luna Miguel en *Los años duros*[8] sobre la campaña que promovió el *hashtag* #Yotambién y que animaba a las usuarias de redes sociales a compartir sus experiencias de acoso para mentalizar a la sociedad de lo extendido del problema. Algunas activistas señalaron que no era justo que la exposición recayera siempre del lado de las mujeres e instaron a los agresores a integrarse en la iniciativa con actos de contrición. Las respuestas fueron de dos tipos. Por un lado, aparecieron hombres que se apuntaron al ejercicio del *mea culpa* y sus publicaciones se llenaron de felicitaciones y elogios por su coraje y entereza, recibiendo más difusión que los testimonios de las víctimas. Por otro lado, los que no quisieron participar en la campaña se blindaron en su absoluta inocencia al tiempo que acosaban a las activistas, «feminazis que no son feministas de verdad, porque ya no buscan que todos seamos iguales sino señalar a los hombres como el enemigo, criminalizarnos y encender la mecha de una guerra de sexos que pensaba[mos] que estaba enterrada».[9]

Vivíamos lo que bauticé como el Periodo Mr. Hyde,[10] el reverso oscuro del relativismo posmoderno. A nivel geopolítico, lo sufríamos con Donald Trump, el expresidente estadounidense que popularizó el concepto de la posverdad y que se escudaba en la premisa de que no existen los relatos únicos sino múltiples versiones de un mismo hecho para defender noticias falsas e invalidar las fidedignas; el arte contemporáneo había caído en el sinsentido conceptual de las viejas vanguardias y en las universidades públicas se celebraban congresos de feminismo sin una sola mujer entre los ponentes. Tal vez influida por mi formación hegeliana, me negaba a aceptar, en el ámbito de la teoría, que la forma de salir de aquel pozo de sofismos implicara un regreso a los orígenes, al feminismo esencialista —aunque fue lo que sucedió en los treinta con la llegada de la corriente biologicista del Feminismo Cíclico—,[11] pero rezaba por que alguien más utópico que yo, capaz de creer en categorías estables y puras, animara el activismo social en

las calles. Y entonces llegó Najwa, que nunca suscribió aquella idea de que «mujer» fuera una etiqueta arbitraria incapaz de definir a un colectivo homogéneo. Como explicó en el II Congreso de Políticas de Hermandad, las mujeres existían «no por sus genitales, ni por su función reproductiva, ni por los gestos performativos que interpretan», sino por «la opresión de la que [eran] víctimas»,^[12] y solo uniéndose en base a dicha opresión lograrían acabar con las asimetrías de poder que, como he ilustrado, se reproducían incluso entre lxs académicxs que declaraban la muerte de la diferencia sexual.

La Revolución del 21 y su contexto

El movimiento de las Princesas creó un espíritu de comunidad entre las españolas recurriendo a símbolos asociados con lo femenino: pintadas en rojo sangre, personajes de Disney, hogueras de zapatos de tacón... Según la falacia evolutiva, las acciones que se emprendieron y la ideología que las sustentó deberían haber estado despojadas de contundencia porque no eran *novedosas*, remitían a Mayo del 68 y el nuestro era un mundo distinto, individualista, renuente a lo globalizador. Sin embargo, allí estaban las huestes de activistas que renunciaban a su *yo* en favor del *nosotras*, que se escondían tras máscaras para diluirse en una multitud sin más rostro que el de la opresión de género y aquello, me dije, marcaba el fin de una era. El éxito del movimiento radicaba en la idea de que siempre se puede establecer un mínimo denominador común porque hay lazos universales y aglutinadores que no entienden ni de clase, ni de raza, ni de orientación sexual. La Revolución del 21 diluyó los movimientos independentistas periféricos, pero está muy ligada a su auge porque las Princesas, como tantas naciones a lo largo de la Historia, se fortalecieron ante la amenaza de un enemigo nítido y fue ese enemigo el que las definió a su antojo. López de la Torre entendía que «mujeres» eran aquellas a las que el patriarcado oprimía sin que dicha opresión se contrarrestara con privilegios sólidos —a diferencia de los «hombres», que, por mucho que se vieran reprimidos por ciertas expectativas que conllevaba su rol masculino, siempre salían ganando en el cómputo—,^[13] pero no lideró

a las mujeres sino a las Princesas, que se definieron como «sujetos susceptibles de ser violentados por el Estado Fálico». Conformaron un movimiento muy inclusivo porque, paradójicamente, el odio de los terroristas también lo era.

La interpretación de la Revolución del 21 como una revolución reactiva, suscitada por una provocación externa, siempre había estado disponible. Sin embargo, hasta que se publicó el testimonio póstumo de López de la Torre, cabían las lecturas divergentes. De hecho, la más aceptada proponía que si las Princesas se habían organizado en respuesta al Estado Fálico, este, a su vez, era la reacción de un grupo de hombres ante la paulatina pérdida de prerrogativas que conllevaban las políticas de igualdad. El bucle de acción-reacción no tenía un origen situado que permitiera leer nuestra historia reciente como una de esas películas de los años setenta en las que la heroína se volvía una justiciera después y solo después de haber sido humillada por una banda de violadores. La teoría de la agencia masculina externa era una entre muchas y, siendo la única que dañaba la autoestima y el potencial transgresor de las Princesas, resultaba fácil, a la par que conveniente, descartarla. Sin embargo, como evidencian varios de los artículos de este mismo volumen, es ahora mismo la postura más popular.

Apropiación de la causa: el plan maestro de I. R. R.

Vergo. Solo conocíamos su alias y, una vez ejecutado, el Gobierno prohibió que se difundiera su verdadero nombre para que no se produjeran peregrinaciones de nostálgicxs a su tumba ni ninguna clase de reconocimiento mediático. Nos quedamos con las iniciales y pronto las olvidamos. I. R. R. Una sombra del pasado que no queríamos que oscureciese la nueva República Feminista que habíamos ganado para nosotrxs y para las generaciones venideras. Najwa López de la Torre cumplió dos mandatos como ministra de Emancipación, la cartera transicional que precedió al también extinto Ministerio de los Derechos de las Mujeres, y cuando finalizó la segunda legislatura se alejó de la política. Dio la sensación de que tampoco

ella quería enturbiar la primavera posrevolucionaria con sus fantasmas de excombatiente. Apenas tenía treinta y siete años, pero ya era vieja para el mundo que había ayudado a construir. Obtuvo una plaza en la UAM y enseñó Historia de la Lucha a varias generaciones de estudiantes hasta que en el año 2040 pidió una excedencia y desapareció. Durante sus últimos años, recibió y rechazó infinidad de invitaciones institucionales, homenajes y entrevistas. Eligió la discreción y por eso es tan difícil reconstruir quién fue. Recientemente, varios medios han intentado indagar en su vida íntima acosando a las personas de su entorno con tácticas de *paparazzi* que parecían felizmente superadas. Los magnates de los grandes grupos ofrecen su reino por una exclusiva de la madre, por el nombre de un novio o de una amiga, pero López de la Torre se rodeó de un núcleo reducido de personas tan herméticas como ella que, por fortuna, están contribuyendo a que las llamas no se propaguen más allá del debate político sobre *el relato* (he aquí otro concepto que retorna, como el esencialismo biologicista).

¿De qué manera afecta al relato histórico esta pieza extraviada que nos aporta el testimonio de López de la Torre? ¿Qué implica que su exnovio, el fundador del Estado Fálico, supuestamente se inmolará por nuestra causa? Me gustaría contestar a esta pregunta revisando las opiniones que se han vertido sobre el caso en los principales medios impresos de nuestro país. El día en que estalló el escándalo, el periódico digital *Nuevos Tiempos* titulaba su editorial de la siguiente manera: «I. R. R.: el Evangelio según Judas». Antonio Marías Arévalo comparaba «la cara oculta de la Revolución de las Princesas» con el evangelio apócrifo, de dudosa autenticidad, que restauró y tradujo la National Geographic Society en 2006 y que ofrecía una lectura positiva del apóstol Judas Iscariote, sugiriendo que entregó a Jesús a los romanos de acuerdo con un plan previamente trazado por su maestro. «Para cumplir su destino de redentor, el profeta necesitaba a un mártir sin gloria. Muchos habrían muerto por él, pero solo el más fiel de sus discípulos habría de aceptar el eterno flagelo de los traidores, un sacrificio sin gloria, el acto de heroísmo absoluto.» No fue el único que vio tintes bíblicos en «la verdadera [enfaticado por mí] historia» del terrorista Vergo.[14] El software de análisis de textos periodísticos *Corpress* refleja que, desde que se destapó el caso, la

prensa ha acusado un incremento de más del 200 % con respecto al corpus de referencia (compilado entre el 2002 y el 2045) en lexemas relacionados con la mitología cristiana.[15] En uno de los ejemplos más recientes, I. R. R. pasa de Judas a Cristo en palabras de María José de Tomás que, en un reportaje publicado por *Diario Viernes*, compara las reticencias del Gobierno a incluir a I. R. R. en el Museo de la Revolución con «la estulticia de esos ateos que niegan la existencia de Jesús de Nazaret como si la figura histórica no fuera independiente del mito que se construyó a su alrededor».[16] La iniciativa parlamentaria propuesta por el grupo mixto no exige que el nombre de I. R. R. lidere la placa de lxs héroes que luce en la fachada del museo, pero si lxs defensorxs de su inclusión lo comparan con el redentor de los cristianos, no es difícil imaginar el lienzo simbólico que se pinta en sus cabezas. En *La Última Cena* con la que sueñan desde el 2 de febrero, Najwa López de la Torre, Marisa Suárez, Belén Mariscal, Ainhoa Zúñiga y el resto de rostros visibles del movimiento se aglutinan en torno al mesías.

El interés de los medios conservadores por reivindicar al personaje descrito por López de la Torre es la manifestación más o menos consciente de su ansiedad por reinstaurar al hombre en el centro de nuestro mito de la nación. Las Princesas lideraron un proceso de cambio que diluyó las disputas territoriales, y los partidos que protagonizaron el régimen del 78 se saben en deuda con ellas. La integridad territorial que salvaguarda el proyecto feminista lo blindo ante las enmiendas del centro y de la derecha, pero esto no evita que sus representantes y representadxs se sientan excludxs de la simbología que nos cohesiona. Por eso les interesa recuperar la figura de un I. R. R. «heroico», porque les permitiría insertar en el relato de esta segunda transición elementos de autoridad y agencia masculinas que tan presentes estuvieron en la primera, aunando, así, lo viejo y lo nuevo, lo perdido y lo ganado.

Si estoy en lo cierto, lxs lectorxs podrán preguntarse qué tiene de malo otorgarles esta pequeña concesión, y aquí surge un debate que ya está abierto entre lxs teóricxs feministxs y al que se pueden aproximar a través del ensayo de Nere Basabe que aparece recogido en este mismo volumen y en el que la autora apuesta por «una pequeña derrota simbólica para asegurar un proyecto

que solo alcanzará su máximo potencial si se consolida desde el consenso». Aunque admito la solvencia que, a un nivel pragmático, adquiere su postura, no podemos olvidar la importancia que siempre ha tenido lo simbólico en la lucha contra el patriarcado, ni minimizar las implicaciones que acarrearía un imaginario colectivo en el que la emancipación de las mujeres fuera el resultado del plan maestro de un hombre. Según López de la Torre, el propio I. R. R. fue consciente, si bien tarde, de la trascendencia de su intromisión: «se dio cuenta de que había cometido el *mansplaining* absoluto, arrogándose el derecho de empujarnos a la acción como si nosotras no supiéramos lo que más nos convenía, y fue entonces cuando decidió inmolarse».[17] Provocar a las manifestantes para que lo eliminaran en defensa propia fue un nuevo acto de imposición, pero si, como *supuestamente* quería, la intención que ocultaban sus acciones no se hubiera revelado, Vergo habría conseguido escapar de la trampa a la que lo condujo su subjetividad masculina.

La historia del hombre como sujeto es una historia de apropiaciones ilícitas, e I. R. R. la resume con singular contundencia. Al igual que muchos de los teóricos que se acercaron a los estudios de género, no pudo ser objeto y sujeto del conocimiento que usurpó de las mujeres. Descubrió la causa feminista y la estudió para liderarla, para dominarla, para cambiarla en lugar de para cambiarse a sí mismo y a los suyos. Creyó que un puñado de lecturas y una serie de conversaciones con su pareja lo liberaban de las inercias de su rol, de la arrogancia de quien nació en un mundo hecho por y para los de su estirpe, y no supo escapar de su punto de vista para ver lo que estaba haciendo —mover los hilos de las marionetas como un Dios omnipotente— porque su identidad siempre fue *la* identidad, su estatus *la* norma, y quien se sabe universal no se mira desde fuera. Que rechace el reconocimiento oficial de la figura de I. R. R. porque rechazo que nuestro pasado reciente se escriba como siempre se ha escrito —con hombres que actúan y mujeres que reaccionan, con redentores que se sacrifican por nuestras almas— no implica que no entienda su tragedia, tan antigua como la de Edipo Rey, que solo perdió los ojos mientras que él perdió la cabeza. I. R. R. sucumbió a los sesgos que le impuso una cultura que siempre es anterior al individuo, y murió para escapar de dichos sesgos. Lo que me cuesta entender, como

apuntaba al comienzo, es la decisión de López de la Torre, que si calló durante veinticinco años fue precisamente porque intuía las implicaciones ideológicas que acarrearía la divulgación del secreto que conservaba. Lo había sabido desde siempre o, por lo menos, desde que en sus tiempos universitarios leyera a Carol Clover[18] y firmara la siguiente crítica de la película *MadMax*, de acceso público en el repositorio virtual de la Complutense, en la que lamenta que

una de las pocas películas de acción que están escritas con una agenda feminista [...] ca[iga] en la trampa de dibujarnos a un grupo de mujeres que soportan las asimetrías de poder a las que las relega su género en el orden patriarcal establecido hasta que un hombre las agrede y, ante dicha agresión directa, toman las armas. [...] ¿Tan difícil resulta imaginar un mundo en el que nuestra agencia no es el resultado de una provocación masculina?[19]

I. R. R. actuó desde la ceguera, pero Najwa López de la Torre dedicó su vida académica al estudio de las representaciones de género. Se alejó de la política y se centró en la universidad porque sabía que la única forma de cambiar las estructuras profundas del patriarcado pasaba por la educación de las generaciones futuras, por enseñarles a *ver* aquello que I. R. R. nunca había visto. Lo que ocurrió en su cabeza durante sus últimos días, enferma y sola, no debería oscurecer las décadas de servicio que nos prestó. Temo un futuro, de hecho, en el que los libros de historia la borren con un sobrenombre secundario, «pareja de», «la musa que inspiró a», porque dicho futuro nos obligará a leer su muerte como una inmolación. El binario Najwa/Vergo será el de una inversión de opuestos: el hombre que murió por las mujeres frente a la mujer que murió por el hombre. Y si algo positivo nos legó el posestructuralismo es que a los binarios no hay que darles la vuelta. Hay que deconstruirlos, dinamitándolos de raíz.

RECONOCIMIENTOS

Para escribir este libro he copiado fragmentos de conversaciones privadas y aprovechado conocimientos teóricos que no forman parte de mi currículum, pero sí del de mujeres cercanas a mí. He tardado en pedir permiso, en documentarme y en entregarme a lecturas esenciales, porque, *qué demonios*, alguna de ellas me las resumiría. He lanzado guantes y pronunciado discursos encendidos confiando en que mi provocación las estimularía. Etcétera. Creo que os podéis hacer una idea.

Las coautoras intelectuales de este libro tienen nombre y apellidos. En primer lugar, Aixa de la Cruz, que me animó a escribirlo, me advirtió de las contradicciones éticas en las que estaba incurriendo y me dio el margen suficiente para darme cuenta. Por si fuera poco, también escribió el extraordinario epílogo que precede a estas páginas. Además de Aixa, incluyo en esta nómina a mi madre, Nieves Ruiz, mi hermana, Adriana Repila, y mis amigas Adriana Coll y Nere Basabe (a quien corresponde el concepto de *manattributing*, por ejemplo). A todas ellas las he exprimido durante horas asumiendo siempre que estarían *encantadas* de responder.

Fuera de este círculo íntimo, hay otras mujeres de las que he tomado materiales y a las que no puedo nombrar, porque los hilos de Twitter que me sirvieron de inspiración están escondidos en las profundidades de mi Timeline, y a la hora de escribir este texto sus comentarios forman parte ya del acervo popular del ciberespacio. Sí puedo reconocer la coautoría de Luna Miguel y María Sánchez, especialmente, que no son mis amigas y a quienes

ni siquiera conozco salvo por esa misma red social, pero cuyas reflexiones y debates me han servido para explorar territorios que no me había planteado; la de mujeres a las que ellas han retuiteado o nombrado en alguna ocasión; y la de las autoras y autores de numerosos artículos publicados en Pikara y Playground.

Por último, son coautoras de este libro las mujeres a las que he leído en estos últimos años. Creadoras que han escrito libros fundamentales para situarme en un mundo ajustado a la *auténtica* realidad, no aquella en la que yo me pensaba un alegre feminista de lunes a viernes, sin compromisos. Incluyo también a esas mujeres que, con su trabajo y su vida, a veces hasta las últimas consecuencias, lograron que esos libros fueran escritos. Nombres como Rebecca Solnit, Nuria Varela, Kate Millett, Andrea Dworkin, Silvia Federici o Jessa Crispin se comunican en mi memoria con los de María Moliner, Clara Campoamor, Virginia Woolf, Emilia Pardo Bazán o Mary Wollstonecraft, por citar algunos.

El manuscrito definitivo de este libro se terminó antes del escándalo Weinstein, del #MeToo, de las movilizaciones del 8 de marzo de 2018 y de aquel #HermanaYoSíTeCreo. Si algo de todo ello se puede reconocer en estas páginas se debe, únicamente, a que el movimiento feminista lleva décadas librando una guerra que repite siempre los mismos patrones de violencia, humillación, persecución y terror, de un lado, y las mismas estrategias de solidaridad, apoyo, respeto y honestidad, del otro.

Porque sí, lo creo: como denuncia el *hashtag* que Irantzu Varela ha viralizado, esto es una guerra. Una de la que muchos no habíamos querido enterarnos, por cierto.

Me gustaría, por último, aprovechar estas líneas para agradecer los apuntes y comentarios que hicieron Elvira Navarro, Katixa Agirre, Jon Bilbao, Santiago Pérez Isasi, Alejandro Morellón y Elena Ramírez sobre la versión inicial del texto. Ha sido una suerte y un privilegio poder contar con las ideas de todos ellos.

NOTAS

[1] Este artículo apareció por primera vez en *Relecturas de un pasado reciente*, con edición y prólogo a cargo de Elisabeth Falomir, 2047.

[2] Vázquez *et al.*: *La voz de las Princesas: 25 años sin muro*, Servicio de publicaciones del Ministerio de la Dignidad, Madrid, 2055.

[3] López de la Torre citada por Vázquez *et al.* en *La voz de las Princesas: 25 años sin muro*, p. 79.

[4] *Ibídem*, p. 87.

[5] En *El género en disputa*, Butler desmonta el binario sexo/género. Las teóricas que la precedieron partían de la idea de que el sexo era natural y el género una construcción, pero ella sostiene que el sexo también es discursivo porque la ideología precede al sujeto, esto es, no hay forma de leer la diferencia sexual *antes* de la cultura. Imaginemos un planeta llamado Dactilia que se caracteriza por su veneración de la música clásica y en el que los grupos sociales se identifican en función de sus manos. Están los «pianistas», de dedos largos y delgados, y los «pelotaris», de manos gruesas y callosas. Los «pianistas» son educados en base a una serie de normas y con una serie de privilegios (v. g. se entiende que están genéticamente dotados para la música y abarrotan los conservatorios, los grandes centros de poder intelectual y político del planeta) que no tienen los «pelotaris». La dimensión «manos» en Dactilia sería como la dimensión «sexo» en la Tierra. Los dactilianos sostienen que la asignación de una etiqueta u otra (pianistas/pelotaris) no es arbitraria sino que «viene con el cuerpo». Sin embargo, esa diferencia anatómica solo se lee como diferencia esencial en el seno de su cultura. En la nuestra, nadie sería categorizado en función de sus dedos, esto es, nadie entendería que «lo dactilar» fuera determinante como lo es el sexo. La controvertida y tantas veces malinterpretada afirmación de Butler de que el sexo biológico no existe debe entenderse en estos términos, así como su rechazo del concepto de «identidad sexual». Al deconstruir la oposición sexo/género, también se dinamitan las oposiciones hombre/mujer, femenino/masculino, heterosexual/homosexual, etc. En la concepción binaria, uno nace «mujer» u «hombre» y luego adopta uno de los dos géneros que se asocian con cada sexo, «femenino» o «masculino», que a su vez se consideran predispuestos hacia una inclinación sexual determinada. Pero si no hay dos sexos, el sistema binario que se despliega a raíz de esta dicotomía se desmonta. Frente a las etiquetas excluyentes, Butler apuesta por la proliferación de la diferencia. «Mujer», como cualquier colectivo, excluye a los miembros marginales que no encajan en su definición central. Nombrar es sentar fronteras, seleccionar los rasgos más característicos y excluir a los ejemplares que se alejan de la definición globalizante con la que se acota la categoría. Para Butler, el problema del feminismo es que elige a la «mujer» como su objeto, pero «mujer» no es nada; sobre todo, no es universal. El feminismo igualitario de los años sesenta y setenta que propugnaba la hermandad de todas las mujeres del mundo en base a una historia de opresión compartida solía caer en el error de hablar por y para las mujeres heterosexuales de raza blanca, negando las problemáticas particulares de los cuerpos racializados, lésbicos, transexuales, etc. Como explica la autora en *El género en disputa*, la insistencia feminista en la «coherencia y la unidad de la categoría de las mujeres ha negado, en efecto, la multitud de intersecciones culturales, sociales y políticas en que se construye el conjunto concreto de “mujeres”», 1990, p. 67.

[6] Anderson, Eric: *Inclusive masculinity: the changing nature of masculinities*, Routledge, Nueva York, 2009.

[7] A pesar del rechazo que manifestó ante la emergencia de los estudios de masculinidad a finales de los noventa, en *Un feminismo sin mujeres* (1991) Tania Modleski concedió que había un camino que la incipiente disciplina podía tomar para aliarse *con* el feminismo y no *contra* él. Lo describió como «un análisis del poder y la hegemonía masculinos que tuviera como preocupación el efecto que dicho poder tenía en el sujeto femenino» y que estuviera siempre alerta, consciente de que los hombres tienden a apropiarse de lo «femenino» para someter a las mujeres (pp. 6-7). Si ese era el camino de los aliados, podríamos definir por oposición cuál entendía Modleski que era el de los enemigos —uno que acudiera a la teoría feminista y la saqueara de herramientas con las que estudiar al hombre para el hombre, para concluir que ellos también son víctimas históricas de un género impuesto, para equiparar su opresión a la nuestra y eludir cualquier examen crítico de sus privilegios— y sentenciar, no sin tristeza, que tal fue el que se impuso en la Academia Española a principios de los años veinte de este siglo y que perdió fuelle hasta bien avanzada la fase de transición posrevolucionaria.

[8] Miguel, Luna: *Los años duros*, Círculo de Tiza, Barcelona, 2023.

[9] Comentario de un usuario de Facebook en el muro de Luna Miguel, citado por ella en *Los años duros*, p. 37.

[10] De la Cruz, Aixa: *Dr. Jekyll y Mr. Hyde: la deriva del pensamiento posmoderno*, Niebla Editorial, Madrid, 2040.

[11] El término «Movimiento Cíclico» aparece por primera vez en el número de septiembre de 2034 de *Todxs juntxs*, que, haciendo un guiño al giro esencialista que proponía, salió con una imagen del aparato reproductor femenino en portada y con el título de la revista escrito según la gramática prerrevolucionaria: *Todas juntas*. Entre las autoras invitadas se encontraban nombres como el de Jordan Novales, Barbara Ferris o Fernanda Núñez, las tres provenientes del mundo de la medicina y de la biología. Desde los años setenta, ninguna corriente feminista se había sustentado en un determinismo biológico como el que proponían las cíclicas. De hecho, el feminismo moderno había recorrido un camino bastante recto a lo largo de un continuo en cuyo polo izquierdo estaban las posturas identitarias y en el derecho las de la diferencia, pero nunca se había alejado de la noción más básica de «género» en tanto que constructo cultural cuyas características no están motivadas por factores fisiológicos, sino sociales. Para hallar precedentes de una hermenéutica parecida a la que proponían las cíclicas tendríamos que remontarnos a la perspectiva paleontológica que imperaba en los años sesenta y que situaba el origen de las diferencias de género en el paleolítico, cuando los grupos se tuvieron que dividir entre cazadores y recolectores y las mujeres, por su anatomía, asumieron el segundo rol. Esta correlación entre dimorfismo sexual y actitudes de género no había vuelto a ser explorada en el seno de la academia hasta que las cíclicas proclamaron su particular «regreso al cuerpo». Buscaban una teoría que integrara los distintos modelos que se habían postulado desde el posestructuralismo francés hasta el relativismo posmoderno y que estuviera sustentada en modelos fisiológicos rigurosos. Aunque reaccionaron contra Butler con el reclamo «sex matters» y con la recuperación de un sistema binario de identificación sexual, compartían las principales preocupaciones de la autora de *El género en disputa* y partieron de ellas, reinterpretándolas sin refutarlas por completo. El Movimiento Cíclico defiende la existencia de una categoría discreta de «mujer», pero escinde la subjetividad femenina en distintas fases o ciclos que buscan la inclusión de la diferencia (incluyendo a intersexuales y transexuales), y acepta que el género es un discurso que precede a la diferenciación sexual y que no es una lectura *natural* de los cambios fisiológicos —«los humores no tienen lenguaje»— sino una malinterpretación de los mismos, impuesta y perpetuada por el grupo dominante. El siguiente extracto de Barbara Ferris en *Mujer es sangrar* (2032, pp. 12-13) clarifica los principales postulados del movimiento:

«Mujer» es una identidad flexible, viajera, que recalca en varios puertos que se corresponden con estados fisiológicos distintivos. Está la mujer que aún no sangra, la mujer que sangra, la mujer que deja de sangrar temporalmente, la mujer que ya no sangra y la que no sangrará nunca, que siempre es aún. La mujer que aún no sangra es la que recibe el peso de la cultura en bruto, el discurso con el que habrá de interpretar los cambios venideros, esto es, el género. Un patio de colegio en el que distinguimos a los niños de las niñas no por sus cuerpos, que son insexables, sino por su ropa, su corte de pelo, sus juguetes y el uso simbólico del espacio demuestra que los roles de género se aprenden *antes de* que los caracteres secundarios nos diferencien y con el objetivo de fijar una lectura asimétrica y normativa de dichas diferencias. Pero las diferencias existen, como materialización o como promesa que gravita. La mujer en periodo fértil que recorre las cuatro fases de su ciclo menstrual es, en cada una de ellas, consciente de

la transitoriedad de su estado, tanto como la mujer transexual antes, durante o después de su transición, como la niña sin desarrollar que se mira en su madre —comparta o no sus características cromosómicas, lo que incluye a lxs intersexuales que han sido criadxs como mujeres—, y como la madre que se mira en la abuela, que ya no sangra por motivos distintos por los que dejan de sangrar las gestantes, que volverán a hacerlo, o con eso cuentan. Es este eterno estar al borde del cambio, en el precipicio, lo que constituye la identidad femenina, que ha sido patologizada y medicalizada por una cultura que define la norma en términos de estabilidad y coherencia. Como dijo Erika Irusta, no estamos locas, somos cíclicas. La locura es el terreno de la mujer que no se conoce ni entiende, la mujer que se niega porque niega la radical diferencia de su experiencia corpórea y la acción feminista no puede, no debe negarla también. Nuestra supervivencia implica una reinención de los discursos que significan nuestra identidad estacionaria y un activismo orientado a demoler las instituciones que exigen una mutilación del *ser* para poder *estar*. Los sistemas de producción capitalista, las empresas farmacéuticas que diseñan hormonas sintéticas y lxs ginecólogxs que nos medican desde la adolescencia para que camuflemos las señales de un cuerpo que se duele por el maltrato sistémico al que es sometido son lxs principales enemigxs a lxs que nos enfrentamos.

[12] *Actas del II Congreso de Políticas de Hermandad*, Prensa del Museo de la Revolución, p. 25, Madrid, 2025.

[13] López de la Torre, Najwa: *Conferencias en la Complutense*, Sistema de publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

[14] Marías Arévalo, Antonio: «I. R. R.: El Evangelio según Judas», *Nuevos Tiempos*, 2 de febrero de 2046.

[15] *Corpress Data*, <<http://corpress.search.es>>, Acceso: 23 de agosto de 2046.

[16] De Tomás, María José: «Cuando la ideología impugna la verdad histórica», *Nuevos Tiempos*, 10 de febrero de 2046.

[17] López de la Torre, Najwa, citada por Vázquez *et al.*, p. 89, 2046.

[18] Clover, Carol: *Men, Women and Chainsaws: Gender in the Modern Horror Film*, Princeton University Press, Nueva York, 1992.

[19] López de la Torre, Najwa: «*MadMax* y la infinita paciencia femenina», *Repositorio virtual de la Universidad Complutense de Madrid*, 2017, Acceso: 23 de julio de 2046.

El aliado
Iván Repila

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© Imagen de la cubierta: GraphicaArtis / Getty Images

© Iván Repila, 2019

© Epílogo: Aixa de la Cruz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-322-3477-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

